PUEDO TENER LA VERDAD O PUEDO TENERLA A ELLA... PERO NO PUEDO TENER AMBAS



IMPUNE

CAROL BÚHO

IMPUNE

CAROL BÚHO

© [2025] [Carol Búho]
Este libro es una obra protegida por las leyes de derechos de autor y otros tratados internacionales. Todos los derechos están reservados, incluyendo los derechos de reproducción, distribución y exhibición pública, en cualquier forma o medio conocido o por conocerse. Queda estrictamente prohibida la reproducción, distribución, adaptación, exhibición pública y cualquier otro uso no autorizado de esta obra, ya sea en su totalidad o en parte. Cualquier violación de estos derechos puede constituir una infracción legal y dar lugar a acciones civiles y/o penales.
Las marcas, nombres comerciales y logotipos mencionados en esta obra son propiedad de sus respectivos dueños y están protegidos por las leyes aplicables.

Resumen:

Hay dos versiones de Milena Kovač.

La que aparece en los archivos: comandante acusada de crímenes que desangraron una región entera. La mujer que ordenó cosas que no tienen perdón.

Y la que conozco ahora: inteligente, seductora, imposible de clasificar.

Llegué a su puerta para hacer un documental. Con mi cámara y la moral intacta.

El plan era simple: grabar su confesión, exponer sus delitos y colgar mi premio en la pared.

Pero Milena me desafía y me mira como si conociera cada grieta en mi armadura de justicia. Y yo, que he pasado años filmando monstruos, empiezo a temer que esta vez la cámara apunte hacia mí.

Tengo su historia.

Tengo el poder de reescribirla, para arruinarla… o para salvarme.

NOTA DE LA AUTORA

Esta es una obra de ficción. Si bien se desarrolla en el contexto de la Guerra de Bosnia (1992-1995), todos los personajes, situaciones y eventos descritos son producto de mi imaginación y no representan a personas reales, vivas o fallecidas.

Los crímenes de guerra mencionados en esta novela son ficticios y no pretenden minimizar, trivializar ni romantizar el sufrimiento real de las víctimas del conflicto de los Balcanes. Este libro no busca ser una representación histórica exacta, sino una exploración narrativa de temas morales complejos.

Reconozco el dolor y la pérdida que experimentaron miles de personas durante este periodo histórico y expreso mi más profundo respeto hacia todas las víctimas y sobrevivientes.

Capítulo 01

LOS ÁNGELES TIENEN FE; EL DIABLO, LIBROS

Capítulo 02

LA MENTE TAMBIÉN COQUETEA, Y CON MAYOR ASTUCIA

Capítulo 03

LA MORAL NO SE QUIEBRA; SE DERRITE A FUEGO LENTO

Capítulo 04

ALGUNOS VICIOS SOLO NECESITAN ILUMINACIÓN Y VINO

Capítulo 05

LA GUERRA NO PIDE VIRTUDES, SOLO QUE SEAS EFICIENTE

Capítulo 06

QUIEN BUSCA MONSTRUOS TERMINA ENCONTRANDO ESPEJOS

Capítulo 07

EL BIEN Y EL MAL SE SALUDAN CADA MAÑANA EN EL MERCADO

Capítulo 08

EL SILENCIO PUEDE SER LA MÁS CRUEL DE LAS ACUSACIONES

Capítulo 09

UNA MIRADA EXPERTA TOCA MEJOR QUE LAS MANOS

Capítulo 10

LA MORAL ES EL LUJO DE QUIEN NO HA SENTIDO DESEO

Capítulo 11

EL DESEO ES EL TEMPLO DE LOS QUE PERDIERON LA FE

Capítulo 12

EL PECADO LE DA AL ALMA LO QUE LA VIRTUD LE NIEGA: SABOR

Capítulo 13

LOS LÍMITES EXISTEN PARA TRANSGREDIRSE

Capítulo 14

NADA ATERRA MÁS QUE UNA MUJER QUE YA NO BUSCA PERDÓN

Capítulo 15

AL ALMA NO LE IMPORTA LA CARNE; LA HABITA Y PUNTO

Capítulo 16

EN EL AMOR, QUIEN MUERDE PRIMERO SOBREVIVE

Capítulo 17

NO HAY VÍCTIMA QUE NO SEA UN DEPREDADOR EN POTENCIA

Capítulo 18

AMAR LO TERRIBLE ES TOCAR LO ABSOLUTO

Capítulo 19

LOS FUERTES MIRAN ATRÁS, PERO NO RETROCEDEN.

Capítulo 20

SE PUEDE SER CULPABLE SIN HABER HECHO NADA MALO

Capítulo 21

NINGÚN DIOS SOPORTARÍA TANTO AMOR

Para ti, que apenas empiezas a entender el mundo.

Quiero que sepas algo: No todos los amores son para siempre. Algunos son para ahora.

Y eso también cuenta.

Capítulo 01

LOS ÁNGELES TIENEN FE; EL DIABLO, LIBROS

Vine a Montenegro para destruir a una mujer.

Llevo veinte minutos mirando la carretera, dentro de un taxi que huele a tabaco rancio, y el conductor no ha dicho una palabra desde que salimos del aeropuerto de Tivat. Detalle que agradezco. No estoy de humor para explicar por qué una documentalista mexicana está buscando a una criminal de guerra en una villa costera de Montenegro.

Milena Kovač vive en el exilio dorado. Su casa está al final de un camino de tierra que serpentea entre olivares y vistas al Adriático que parecen sacadas de una postal. Hermoso. Obsceno. Las dos cosas a la vez.

El taxi frena delante de un portón blanco perforado con círculos irregulares. Bonito, en realidad. Nada que sugiera que aquí vive la mujer acusada de ordenar la ejecución de doscientos civiles en un sótano de Sarajevo.

Pago en efectivo y solo entonces el conductor habla, con un acento que arrastra las vocales.

—¿Segura que quiere quedarse aquí?

Pregunta razonable. Kilómetros de olivares en todas direcciones, una casa aislada, cero señales de civilización. Y yo aquí con una sola maleta.

Lo miro a través del espejo retrovisor.

—Estoy segura.

Se encoge de hombros, toma el dinero y se va.

El portón no tiene timbre. Solo una cámara en la esquina superior. La miro.

—Janette Solís. Agendamos para hoy.

Nadie responde. Pero suena un clic metálico y el portón se abre solo, como en las películas de terror baratas. Y ya he visto suficientes para saber que no debería entrar.

Trago en seco y avanzo.

El camino hacia la casa es corto. La grava blanca cruje bajo mis zapatos, y el olor a lavanda se vuelve más intenso, flotando desde los arbustos a ambos lados del sendero. El Adriático está cerca; lo escucho rompiendo contra las rocas, aunque no puedo verlo desde aquí. Todo está diseñado para relajarte. Para hacerte olvidar por qué viniste.

Pero he revisado los archivos durante meses. Fotos. Testimonios. Documentos militares desclasificados que me tomó tres años conseguir. Ni toda la lavanda del mundo me va a tranquilizar.

Milena Kovač no solo daba las órdenes. Disfrutaba viendo cómo se ejecutaban. Hay un testimonio que describe su método: obligaba a las madres a elegir cuál de sus hijos moriría primero. Las que se negaban los perdían a todos.

La puerta principal se abre antes de que llegue.

Y así. Sin un conteo regresivo, sin chance de respirar hondo o cuadrar los hombros. Ahí está. Milena Kovač.

No luce como en las fotos. No es solo que se tomaron hace tres décadas. Es que, entre aquella mujer de treinta con uniforme militar, cabello oscuro recogido en un moño, mandíbula tensa. Y esta de ahora con cabello plateado corto, jeans negros y camisa blanca con los puños enrollados, hay un abismo.

La Milena que vive en Montenegro parece una profesora de literatura. O una arquitecta. Alguien que toma café en librerías independientes y lee a Camus.

No alguien que cerró con candado las puertas de un hospital y le prendió fuego con cuarenta y siete pacientes adentro, porque así: «Enviaba un mensaje contundente».

—Janette.

Su voz es baja. Cálida, incluso. El acento eslavo asoma en ciertas consonantes, pero está domesticado por los años que lleva en este lugar.

—Señora Kovač. Gracias por recibirme.

No le ofrezco la mano. Tampoco ella.

—Llegaste desde Ciudad de México. Tres aviones, dos continentes. Debes estar agotada.

—Sí.

—Pocos taxistas aceptan venir hasta acá.

—No tuve problemas.

—¿Siempre eres tan conversadora?

Me mira con algo que podría ser diversión. O evaluación. Apostaría por ambos.

No estoy jugando a ser cortante. Es que no tengo idea de qué decir. Ensayé esto cien veces en el avión y ahora no me sale nada.

—Perdón. Suelo ser mejor con esto cuando ya tengo la cámara encendida.

Sonríe. No es una sonrisa amable. Es la sonrisa de alguien que sabe de sobra qué juego estamos jugando y está segura de que va a ganar.

—Entremos, entonces. Responderé a tus preguntas —se hace a un lado para dejarme pasar—. ¿Cuánto tiempo calculaste para esto?

—Cuatro semanas.

—Cuatro semanas. Como el asedio de Goražde —abre más la puerta—. Espero que esta experiencia sea menos… violenta.

Lo dice casual, como quien habla del tráfico. Como si no hubiera cortado el suministro de agua durante semanas. Como si no hubieran encontrado cadáveres con la boca llena de tierra, porque las personas trataban de chupar humedad del suelo.

Paso por su lado sin cambiar mi expresión. Debo lucir profesional, aunque tenga el corazón latiendo en la garganta.

El interior de la casa es justo como lo imaginé. Todo blanco, con piezas de arte moderno que deben costar más que mi apartamento en la Ciudad de México. Y libros. Montañas de libros en estantes que trepan hasta el techo. Títulos en cirílico, francés, alemán, árabe.

—¿Café? —la pregunta es pura formalidad. Ya camina hacia la cocina.

—Estoy bien, gracias.

—No estoy siendo cortés —me mira por encima del hombro—. El jet lag aquí golpea tarde, pero golpea duro. Créeme. En dos horas

no podrás mantener los ojos abiertos. Mejor prevenir.

La sigo, porque no sé qué más hacer en este momento. Todavía no he sacado mi cámara. Estoy calibrando la situación, tratando de entender las reglas de un juego que ella ya conoce.

La cocina es pura luz y mármol. Ventanales del piso al techo enmarcan el Adriático, la isla de mármol blanco con vetas grises domina el centro y unos leds hacen brillar la superficie de los gabinetes color chocolate.

—¿Espresso o americano?

—Espresso está bien.

—Buena elección. Odio desperdiciar buen café diluyéndolo.

No comenta otra cosa mientras lo prepara. Sus manos se mueven sin un gesto de más, como coreografiadas: muele los granos, vierte el polvo en la cafetera, enrosca la parte superior, la coloca sobre el fuego y ajusta la flama. Su eficiencia me resulta inquietante.

—Vi tu último trabajo sobre el cártel de Sinaloa —no levanta la vista de la cafetera—. Ganó en Sundance. Tres sicarios te dieron entrevista a cámara abierta. Eso requiere o mucho valor o muy poca noción del peligro. ¿Cuál fue en tu caso?

Me tenso.

—Te preparaste.

—Claro que sí. No abro mi puerta sin saber con quién estoy tratando. Ahora dime: ¿eres valiente o imprudente?

Se voltea y me entrega una taza de espresso humeante.

—Ninguna. Solo obstinada. Cuando quiero una historia, no paro hasta conseguirla.

—Obstinada es quedarse corta. —se apoya en la encimera—. Fueron… ¿Cuántos correos? ¿Sesenta? ¿Setenta?

—Sesenta y tres —bebo. El café está perfecto—. Serían solo treinta si me hubieras dado tu número cuando lo pedí.

—Quería ver hasta dónde estabas dispuesta a llegar.

—Dijeron que era imposible conseguir esta entrevista y me lo tomé como un desafío personal.

—Los he tenido a todos insistiendo. Periodistas, documentalistas, novelistas. Empiezan muy motivados —gira la taza—. La mayoría

desiste al décimo correo ignorado. Los más tercos llegan al veinte. Tú seguiste hasta que no tuve más remedio que responder.

—Te saltas la parte donde tu abogada me amenazó con una orden de restricción.

—Viéndolo bien, obstinada es una forma educada de decirlo. Acosadora sería más precisa.

—Necesitaba que me tomaras en serio.

—Y lo hice. Por eso estás aquí —se endereza—. Porque alguien con tanta convicción merece al menos una oportunidad de fracasar en persona.

Levanta su taza hacia mí, un brindis pequeño y cargado de ironía.

—Prefiero pensar que merezco la oportunidad de tener éxito.

—Cuatro semanas. —mastica cada sílaba—. ¿Sabes cuántas personas maté en cuatro semanas durante el asedio de Goražde? Ciento ochenta y tres. ¿Crees que ese tiempo es suficiente para entender eso?

La pregunta está diseñada para sacudirme. Lo sé. No muerdo el anzuelo.

—Puede que no. Pero es el tiempo que acordamos. Y planeo aprovecharlo.

—¿Qué es lo que buscas? —tamborilea los dedos sobre la encimera—. ¿El monstruo sin remordimientos? ¿La confesión brutal? ¿La anécdota más sangrienta?

—Soy documentalista. No periodista de nota roja.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los periodistas llegan con preguntas. Yo llego con una cámara y tiempo. Tú decides qué poner frente a ella.

Milena inclina la cabeza, estudiándome.

—¿Y si la versión que te doy contradice la que ya armaste en tu cabeza? ¿La grabarás igual?

—Esa es la razón por la que vine. Para escuchar tu versión, no confirmar la mía.

—Muy profesional —deja la taza en el fregadero.

—¿Dónde instalo el equipo? —apuro el último sorbo.

—Te preparé el estudio, arriba. Última puerta a la izquierda. Tienes luz natural hasta las seis. ¿Empezamos mañana?

—Hoy.

Levanta una ceja.

—¿No necesitas un día para recuperarte? Pareces cansada. Y lo digo sin ofender.

—Prefiero aprovechar la luz.

Algo cruza su rostro. Respeto, tal vez. O curiosidad.

—Obstinada hasta el final —se limpia las manos en un trapo—. Ven, te enseño el estudio. Después decides si quieres empezar hoy.

La sigo por un pasillo ancho. Mis pasos resuenan sobre madera de arce y el eco rebota contra las paredes blancas.

Pasamos junto a una sala de estar donde hay un sofá gris con una manta doblada sobre el respaldo. En la mesa de centro tiene algunos libros apilados y uno de ellos está abierto, puesto boca abajo, como si lo hubiera dejado hace un momento. Un vistazo a su vida cotidiana que mi cerebro registra y archiva, aunque todavía no tengo una razón clara para hacerlo.

—Arriba hay una cocina pequeña. Café, té, lo que necesites mientras trabajas.

—Lo tendré en cuenta.

Subimos las escaleras. A ambos lados hay estantes empotrados; su colección de libros ya me parece algo que debe mencionarse en el documental. Reconozco algunos títulos al pasar: Kant junto a manuales de estrategia militar, Szymborska al lado de tratados sobre la guerra de los Balcanes.

Al llegar al segundo piso, la luz natural me golpea de inmediato. Ventanas enormes en cada pared, todas con vistas al Adriático, todas dejando entrar una claridad casi hiriente.

—Aquí —para frente a la última puerta—. El más amplio. Mi arquitecto insistió en que la acústica era excelente. Aunque no estoy segura de qué tanto importa eso para lo que haces.

Abre. El estudio me sorprende porque es justo lo que necesito. A decir verdad, es mejor que la mayoría de los sets profesionales donde he trabajado. En las paredes no cuelga nada que robe atención en cámara. Las ventanas tienen cortinas gruesas que puedo usar para controlar la luz natural.

Planeó su propio escenario. Un sofá de dos plazas frente a una mesa baja y una silla individual al otro lado.

—Puedes mover lo que quieras. —se apoya en el marco de la puerta—. O traer lo que necesites de abajo. Por ahora, esto es tanto tuyo como mío —no hay ironía en su voz—. Cuatro semanas dan para mucho.

Dicho esto, se va.

Me quedo parada en medio del estudio, cargando mi maleta y una cámara al hombro.

Estoy en la casa de una mujer que destruyó vidas sin pestañear.

Y no puedo encontrar ni una sola grieta.

Meto la mano en el bolsillo de mis jeans, encuentro mi teléfono y activo la grabadora de voz:

Milena Kovač no parece un monstruo. Huele a café recién hecho y a lavanda. Lee poesía. Prepara estudios con buena acústica. Me ofrece su casa como si nada.

Y eso me jode un poco.

Porque debería ser más fácil. Debería poder mirarla y ver solo lo que hizo. No lo que cocina, o lee, o cómo dobla las mantas.

Durante las próximas cuatro semanas voy a conseguir su testimonio sobre la guerra. Cada detalle. Cada decisión. Y cuando termine, el mundo entero…

Va a ver lo que yo…

Todos van a ver lo que yo ya sé…

Vine a probar que…

El monstruo detrás del buen café.

Detengo la grabación, luego del patético tartamudeo que dura varios segundos. De acuerdo, necesito respirar y concertarme.

Capítulo 02

LA MENTE TAMBIÉN COQUETEA, Y CON MAYOR ASTUCIA

Paso la siguiente hora montando mi equipo.

Cámara principal en trípode, apuntando al sofá vacío donde va a sentarse.

Cámara secundaria para ángulo lateral, capturando el espacio que ella preparó.

Luces. Reflectores para suavizar las sombras sin eliminarlas. Tengo un micrófono de solapa todavía en su estuche. Y reviso el audio de respaldo tres veces, porque he perdido entrevistas completas por confiar en un solo sistema y no voy a perder esta.

Milena no aparece. Me da espacio para trabajar, y reconozco la táctica porque yo también la uso: dejar que la gente se relaje antes de atacar.

Cuando termino, me quedo parada en medio del estudio vacío durante unos segundos, mirando el sofá donde va a sentarse. Todo listo. Bajo a buscarla. Está en la terraza exterior, leyendo un libro en francés. No levanta la vista cuando me acerco, pero sé que escuchó mis pasos desde que salí del estudio.

—Ya puedes subir —digo, y recién entonces cierra el libro.

—Hice ensalada —anuncia—. Deberías comer. Esto va a tomar horas.

—Prefiero empezar.

Deja el libro sobre la mesa y se pone de pie.

—Entonces vamos.

Me sigue escaleras arriba. El silencio es denso, y soy demasiado consciente de cada paso que doy, de cómo los suyos suenan más seguros que los míos.

Siete. Ocho. Nueve.

¿Por qué estoy contando escalones?

Cuando llegamos al estudio, señalo el sofá que ella misma eligió.

—Acomódate. Voy a ajustar la luz primero.

Se sienta con el cuerpo girado sutilmente hacia un lado, las piernas juntas y las manos entrelazadas sobre su regazo.

—Mírame a mí, no a la cámara.

Me obedece.

Ajusto el aro de luz. El reflector. Reviso el encuadre en la pantalla de la cámara y es ahí cuando todo se detiene. Milena es… *desconcertante*. El cabello gris plateado cae a la altura de su mandíbula, enmarcando un rostro que la cámara ama: pómulos altos, mandíbula definida, ojos claros demasiado tranquilos para ser inocentes.

Debo regañarme para respirar de nuevo.

—Antes de empezar —me acerco con el micrófono de solapa—, déjame establecer las reglas.

—Por supuesto.

—Grabo todo. Incluso cuando no estamos en sesión formal, si la cámara está encendida, es material utilizable.

Tengo que ponerme justo frente a ella para colocarle el micrófono. Sostengo el pequeño clip y busco engancharlo en el cuello de su camisa. Mis dedos rozan la tela blanca, después su clavícula cuando deslizo el cable por debajo. Su piel está tibia, y yo no tendría que notarlo, pero lo hago.

—Entendido —dice, y su voz suena más baja de lo que esperaba, más cerca de lo que debería.

—Puedes negarte a responder cualquier pregunta —sigo. Necesito concentrarme—. Pero si decides responder, termina la idea. Nada de información a medias.

—Razonable.

—Y no voy a mostrarte el material hasta que esté editado.

Levanta una ceja. Es un gesto mínimo, pero cambia toda su expresión.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que empieces a actuar para la cámara. Necesito reacciones genuinas.

—¿Y qué te hace pensar que no voy a actuar de todas formas?

—Nada. Pero al menos no te voy a dar un espejo donde practicar.

Dibuja una curva sutil en la comisura de sus labios, una sonrisa que parece más para sí misma que para mí.

—Está bien. Sin espejos.

—Sin espejos —confirmo.

Me alejo unos pasos, volviendo detrás de la cámara. Desde aquí se ve diferente: más pequeña en el encuadre, más controlable.

—¿Lista? —pregunto.

—Siempre —y hay algo en cómo lo dice que me hace pensar que no está hablando solo de la entrevista.

Presiono *REC*.

La luz roja se enciende.

—Doce de octubre, dos mil veinticinco —digo para el registro—. Primera sesión. Montenegro.

La miro a través del monitor. La luz captura el plateado de su cabello de una forma casi cinematográfica.

—Empecemos con lo básico —trago—. Nombre completo.

—Milena Kovač —su voz suena clara.

—Fecha de nacimiento.

—Quince de marzo, mil novecientos sesenta y cinco.

Hago una pausa breve, como si estuviera calculando algo que ya sé de memoria. Sesenta años.

—Lugar de nacimiento.

—Sarajevo. Bosnia y Herzegovina.

El nombre de la ciudad sale diferente. Las sílabas son más suaves, más lentas. Pronunciar «Sarajevo» le cuesta algo invisible pero medible en el aire entre nosotras.

—¿Sigues teniendo familia ahí?

Hay un silencio. No largo, pero perceptible.

—No.

No elabora. No la presiono todavía.

—¿Y actualmente resides en…?

—Kotor. Montenegro. Desde dos mil cinco.

Veinte años. Lleva dos décadas escondida en esta villa con vistas al Adriático.

—¿Por qué elegiste Montenegro?

—La costa, el idioma, la indiferencia política. Montenegro tiene todo lo que una exiliada necesita.

Por supuesto. Montenegro no extradita a sus ciudadanos, sin importar qué hayan hecho antes de serlo. Y Milena lleva dos décadas aquí. Suficiente tiempo para la naturalización, para papeles legales, para volverse intocable.

—¿Cómo era tu familia?

—¿Cómo era la tuya?

Me detengo.

—Yo hago las preguntas.

—Y yo estoy respondiendo. Con otra pregunta —dice sin prisa—. ¿Por qué importa mi familia?

—Porque necesito contexto.

—¿Para qué necesitas contexto? ¿Para humanizarme antes de deshumanizarme? ¿Para qué tu audiencia tenga esa foto sepia de una niña sonriendo antes de ver el monstruo en el que esa niña se convirtió treinta años después?

—No dije que fueras un monstruo.

—Todavía no.

Dejo que esa acusación quede flotando en el aire sin tocarla.

—¿Cuándo decidiste unirte al ejército?

—¿Cuándo decidiste ser documentalista?

—Milena.

—Janette —su tono cambia, se vuelve más directo—. Dijiste que querías reacciones genuinas. Bien. Genuinamente, me importa entender por qué yo. Hay cientos de criminales de guerra viviendo impunes por ahí. ¿Qué tiene esta en particular que hizo que una mexicana de treinta y tantos cruzara el océano?

—Tengo treinta y dos.

—Treinta y dos —asiente—. ¿Eso responde por qué estás aquí?

—Porque tu historia merece ser contada. Todas las historias merecen ser contadas.

—Interesante —me mira de frente—. Entonces aclaremos algo desde ahora: ¿viniste por la verdad o por una buena historia? Porque puedo darte cualquiera de las dos.

—Ambas. Porque cuando hago bien mi trabajo, la verdad se convierte en la mejor historia posible.

—Convertir la verdad en historia requiere decisiones. Qué mostrar, qué cortar, dónde poner el énfasis. Y en mi caso, el énfasis obvio es: ella es la villana. Pero si ya decidiste eso antes de escucharme, ¿estás convirtiendo verdad en historia, o confirmando la historia que ya trajiste?

Aprieto los labios por tres segundos completos. Es una pregunta justa y la odio por eso.

—Villana —pronuncio despacio—. Lo has dicho tú misma. Si ya te pusiste esa etiqueta antes de que yo empiece, ¿quién está decidiendo la narrativa entonces?

—Exacto. Ya lo decidí. Hace treinta años, cada vez que di una orden.

La miro por un momento sin el monitor de por medio, y me doy cuenta de que he estado escondiéndome detrás de la cámara desde que empezamos.

—Hablemos de tu hermano —intento.

—Hablemos del tuyo.

—No tengo hermanos.

—Qué suerte la tuya. Entonces nunca tuviste que decidir si un hermano vale más que cien desconocidos.

—Esto no es sobre mí.

—Claro que sí. Todo esto es sobre ti. Sobre por qué viniste. Sobre qué necesitas probar.

El silencio se instala entre nosotras como una tercera persona. Puedo escuchar mi propia respiración, demasiado consciente de cada inhalación. Milena espera. No con impaciencia. Con la calma de alguien que sabe que la pausa trabaja a su favor.

—Porque he visto todos los documentales sobre Bosnia. Y todos mienten.

—¿Segura que mienten? ¿O es porque nadie ha conseguido sentar a una comandante de batallón y hacer que confiese?

La miro a los ojos.

—¿Hay algo que confesar?

Se ríe, y el sonido es inesperadamente cálido. No se está burlando. Está… *complacida*.

—Ahí está. Esa es la pregunta real. Te tomó menos de media hora llegar a ella.

—No estoy aquí para juegos.

—Yo tampoco. Pero si vamos a hacer esto, hagámoslo con honestidad. Tú quieres que te diga que soy culpable de algo. Yo quiero entender por qué necesitas escucharlo. Eso es un intercambio justo, ¿no?

—No es así como funciona el periodismo.

—¿Y cómo funciona entonces? ¿Tú preguntas, yo respondo, tú editas hasta que parezca que dije lo que querías escuchar desde el principio?

—Eso es reduccionista.

—Eso es realista.

Apago la cámara.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Tomo un descanso.

—Apenas llevamos veinte minutos.

—Y ya dimos vueltas suficientes.

Mis piernas me llevan a la ventana sin que tome la decisión consciente de moverme. El Adriático brilla bajo el sol de la tarde, perfecto y ajeno a todo esto.

—¿Sabes cuál es tu problema, Janette?

No me volteo.

—Ilumíname.

—Viniste con un guion. Y yo no lo estoy siguiendo. Eso te frustra.

—Vine con una agenda. Eso se llama profesionalismo.

—Viniste esperando ciertas respuestas. Eso se llama prejuicio.

Me volteo.

—¿Esperas que llegue sin prejuicio? Imposible. Los archivos existen. Los testimonios existen. Novecientas ochenta y tres muertes existen.

—Archivos escritos por mis enemigos. Por gente que nunca estuvo en ese valle, en esas trincheras, tomando esas decisiones —

entrelaza los dedos—. Y vienes a pedirme mi verdad cuando ya decidiste que todo lo que diga será mentira.

—No decidí nada.

—Pero eres tú la que miente —concluye.

Nos sostenemos la mirada. El espacio entre nosotras se siente más pequeño de lo que era hace cinco segundos.

—Está bien —digo tras una pausa—. Pregunta.

—¿Cómo?

—Tienes razón. Esto es un intercambio. Pregúntame lo que quieras. Te doy una respuesta honesta.

Se recuesta contra el respaldo del sofá. Cruza las piernas. Hay algo nuevo en su expresión: curiosidad genuina.

—¿Por qué documentalista?

—Porque las noticias simplifican. Los reportajes duran dos minutos. Los artículos tienen límite de palabras. Los documentales te dan lo único que importa: tiempo. Tiempo para contexto. Para complejidad. Para la verdad completa.

—Pero sigues teniendo que editar. Elegir qué contexto mostrar y cuál cortar. ¿No?

—Sí. Pero hay diferencia entre editar para claridad y editar para manipular.

—Entonces estamos de acuerdo en algo.

—Explícate.

—Reconocemos que hay una línea. Pero ninguna cree haberla cruzado.

No sé qué responder a eso.

—Mi turno —digo después de un momento—. ¿Por qué aceptaste esta entrevista?

—Ya te lo dije. Quiero contar mi versión.

—Esa es la respuesta fácil. Dame la real.

Silencio. Se toma su tiempo, mirándome fijo, como si sus próximas palabras dependieran de algo que está buscando en mi expresión.

—El mundo lleva décadas hablando por mí. Me diseccionaron como si fuera un cadáver moral, no alguien que todavía respira y recuerda. Y en todo ese tiempo, mi voz fue la única que faltó.

Siento algo moverse detrás de mis costillas. Algo peligroso.

—Está bien. Volvamos a intentarlo mañana. Con menos guion.

—¿Sin guion?

—Con menos.

Una sonrisa cruza su rostro. Breve pero real. Se levanta sin prisa, desenreda el cable del micrófono de su camisa y lo deja sobre la mesa.

—Esto va a ser interesante, Janette Solís.

Sale del estudio sin decir nada más. Me quedo mirando la cámara apagada. La luz roja que debería estar encendida no lo está. Veinte minutos. Eso es todo lo que duró mi primera sesión antes de que la apagara yo misma. Reviso el material de todas formas.

Vaya.

Veinte minutos de nada utilizable. Solo nosotras dos peleando por control.

Activo la grabadora de voz.

No le pregunté sobre la guerra.

Vine a eso, crucé un océano para eso, sesenta y tres correos para llegar a eso, y cuando por fin estuvimos frente a frente con las cámaras encendidas, no le pregunté nada que importara.

No sé si Milena Kovač me asusta o me emociona. Debería saberlo. Después de tres documentales y un premio en Sundance debería saber con exactitud qué siento cuando pierdo el control de la persona al otro lado de la lente.

Pero no lo sé.

Probablemente ambas cosas. Emoción y miedo.

Probablemente algo más, algo que todavía no tiene nombre, pero que voy a tener que nombrar en las próximas tres semanas y seis días que me quedan aquí.

Capítulo 03

LA MORAL NO SE QUIEBRA; SE DERRITE A FUEGO LENTO

Mi habitación tiene vista al mar. Las paredes están revestidas con paneles de madera tratada para parecer desgastada. La cama es baja, con sábanas de lino color arena y una manta del mismo tono doblada a los pies.

Afuera, en la terraza privada, hay dos sillas y una mesa pequeña entre ellas. Listas para sentarse a ver cómo el cielo cambia de azul claro a ese tono violeta que anuncia la noche. Justo ahora hay franjas naranjas y rosas extendiéndose sobre el horizonte como pinceladas descuidadas. Y las montañas al otro lado de la bahía se vuelven siluetas oscuras contra esa luz. El mar refleja todo: el fuego del atardecer, las nubes teñidas de cobre, el primer indicio de estrellas…

¡Demonios!

Corro las cortinas, ocultando el cuadro que pinta el Adriático. No puedo permitirme distracciones y esta casa está diseñada para eso, para hacerme olvidar por qué crucé un océano. Para convertirme en la huésped de alguien que colecciona libros, en lugar de la documentalista que está aquí para exponer a una criminal.

No puedo sentarme con Milena Kovač en esa terraza a beber vino y mirar cómo el sol se hunde. Aunque la imagen ya está completa en mi cabeza. Aunque algo en mi estómago se retuerce al imaginarlo.

Abro mi laptop. La carpeta que he estado construyendo durante tres años aparece en la pantalla: trescientos cuarenta y dos documentos, setenta y tres fotografías, diecinueve videos de testimonios.

DOCUMENTO 001: Informe del Tribunal Penal Internacional para la ex-Yugoslavia.

Milena Kovač, comandante del Tercer Batallón. Acusada de crímenes contra la humanidad bajo el Artículo 5 del Estatuto: asesinato, exterminio, actos inhumanos contra población civil.

Leo las palabras por centésima vez. Suenan a jerga legal, a distancia burocrática.

Paso al siguiente.

DOCUMENTO 014: Testimonio de Amir Hadžić, sobreviviente.

La comandante llegó al sótano donde nos tenían. Nos miraba como si estuviera eligiendo fruta en el mercado. Los niños lloraban, así que dijo que mataría a sus madres si no se callaban. Mi hija tenía cuatro años. No podía entender. Seguía llorando. La comandante la señaló y dijo: «Tú primero, entonces.» Le disparó a mi esposa en el estómago. Tardó once minutos en morir frente a nosotros. Milena Kovač fumaba mientras esperaba y todo el tiempo estuvo sonriendo.

Trato de imaginarla. No puedo. La mujer de abajo tiene una sonrisa controlada, distante. Pero no cruel. Y nadie sonríe así mientras espera once minutos a que una madre se desangre.

¿O sí?

FOTOGRAFÍA 028: 1994. Sarajevo.

Milena en uniforme, frente a un edificio quemado. Tiene las manos en los bolsillos y la expresión relajada, casi aburrida. Aunque detrás de ella hay cuerpos cubiertos con lonas blancas.

La guardé en una subcarpeta llamada «Evidencia visual fuerte».

Hago zoom. Su cara en la foto es más joven. Más dura. Pómulos marcados, mandíbula tensa, labios apretados en línea recta. El cabello recogido bajo la gorra revela cada detalle de su rostro. Los ojos claros miran algo fuera de cuadro con frialdad. Es la cara de alguien acostumbrada a dar órdenes.

La cara de una comandante.

No se parece a la mujer que me preguntó sobre mi hermano inexistente.

DOCUMENTO 047: Hospital de Srebrenica. Mayo 1995.

El Tercer Batallón cerró con candado las puertas del Hospital General. Testigos reportan que escucharon gritos durante veintitrés minutos. A los que intentaron romper las ventanas desde adentro, les disparaban. Cuando los bomberos llegaron, encontraron cuerpos amontonados contra las salidas de emergencia. Algunos todavía agarrados a las manijas.

Hay nombres. Los leo todos. Cada uno.

Merima, 8 años.
Jasmin, 34 años.
Emir, 67 años.
Adna, 15 años.

No son estadísticas. Son personas.

¿Milena piensa en ellos?

¿Recuerda sus nombres? ¿Los leyó alguna vez? ¿Le importaron lo suficiente como para ver el registro?

¿Le importa ahora?

Reproduzco el siguiente video. *Testimonio de 2003*. Una mujer mayor habla en bosnio. Sigo los subtítulos en la parte inferior de la pantalla.

Escuché a la comandante Kovač dar la orden: «Cierren todas las puertas. Que no salga nadie». No dudó. No preguntó. Ella solía decir: «Estamos en guerra. La gente muere». Como si fuera lógico. Como si fuera inevitable.

Pauso el video y la cara de la testigo queda congelada, hay lágrimas trazando rutas en sus mejillas, y su boca queda abierta, a mitad de una palabra.

Cierro la laptop porque no puedo seguir mirándola.

Mis ojos van hacia las cortinas que ocultan el Adriático, ese paisaje que hace diez minutos me parecía una distracción peligrosa y que ahora desearía poder mirar para limpiarme de la guerra. Pero no puedo permitírmelo.

Y necesito que eso quede claro. Para mí misma. Ahora. No puedo sentarme en esa terraza perfecta a beber vino con la mujer que dio

la orden de cerrar esas puertas.

¿Milena recuerda ese hospital?

¿Duerme bien?

Inhalo profundo. Una vez. Dos. Tres. Vuelvo a los archivos.

DOCUMENTO 089: Informe forense. Fosa común al norte de Srebrenica.

Doscientos diecisiete cuerpos recuperados.

Edades entre 4 y 76 años.

Causa de muerte: ejecución. Disparos a la cabeza, a quemarropa.

Evidencia sugiere que fueron obligados a cavar sus propias tumbas antes.

Hay fotos. No las abro. Ya las vi una vez y fue suficiente para saber que no necesito verlas de nuevo. Pero sé que están ahí, en la subcarpeta que nombré «NO USAR A MENOS QUE SEA ABSOLUTAMENTE NECESARIO», como si ponerle mayúsculas fuera algún tipo de protección moral.

DOCUMENTO 112: Orden militar firmada por M. Kovač.

Efectivo de inmediato: zona residencial sector 7 es área de conflicto activo. Todos los civiles restantes son considerados combatientes enemigos. Actuar en consecuencia.

Su firma al final. Clara. Legible. Sin temblor en la tinta.

«Actuar en consecuencia».

Tres líneas. Veintidós palabras. Suficientes para convertir a toda una población civil en blancos legales.

Cierro la laptop de golpe, como si eso pudiera detener las imágenes. Es suficiente por hoy. Me froto los ojos con las palmas de las manos hasta ver manchas de colores detrás de los párpados.

La mujer de la que hablan estos documentos está abajo, cocinando. El olor sube por las escaleras: ajo, romero, algo que seguro sabe delicioso.

¿Cómo alguien que firmó esa orden puede estar salteando vegetales en una sartén? ¿Cómo puede leer en francés, hacer café y elegir las hierbas para la cena?

¿Cómo puede ser humana y monstruo al mismo tiempo sin que una parte destruya a la otra?

Necesito agua. O eso me digo mientras bajo las escaleras, aunque hay una cocina junto al dormitorio donde pude haberla conseguido.

Elegí no hacerlo.

Milena está en la estufa preparando risotto. Revuelve en círculos constantes con una mano mientras añade caldo con la otra.

—¿Cenamos? —pregunta sin voltear.

—Solo vine por agua.

—Serán cuatro semanas, Janette. No vas a sobrevivir a base de café y terquedad. Siéntate.

Tiene razón, mirar documentos de sus crímenes no me va a alimentar.

Milena sirve el risotto en dos platos hondos. El vapor sube en espirales y el olor a parmesano y mantequilla llena la cocina. Coloca uno frente a mí con un tenedor y se sienta al otro lado de la isla.

Dice algo en serbio que probablemente significa «buen provecho».

El tenedor queda suspendido en mi mano. No puedo dejar de mirarla. Degusta el risotto, mastica con calma, bebe agua entre bocados. Todo medido. Como si comer también fuera algo que se puede hacer bien o mal, y ella ha elegido hacerlo bien.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —pregunto, porque el silencio es peor.

—Mi abuela —se seca la comisura de los labios con la servilleta—. Pasé todos los veranos con ella hasta los catorce —hace una pausa —. ¿Tú cocinas?

—A veces.

—¿Qué sabes hacer?

—Chilaquiles. Quesadillas. Cosas fáciles.

—Fáciles —repite la palabra, probándola—. ¿Pero buenas?

Me encojo de hombros.

—Suficientes.

Pruebo el risotto. Está perfecto. Cremoso, con el punto exacto de sal, el arroz al dente. Por supuesto que está perfecto. *Perfecto*. ¿Cuántas veces he usado esa palabra desde que crucé el portón? La

casa es perfecta. El café es perfecto. El estudio tiene acústica perfecta. Todo aquí es perfecto.

—Está rico.

Es todo lo que voy a admitir en voz alta.

—Rico —no pregunta. Solo repite la palabra y hay algo en su tono que se acerca a la diversión.

—Está bueno.

—Ah. Mejor —hay ironía en su voz—. ¿Quién cocina para ti en México?

Tengo el tenedor de camino a la boca y se me cae de regreso al plato al escuchar esa pregunta.

—Nadie —sale tan rápido que las sílabas se tropiezan entre ellas.

—Dices que cocinas «a veces». A menos que hayas descubierto cómo sobrevivir solo de espressos, alguien tiene que preparar tu comida el resto del tiempo —bebe agua—. Y no creo que tengas cocinera, los idealistas no ganan lo suficiente para eso. No vives con tu madre. Eso se nota…

—Vivo en un departamento en la Roma Norte. Puedo pedir comida a domicilio, y a los repartidores no les toma más de cuarenta minutos estar en mi puerta —hablo antes de que siga adivinando cada detalle de mi vida—. Mi turno: llevas veinte años aquí, ¿alguna vez cocinas para otra persona?

—Nunca.

—¿No te aburres?

Limpia los bordes de su plato con un pedazo de pan.

—¿Debería?

—No lo sé. Es mucho espacio para una persona.

—Tú vives sola también, ¿no?

Entrecierro los ojos. ¿Estamos siendo sutiles o no estamos siendo sutiles un carajo?

Porque ya no entiendo nada.

—Sí.

—¿Te aburres?

—No —admito.

—Entonces ya sabes la respuesta —se levanta para llevar su plato al fregadero— Mañana podemos empezar temprano si quieres —dice

con la espalda hacia mí—. A las nueve. O a las ocho, si prefieres.

—A las nueve está bien.

Lava su plato, lo seca con un trapo de cocina blanco, y lo coloca en el escurridor. Después se vuelve hacia mí.

—Buenas noches, Janette.

—Buenas noches.

Sale de la cocina y la escucho subir las escaleras hacia su habitación. Me quedo sola con mi plato medio vacío y el silencio que dejó atrás.

Termino de comer porque desperdiciar este risotto sería un pecado. Luego imito su paso por el fregadero y también voy directo a mi habitación.

Pero no puedo dormir. Son las tres de la mañana y estoy reproduciendo los testimonios de nuevo. Video tras video. Caras que ya conozco, historias que podría recitar palabra por palabra.

VIDEO_TESTIMONIO_FINAL.mp4

Se grabó cuatro años después de la guerra. Me lo pasó un contacto en La Haya. Nunca se hizo público. Ni siquiera sé si debería tenerlo.

Presiono reproducir.

Una mujer joven aparece en pantalla. Veintitantos. Habla mirando directo a la cámara.

La comandante Kovač no solo permitía las violaciones. Las dirigía. Nos ponía en fila y elegía parejas. Padre e hija. Hermanos. Primos. Les daba una opción: uno viola al otro, o sus soldados violan a ambos y después los matan.

Tengo que pausar. Ya conozco este testimonio. Ya sé lo que viene. Pero algo en mí se niega a normalizarlo, a volverlo solo otro dato más en mi investigación.

Respiro hondo y lo dejo seguir.

Yo tuve que elegir. Mi padre tenía cincuenta y dos años.

Cada vez que lo veo, una parte de mí quiere borrarlo, pretender que nunca lo escuché.

La comandante se quedó en la habitación fumando. Lo cronometraba. Si tardabas mucho, sus hombres entraban y «ayudaban». Cuando terminó, le dio a mi padre un arma con una sola bala.

Se me revuelve el estómago. El risotto amenaza con subir.

Le dijo: Mátala o mátate. Pero uno de ustedes no sale de aquí.

Mi padre me miró a los ojos. Me pidió perdón. Y se disparó frente a mí. La comandante me dejó ahí con su cuerpo durante tres días. Después me liberó. Dijo: Vete a casa. Cuéntales lo buen hombre que era tu padre.

Alguien toca la puerta. El sonido me hace saltar y casi tiro la laptop.

—¿Janette? —es la voz de Milena del otro lado—. Traje vino. Pensé que podrías necesitarlo.

La cara de la sobreviviente sigue congelada en la pantalla, atrapada en mitad de su testimonio. Cierro la laptop y camino hacia la puerta.

Milena está ahí con jeans y un sweater gris. Sosteniendo dos copas.

—No me equivoqué —dice, estudiando mi cara—. Tienes la mirada de alguien que lleva horas revisando cosas que no debería ver sola.

—¿Me estás vigilando?

—No hace falta —extiende una copa—. Yo leí todo eso también. Cada testimonio. Cada informe. Cada acusación. Todo lo que existe sobre mí.

Me quedo mirando el líquido oscuro. Sé que no debería aceptar. Que no es solo vino.

Cierro la mano alrededor del cristal.

—¿Y? —pregunta— ¿Encontraste lo que buscabas?

—Todavía no.

—¿Qué esperas encontrar?

—Contradicciones.

—¿Puedo pasar?

Por supuesto que no.

—Es tu casa.

—Lo sé —me sostiene la mirada—. ¿Puedo pasar?

Me hago a un lado. No puedo rechazarla esta noche y esperar su confianza mañana. Así no funciona esto.

—Caramagna preguntaba qué nos falta en la vida cuando tenemos el soplo de las estrellas que abre las ventanas y trae el aroma del mar —mira las cortinas cerradas—. Lo tienes justo ahí afuera y elegiste perdértelo.

—Necesitaba concentrarme.

Atrapa la tela con una mano y la corre de golpe. La luz de la luna baña todo en tonos plateados. El cuarto se vuelve otro, más frío, más expuesto.

—Te di la mejor habitación de la casa. Podrías establecer horarios de trabajo. Tomar vino mirando el Adriático al atardecer. Pensar en lo que sea que piensan las mujeres mexicanas de treinta y dos años cuando no están obsesionadas conmigo.

Levanto la copa y tomo sin detenerme a respirar.

—Estoy trabajando, no de retiro espiritual.

—Trabajando —dice, y la palabra suena a acusación—. Si es trabajo, tiene horarios. Si no los tiene, se llama de otra forma.

Milena sale a la terraza. Se sienta en una de las sillas, cruza las piernas con ese control que pone en cada movimiento y da un sorbo a su copa.

—La obsesión hace buenos documentales.

El viento juega con su cabello y la luz de la luna convierte su perfil en algo casi irreal.

—También lleva a malas decisiones —deja pasar un segundo—. Aunque esas tienden a ser más interesantes que los documentales.

Es la escena que imaginé antes. La que me asustó imaginar. Y ahora está pasando, y yo estoy aquí, parada en el umbral de la puerta como una idiota, notando cosas que no debería notar: la

línea de su cuello, la forma en que sus dedos sostienen el cristal, la curva de su hombro bajo el sweater gris.

—¿Quieres escuchar las contradicciones que me tienen despierta?

Salgo a la terraza pero no me siento junto a ella. Camino directo al borde y me recargo contra el cristal.

—Por supuesto —bebe—. Vine para eso.

—La mujer que prepara risotto y la mujer de los archivos. ¿Cómo existen en el mismo cuerpo?

Acerca el vino a sus labios.

—No existen dos mujeres, Janette. Solo una que hace ambas cosas —baja la copa—. Esperas a una villana y encontraste a alguien que cocina. Pero yo siempre cociné. Incluso entonces.

—No. Eso es demasiado fácil. Demasiado simple.

—Lo fácil es dividir a la gente en buenos y malos. Crees que puedes reconocer a los monstruos porque no cocinan bien o no leen poesía. Pero sí lo hacen. Y eso te aterra porque significa que cualquiera podría serlo. Incluso tú.

—Bonito argumento. «Cualquiera podría serlo». Pero resulta que no. Tú lo hiciste. Muchos otros no.

Milena se queda quieta por un momento, mirando el líquido rojizo dentro del cristal.

—Sí. Yo crucé esa línea. Millones no lo hicieron. Pero miles sí. Y todos cocinábamos. Todos leíamos. Todos teníamos familias. ¿Entonces qué nos hizo diferentes? ¿Maldad innata? ¿O simplemente circunstancias y elecciones que se acumularon hasta que ya no había vuelta atrás?

—Son las preguntas que espero responder con el documental.

—Al final vas a tener que elegir. La comandante despiadada o la soldado corrompida por la guerra. Lo gris no vende, ni gana premios.

—No estoy aquí por premios.

—Otra mentira.

Me sostiene la mirada.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué sí, que quiero que sea bueno? Obvio que quiero que sea bueno.

—Me gusta esa respuesta. Suena humana.

Mira hacia el Adriático. A esta hora es una masa negra e infinita, apenas interrumpida por el brillo plateado de la luna sobre el agua.

—No sé qué esperas que diga a eso.

—No espero nada —suspira—. Solo quería ver cuánto tardarías en ser honesta —añade, poniéndose de pie—. Es tarde. O temprano, dependiendo de cómo lo veas.

—Gracias por el vino.

Las palabras suenan ridículas apenas salen de mi boca.

—Buenas noches, Janette.

Camina hacia la puerta sin esperar una respuesta, sale al pasillo, y sus pasos se alejan hasta que la casa vuelve al silencio.

Hay algo particular en la forma en que Milena Kovač existe. Se sienta y la silla se vuelve suya. Levanta una copa y el gesto parece un ritual. Su cabello plateado atrapa la luz de la luna y lo convierte en metal líquido.

Tiene arrugas alrededor de los ojos que se marcan cuando sonríe, que no es seguido, pero cuando pasa es como si el mundo se detuviera medio segundo para registrarlo.

Su voz es grave, con un acento eslavo suavizado y, al decir mi nombre, le pone fuerza a la segunda sílaba; eso lo hace sonar como otra palabra, como si fuera más mía cuando ella lo pronuncia.

No puedo dejar de pensar en cómo se veía contra el marco de la puerta antes de irse. Espalda recta. Manos en los bolsillos. No quiso voltear…

Detengo la grabación y me tumbo en la cama.

Capítulo 04

ALGUNOS VICIOS SOLO NECESITAN ILUMINACIÓN Y VINO

Despierto con la garganta seca y el cuerpo pegajoso de sudor.

La luz que entra por la ventana no es la luz de la mañana. Es oblicua, naranja, cansada. El tipo de luz que solo existe cuando el día ya está muriéndose y tú te perdiste cada segundo de él.

Me incorporo demasiado rápido y la habitación se inclina como si la casa entera estuviera montada sobre un barco.

Miro el reloj de mi móvil, 6:14 PM.

¡Mierda!

Perdí el día entero. Sigo vestida con los jeans de ayer, tengo el sabor del vino de Milena en la lengua y su voz grave rebotando en mi cabeza: Buenas noches, Janette.

¡Seis de la tarde! ¡Puta!

Me paso las manos por la cara. Noto los ojos hinchados y una presión sorda detrás de las sienes que promete convertirse en migraña.

Camino hacia el baño sintiendo cada paso como si mis pies estuvieran hechos de cemento. Me miro en el espejo. Mi cabello luce aplastado de un lado, las líneas rojas del doblez de la sábana se me marcaron en la mejilla, y mis labios están resecos. Parezco exactamente lo que soy: alguien que durmió demasiado en el país equivocado, con ocho horas de diferencia colgando de sus párpados.

Abro la ducha. El agua sale helada primero, después tibia, después casi hirviendo. Me meto; el algodón de mi camiseta se adhiere a mi espalda. Miro hacia abajo. Sigo vestida.

¡Despierta, Janette!

Me quito la ropa. Cuando ya estoy desnuda, cierro los ojos y trato de reorganizar la agenda alrededor del día perdido.

El agua corre por mi espalda, lavando el sudor y otra cosa que no reconozco todavía. Una especie de vergüenza, pero más caliente.

La ducha no mejora nada. Salgo igual de irritada. Me pongo lo primero que encuentro: shorts, camiseta de tirantes. Ni siquiera me seco el cabello, dejo que gotee sobre mis hombros mientras bajo las escaleras descalza.

La casa no está en silencio. Hay música: algo orquestal. Y un olor a comida recién hecha que se vuelve más denso conforme me acerco a la cocina.

Milena está parada frente a la estufa, removiendo algo en una olla grande. Lleva una camisa de seda color terracota con las mangas enrolladas hasta los codos y pantalones anchos color arena.

No voltea cuando entro.

—Casi llamo a un médico. Llevas horas inconsciente.

Su voz es calmada, sin reproche, con un toque de humor que no llega del todo a ser burla.

—Lo siento. La sesión de esta mañana… yo…

—Necesitabas dormir. Tu cuerpo todavía cree que está en México.

La veo moverse por la cocina mientras habla. Abre la alacena, saca una taza y en cuestión de segundos el café está servido.

—No sé si tiene sentido preguntarte esto, pero… —aprieto la taza entre mis manos—, ¿hay alguna posibilidad de que grabemos algo esta noche?

—Ninguna.

Abre el refrigerador y saca un contenedor de vidrio. Pasta con salsa de tomate y albóndigas. Lo destapa, lo mete al microondas.

—¿Y si lo pido por favor?

Suavizo mi voz. Pero ella está más concentrada en cortar pan y acomodarlo en un plato.

—Diré que no.

Respiro profundo. No se trata solo de los veintiocho días que tengo para conseguir su versión de la guerra. Va más allá del tiempo que ella aceptó. Hay productores esperando material, un editor en standby en Los Ángeles, compromisos de distribución que dependen de fechas específicas. No puedo pedir ni un día más. El presupuesto ya está estirado al límite.

—Por favor.

Tengo que intentarlo.

—No.

Cuando el microondas suena, pone el contenedor humeante frente a mí con un tenedor.

—Haré lo que sea.

Me mira de reojo.

Esta vez tarda en responder. Abre el refrigerador, saca una jarra de jugo de naranja, llena un vaso alto y lo desliza junto a la pasta.

—Esta noche cenaremos —se seca las manos con un trapo—. Mañana podemos hacer horas extras si quieres.

Frunzo el ceño.

—Anoche cenamos. ¿Por qué hoy es prioridad?

Me clava esos ojos que no se deciden entre azul y verde.

—Anoche coincidimos en la cocina. Esta noche cenaremos. Como personas civilizadas —hace una pausa, me mira de arriba abajo—. Te vas a cambiar. A arreglar el pelo. Y nos vemos a las ocho en punto.

No es una sugerencia.

—Gracias, pero prefiero trabajar —enrollo pasta en el tenedor—. Necesito revisar lo que grabamos ayer y preparar la sesión de mañana.

Milena deja el trapo sobre el mármol y se inclina hacia delante, apoyándose en la isla.

—Come despacio.

—¿Qué?

—Estás tragando.

—Mira, acepto que arruiné la mañana. Pero dame algo —intento mantener la calma—. Ya estamos aquí, no es como si tuviéramos otros planes.

—¿En serio pensaste que me iba a sentar ahí y responder preguntas ocho horas diarias?

—Pensé que entendías la urgencia.

—Cenamos. Luego puedes revisar tus veinte minutos de video las veces que necesites.

—¿Mañana si empezamos a primera hora?

—Mañana empezamos cuando estemos listas, las dos.

—Así no funciona el tiempo en el mundo real.

—Vale para nosotras. Eso es lo único que importa.

Me cruzo de brazos. Para qué insistir. Ya decidió. Podría desmayarme en medio de su cocina perfecta y no cambiaría de opinión.

—Está bien. Cena. Ocho en punto. ¿Qué cocinas?

—Pulpo. Y un mole que llevo preparando desde ayer. Ya verás.

—¿Mole? —enarco las cejas—. Hiciste tu tarea.

—Siempre hago mi tarea.

Termino la pasta sin decir nada más. Cada bocado me recuerda que no he comido nada sólido desde… ¿Cuándo? ¿El risotto de anoche?

—Gracias por la comida.

Milena asiente sin voltear. Sigue removiendo la mezcla espesa que huele a chiles secos y especias.

—Ocho en punto, Janette.

Subo las escaleras cargando el peso que ella le pone a mi nombre en la segunda sílaba. Janette.

Cierro la puerta de la habitación y me quedo ahí parada, mirando la cama deshecha, la laptop todavía abierta sobre las sábanas arrugadas.

Dos horas. Puedo complacerla por dos horas. Debe ser suficiente.

Me siento frente a la computadora y busco el metraje de ayer. Tengo veinte minutos y diecisiete segundos de material.

Presiono reproducir y la voz de Milena llena mis audífonos: «Convertir la verdad en historia requiere decisiones. Qué mostrar, qué cortar, dónde poner el énfasis».

Miro el reloj. 6:47 P.M.

Una hora y trece minutos.

Es solo una cena. Una cena normal. «Como personas civilizadas».

Empujo la tapa de la laptop.

Pulpo. Mole que lleva preparando desde ayer.

Me levanto y camino hacia el rincón. La maleta sigue a medio desempacar.

Es solo una cena.

No, una cena con aviso nunca es «solo» una cena.

Extiendo sobre la cama mi única blusa decente. Es negra, de mangas largas.

Cenamos risotto, ¿por qué con el pulpo hay una hora establecida? ¿Por qué debo cambiarme?

Busco los mejores jeans que empaqué y los pongo junto a la blusa.

Me quedo mirando la combinación.

Negro sobre negro.

Como si fuera a un funeral.

¡Mierda!

Guardo los jeans y saco un pantalón de lino beige.

Blusa negra. Pantalón beige. Muy ejecutiva. Muy entrevista de trabajo.

No es una entrevista de trabajo.

¿Entonces qué es?

Me siento en el borde de la cama.

«Esta noche cenaremos. Como personas civilizadas»

Es toda la información que tengo. Me exprimo los recuerdos, ¿qué otra cosa dijo sobre la cena?

«Te vas a cambiar. A arreglar el pelo. Y nos vemos a las ocho en punto».

Cambiar.

Arreglar el pelo.

Me paso la mano por mechones que aún se sienten húmedos. El corazón me late más rápido de lo que debería.

Es.

Solo.

Una.

Cena.

Milena es una criminal de guerra. Vine aquí a exponerla. A documentar sus crímenes. A arrancarle la máscara.

No vine a…

¿A qué?

Nada. Es una cena. Una cena entre «personas civilizadas».

Me levanto demasiado rápido.

La blusa negra no. Demasiado formal. Demasiado «estoy tratando de impresionarte».

Saco una camiseta blanca. Simple. Cuello redondo. La pongo sobre la cama.

Camiseta blanca. Pantalón beige.

Muy casual. Como si no me importara.

Pero sí me importa.

Mierda.

Miro el reloj. 7:02 PM.

Busco mi teléfono y abro YouTube.

Escribo: maquillaje natural rápido.

El primer video tiene once millones de vistas. Una chica de veintipocos con piel perfecta me promete maquillaje en cinco minutos y copio cada movimiento que hace.

Termino y me miro en el espejo.

Parece que hice un esfuerzo.

No demasiado. Solo lo suficiente.

¿Suficiente para qué?

Vuelvo a la cama. La camiseta blanca me mira desde las sábanas.

Demasiado casual.

La blusa negra. Demasiado formal.

Reviso la maleta de nuevo. Hay una camisa de mezclilla doblada al fondo.

Camisa de mezclilla. Pantalón beige.

Muy… ¿Turista?

Vine como turista. Técnicamente.

No. Vine como documentalista.

¿Entonces por qué me importa cómo estoy vestida para cenar con Milena Kovač?

Me quito la ropa. Será una camisa de mezclilla y el pantalón beige. No le daré más vueltas.

Evalúo el resultado en el espejo del armario.

Casual. Profesional. Neutral.

Aburrida.

Me quito la camisa de mezclilla.

Pruebo la blusa negra.

Demasiado.

Me la quito.

La camiseta blanca.

Muy poco.

7:24 P.M.

Es solo ropa, Janette. Ponte algo y baja.

Agarro la blusa negra de nuevo y, luego de ponérmela, me subo las mangas hasta los codos.

Eso ayuda. Menos formal. Más… accesible.

Me miro en el espejo.

Blusa negra. Pantalón beige.

«Te vas a cambiar. A arreglar el pelo».

No fue una sugerencia.

Busco la secadora en el baño y me toma veinte minutos conseguir unas ondas naturales, aunque es probable que Milena piense en la palabra «despeinada».

7:50 P.M.

Necesito zapatos.

Solo traje tenis, sandalias, y unas bailarinas negras que metí por si acaso. Parece que las usaré mucho antes de lo que hubiera imaginado.

Me las pongo y vuelvo a mirarme en el espejo del armario.

Blusa negra con mangas enrolladas. Pantalón beige. Bailarinas negras. Cabello casi seco cayendo sobre mis hombros. Maquillaje de YouTube.

La descripción general sigue siendo «suficiente», y me basta.

Porque no es una cita.

Es una cena con una criminal de guerra que preparó comida mexicana para mí.

Es solo eso.

Miro el reloj.

«Ocho en punto, Janette»

Me siento en el borde de la cama y respiro hondo. Mejor no pensar en lo que acabo de hacer. En toda la ropa tirada. En el pánico. Si lo analizo demasiado, voy directo a la terraza y me lanzo al Adriático.

* * *

—Quince minutos tarde.

Su voz viene de afuera. Salgo a la terraza. Milena está sentada frente a una mesa cubierta con un mantel blanco, la luz de dos velas baila sobre las campanas de metal que cubren los platos. El vino blanco suda en la hielera y el Adriático se oscurece despacio contra las montañas.

—Lo siento. Perdí la noción del tiempo.

Mentira. Me quedé esperando a que pasaran de las ocho. No quiero verme sumisa. Ni ansiosa.

—Seguro —se pone de pie, rodea la mesa y aparta la silla frente a ella—. Ven.

Me siento y sus manos empujan el respaldo, ajustándome a la distancia perfecta, antes de volver a su lugar.

—No sé qué tan auténtico quedó el mole —sonríe, solo un segundo—. Hice lo que pude con lo que hay en Montenegro.

Levantamos las campanas al mismo tiempo y el vapor sale en una nube blanca.

—Vaya…

Pulpo asado sobre un charco de mole amarillo. Puré de frijol. Quelites verdes brillantes. Huele a chiles secos, ajo rostizado, un toque dulce que debe ser piloncillo.

—¿Vaya? —ladea la cabeza.

—Vaya, como en: no esperaba esto.

Levanto la vista.

—Te advertí que hice mi tarea —saca la botella de la hielera—. Ahora veremos si valió la pena.

Llena mi copa primero. Después se sirve ella.

En alguna parte de la casa suena un piano a un volumen que se mezcla con el sonido de las olas contra la orilla.

Me pregunto cuántas veces ha puesto esta mesa para otra persona.

Me pregunto por qué me lo pregunto.

—No tenías que hacer todo esto.

—No tengo que hacer nada —sus labios tocan el borde de la copa —. Quise.

El vino está helado y deja un rastro mineral en la lengua.

—¿Por qué?

—Vamos a vivir juntas cuatro semanas —me mira por encima de su copa—. Y prefiero que no me odies tanto.

—Yo no te odio.

—Ese primer día que investigaste sobre mí. Antes de decidir perseguirme —prueba el mole—, ¿qué sentiste?

No respondo. Corto pulpo, y este se deshace casi de inmediato al llegar a mi boca; es suave, y tiene un toque ahumado que no esperaba.

—De acuerdo, te odio un poco —el mole es denso, picante sin quemar, con ese dulzor del piloncillo escondiéndose debajo—. Y odio que esto esté tan bueno que no puedo fingir indiferencia.

—Mejor que «está rico» —corta un trozo de pulpo—. Eso fue todo lo que obtuve por hacerte risotto.

—Esto… —trago—. El mole amarillo me vuelve loca. Siempre.

—Lo sé.

La observo esperando que elabore, pero ella prefiere seguir comiendo como si no acabara de revelar algo inquietante.

—¿Lo sabes?

—Instagram. Estabas en un restaurante, grabando una de esas… historias temporales. Hablabas de mole amarillo. Había una mujer contigo. Cabello muy corto. Un tatuaje aquí —se toca el cuello.

Siento calor en las mejillas. El recuerdo de esa mujer llega sin invitación y Milena sonríe; mi incomodidad le parece entretenida.

—Me investigaste —la acuso.

—Tú investigaste cada detalle de mi vida durante años. Yo solo vi tu Instagram y tus documentales.

Llevo la copa a mis labios y bebo, sintiendo el líquido frío bajar por mi garganta. No tengo forma de rebatir eso.

—¿Puedo preguntarte algo?

Milena deja el tenedor sobre el plato con un sonido suave y se recuesta en la silla

—¿Puedo evitarlo?

—No, realmente.

—Entonces pregunta.

—¿Crees que hay ciertas líneas que, una vez cruzadas, te definen para siempre? ¿O la identidad es más fluida que eso? —enrollo los quelites en el tenedor— Como si pudieras hacer algo terrible y en esencia seguir siendo la misma persona.

—Necesito más alcohol para responder eso.

Extiende la mano hacia la botella y llena ambas copas.

—Las líneas las inventan los que nunca tuvieron que cruzarlas —dice luego de un trago largo—. No hay actos que sean malos en sí mismos. Solo contextos que los hacen inevitables o innecesarios.

—Matar niños es siempre malo.

—¿Incluso si ese niño crecerá para matar a más niños?

—Eso es hipotético.

—No en la guerra. En la guerra es matemática. Dejas vivir a diez que matarán a cien, o resuelves el problema cuando todavía es pequeño. La moral no cambia los números

—Estás describiendo un sistema donde cualquier cosa se justifica si haces las cuentas correctas.

—Estoy describiendo el mundo real.

Tengo que dar un trago largo para disolver el nudo que se está haciendo en mi garganta.

—No. Estás describiendo tu versión del mundo —la acuso—. Una donde todo es permisible si tienes el poder de ejecutarlo.

—Todos vivimos en ese mundo, Janette. Tú solo tienes el privilegio de no tener que verlo de cerca.

Dejo el tenedor sobre el plato. El sonido del metal contra la cerámica es demasiado fuerte en el silencio que sigue.

—¿Estás diciendo que si hubiera estado ahí habría hecho lo mismo? ¿Qué no hay diferencia real entre nosotras?

—Estoy diciendo que en 1992 yo no habría podido hacer lo que hice en 1994. Fueron años de erosión. De pequeñas concesiones. Primero es vigilar un edificio. Después es no preguntar qué pasa adentro. Después es cerrar la puerta tú misma.

—¿En qué momento esas concesiones se convirtieron en decisiones conscientes?

—Tal vez el día que dejé de preguntarme eso. Cuando acepté que ya no había vuelta atrás. Que cada atrocidad anterior exigía la siguiente para que tuviera sentido. No puedes quemar un hospital y después decidir que tienes principios. En ese punto, los principios son un lujo que ya no puedes permitirte.

—Pero pudiste haberte detenido antes. Antes del hospital. Antes de que fuera demasiado tarde.

—En una guerra solo existen dos categorías: los que infligen violencia y los que la sufren. Si estoy aquí bebiendo vino contigo, es porque nunca dejé que mis soldados vieran fisuras. ¿Sabes qué les pasa a las comandantes que pierden el respeto de sus hombres en medio de una zona de guerra? Sobreviví porque me convertí en el monstruo más grande de la habitación.

—¿Recuerdas quién eras antes de tener que elegir eso?

Me sostiene la mirada con una intensidad que me hace querer apartar los ojos. Pero no lo hago.

—Era alguien que habría juzgado en lo que me convertí con la misma convicción que tú.

—Juzgar es lo fácil. Lo hice durante tres años antes de venir aquí. Leí los archivos y te convertí en algo simple. Un monstruo. Una villana con motivaciones claras —levanto la vista—. Pero ahora estás sentada frente a mí explicando cómo sobreviviste y no sé qué hacer con eso. Porque entender no es lo mismo que perdonar, pero tampoco es lo mismo que condenar —corto un trozo de pulpo porque necesito hacer algo con mis manos—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Siempre puedes preguntar. No prometo responder.

—¿Sientes culpa?

El silencio que sigue dura demasiado. Milena toma su copa, bebe con una calma exasperante. Cuando finalmente la deja sobre la mesa, el sonido del cristal contra el mantel parece demasiado fuerte.

—¿Quieres la respuesta honesta o la que te hará sentir mejor sobre estar aquí?

—La honesta —trago saliva.

—La culpa implica que desearía haberlo hecho diferente. Y no estoy segura de que eso sea cierto.

El piano sigue sonando desde algún lugar de la casa, cada nota cae en el silencio como gotas de agua. No sé qué esperaba como respuesta, pero no era esto. No esta honestidad brutal que elimina cualquier posibilidad de redención.

—¿Eres consciente de que mi documental puede partir desde ahí? —le advierto—. Yo decido el corte final.

—Adelante. Tengo treinta años viviendo como un archivo, un nombre en documentos del tribunal. Voy a morir en esta casa, sola. Y antes de que eso pase, necesito ser persona otra vez. Aunque sea una persona terrible.

—Por eso el mole amarillo. Esta cena. La mesa con velas. Buscas que te dé profundidad, que muestre tus motivaciones antes que tus actos.

—Es cierto.

—¿Y lo admites así? ¿Sin más?

—¿Qué sentido tiene negarlo? Ya lo sabes. Admitirlo solo refuerza que soy honesta contigo.

—Eres brillante convirtiendo la honestidad en manipulación.

—Es un talento útil —me mira de forma que hace que el aire se sienta más denso—. Pero aún no has decidido si te molesta o te fascina.

—No necesito decidirlo esta noche.

Bebo para romper el momento.

—Claro que no. Esta noche solo decide si quieres más vino —sonríe—. El resto puede esperar.

—Más vino está bien.

Milena alcanza la botella, con el mismo cuidado de siempre. Excepto que esta vez sus dedos rozan los míos cuando estabiliza la copa. Apenas. Un segundo. Después se retira como si nada hubiera pasado.

—Cuéntame de la mujer que estaba contigo en el restaurante. ¿Quién es?

Eso sí que no lo vi venir. Parpadeo y el vino se queda a medio camino de mi boca.

—¿Por qué quieres saber eso?

Sueno a la defensiva. Demasiado defensiva.

Milena alza las cejas.

—Yo te hablé de la guerra. ¿Y tú no puedes hablarme de tus mujeres?

—No tengo mujeres —remarco el plural—. Fue nadie. Sales, bebes, conoces a alguien. Pasas la noche. Pero ella se quedó hasta la mañana y había dos opciones: ser cruel y echarla o invitarla a comer.

—¿Así que ahora vive contigo porque te dio miedo ser cruel?

—No vivimos juntas —suelto con demasiada urgencia.

—¿De verdad? ¿Dónde está ella ahora?

Bebo. Me rasco detrás de la oreja. Miro hacia el mar oscuro.

—Le presté mi departamento mientras busca algo propio. Yo iba a estar aquí cuatro semanas de todas formas. No significa nada.

—No se irá.

Bebe despacio, y esa confianza en su voz me irrita.

—He corrido a suficientes mujeres de mi departamento. Sé cómo se hace.

—Ah. Entonces sí tienes mujeres.

Remarca la «s».

—¿Estás tratando de acorralarme?

—Te acorralas sola, Janette. Eso pasa cuando dices medias verdades. Una choca con la otra y yo solo tengo que esperar.

Me yergo en la silla, indignada.

—Esto es ridículo. Milena Kovač dándome lecciones de honestidad.

—Yo soy muchas cosas terribles. Pero no soy mentirosa. Esa es la diferencia que los activistas morales no soportan. Pueden perdonar la maldad si viene envuelta en ambigüedad. Pero la verdad sin adornos los ofende.

—Haces que sea imposible no odiarte cuando hablas así. Tan filosófica con tus atrocidades.

—Ahí está. Otra mentira. Resulta que sí me odias.

—Espera. ¿De verdad crees eso? —pregunto arrugando la frente— Que a pesar de todo lo que hiciste eres mejor que yo. Que eres mejor que todos porque admites lo que eres sin disculparte.

Milena se levanta y recoge los platos.

—Postre en diez minutos —desde la puerta, sin voltear completamente, añade—. Y respondiendo a tu pregunta: sí. Lo soy.

Es una idiota.

Y yo sonrío como una idiota también.

Porque es fácil. Hablar con ella es fácil de una forma que no debería serlo. En algún punto entre el pulpo y el vino, dejé de ver a la comandante Kovač, criminal de guerra buscada por tribunales internacionales, y empecé a ver solo a Milena. Una mujer de sesenta años que cocina bien y que me desafía con esa honestidad brutal que no sé si admirar u odiar.

No.

No puedo pensar así.

Ella mató gente. Gente inocente. Con nombres. Caras. Familias.

Y aquí está, preparando postre para mí. Diciéndome sin rodeos que todo esto es manipulación. Y yo sigo sentada en esta terraza, bebiendo su vino, comiendo su comida, dejándome seducir por sus observaciones mordaces.

Mi primer documental fue sobre un hombre en Sinaloa. Bernardo Ochoa. Entregó a su sobrina de once años a un cartel para saldar una deuda de juego. La entregó él mismo. La llevó en su camioneta, le compró un helado en el camino, le dijo que iban a visitar a unos amigos.

Nunca la volvieron a ver.

Ese documental me dio un contrato de desarrollo con Prism Entertainment, porque no lo hice desde la perspectiva del monstruo. Lo hice en la mirada de la gente que vivía con él sin saberlo. Las que comentan: «no puedo creerlo». «Es imposible». «No era así cuando lo conocí».

Hago una pausa y escucho las olas contra la costa.

Esta noche cené con Milena Kovač. Pulpo. Mole amarillo. Hablamos de mujeres. De manipulación. De honestidad.

Y me reí.

Me reí en la mesa de una comandante que quemó gente viva.

No sé qué significa eso. Si estoy haciendo mi trabajo o perdiéndome en él. Si el documental requiere esta proximidad o si ya crucé alguna línea.

Si ahora soy esa persona que dice «no puede ser».

La diferencia es que yo leí los archivos. Vi los testimonios. Conozco los números.

Y, aun así, acepté su vino.

Detengo la grabación y me quedo mirando el techo.

Capítulo 05

LA GUERRA NO PIDE VIRTUDES, SOLO QUE SEAS EFICIENTE

Milena entra a las nueve en punto. Camisa blanca, jeans oscuros, el cabello peinado hacia atrás con los dedos. Cero maquillaje. La luz de la mañana le da ese resplandor difuso que hace que cualquier cámara la favorezca.

Se ve más joven.

Me molesta notarlo.

Me molesta más que me moleste notarlo.

—¿Lista? —pregunta.

—Siéntate —digo, más cortante de lo necesario.

Le pongo el micrófono. Cuando ajusto el clip en su cuello, mis dedos rozan su piel y Milena me sostiene la mirada mientras termino.

Es un desafío. O una invitación. Quizás ambas.

Me alejo hacia la cámara, reviso el encuadre. Ajusto un foco que no necesita ajuste.

Presiono REC antes de que pueda seguir pensando en cómo se sintió su piel bajo mis dedos.

—Empecemos con Goražde —digo, directa.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Eso va a tomar más de una hora.

—Tenemos el tiempo que necesites.

Asiente. Recostándose en el sofá.

—Llegamos en marzo del 92. Yo tenía veintisiete. Mi hermano veintinueve. El batallón era en su mayoría niños jugando a ser soldados.

—¿El Tercer Batallón?

—Sí.

—Los archivos dicen que comandaron el asedio.

—Los archivos están correctos.

—¿Tu rol?

—Al principio, ninguno. Soldado raso. Cargaba municiones, limpiaba armas, seguía órdenes.

—¿Cuándo cambió?

—Cuando mataron a mi hermano.

Pausa. Dos segundos. En el monitor veo cómo sus dedos se tensan sobre el apoyabrazos.

Ahí está. La primera grieta en la armadura.

—¿Cómo murió?

—Emboscada. Los bosníacos lo capturaron. Era comandante del Tercer Batallón, muy valioso. Ofrecieron un intercambio: mi hermano por veinte prisioneros.

—¿El alto mando aceptó?

—El general dijo que no. Dijo que intercambiar veinte hombres por uno, incluso un comandante, sentaba un precedente peligroso —asiente despacio— Tenía razón, estratégicamente. Pero era mi hermano.

—¿Qué hiciste?

—Organicé el intercambio yo misma. Reuní a los veinte prisioneros del campo, coordiné el punto de encuentro con un contacto bosnio —hace una pausa—. Llegué con doce soldados de mi confianza. Ellos trajeron ocho hombres. Y un cuerpo. Mi hermano llevaba muerto cuatro días. Nunca existió la intención real de un intercambio.

—Te tendieron una trampa.

—Me dieron una lección. La lealtad te hace predecible. Y lo predecible es débil.

—¿Cómo lograste salir de ahí?

—Matemáticas. Yo tenía doce armas. Ellos ocho. Los ejecuté. Después, a los veinte prisioneros. Uno por uno. Mientras el cuerpo de mi hermano estaba ahí, mirando.

—¿Por qué a tus propios prisioneros?

—El general eligió veinte vidas anónimas sobre un comandante entrenado. Si esa era la ecuación correcta, entonces esas veinte

vidas debían valer algo extraordinario —la sombra de una sonrisa cruza su rostro—. No valían nada. Eran campesinos, ancianos, dos adolescentes. Sacrificaron a mi hermano por eso.

—Así que los mataste para demostrarlo.

—Los maté porque la ecuación estaba rota desde el principio. Si mi hermano no valía veinte, entonces veinte no valían nada.

—¿Cómo lo reportaste? ¿Qué dijiste cuando te preguntaron por los prisioneros?

—No tuve que explicar nada. En 1992, veintiocho enemigos muertos era una buena semana. Nadie hizo preguntas incómodas sobre prisioneros que oficialmente nunca existieron.

—¿Veintiocho bajas te ganaron el ascenso?

—Lo pedí. Era un cargo que nadie quería. Era el batallón suicida, los mandaban a las peores zonas. Yo no tenía nada que perder. Después de mi hermano, morir era solo un trámite.

—Y en lugar de morir, te convertiste en lo peor de esa zona.

—Me convertí en lo que la guerra necesitaba. Resulta que eso y «lo peor» son la misma cosa.

—¿Cuándo empezaste a cruzar líneas?

—¿Qué línea crees que crucé?

—Civiles desarmados.

No responde de inmediato. El silencio se estira. En el monitor puedo ver cómo decide cuánta verdad darme.

—Mayo. Edificio residencial ocupado por francotiradores enemigos. Inteligencia confirmó familias adentro. Mujeres, ancianos, al menos seis niños. Es una estrategia: usarlos como escudos. Los bosníacos sabían que una mujer comandaba el batallón. Apostaron a que tendría escrúpulos.

—No los tuviste.

—No los tuve —confirma con voz plana—. Un edificio con valor militar no deja de tenerlo porque pongas cunas en las ventanas. Lo bombardeé esa misma semana.

La oigo decir «cunas en las ventanas» con la misma inflexión que usaría para «mesas» o «sillas».

—¿Cuántos murieron? —mi mano tiembla sobre el trípode.

—No lo sé.

—¿No contaste?

—¿Contar cadáveres de civiles? Eso es pornografía moral. Números para que periodistas y tribunales tengan algo concreto que juzgar. En el momento solo había un edificio que dejó de ser problema.

Debería detener la grabación. Debería salir de esta sala. En lugar de eso, ajusto el enfoque.

—¿No hubo un segundo, antes de dar la orden, donde dudaste?

—Las dudas son para quien tiene tiempo. Yo tenía una guerra.

—Guerra o no, en algún punto dejaste de registrar que estabas matando niños. ¿Cuándo?

—No fue un momento. Fue cada orden que di y funcionó. Cada vez que maté niños y seguí viva, y mis soldados siguieron vivos, y ganamos terreno. La realidad me enseñó que funcionaba. Eventualmente, lo que funciona se vuelve normal.

El peso de su voz me hace querer entender, no solo documentar. Error de principiante.

—¿Crees que podrías volver a sentir, o esa parte está muerta?

Me sostiene la mirada. Y ahí, brevísimo, como un espasmo muscular, algo atraviesa su rostro: Dolor. Real, crudo, involuntario.

Por un segundo, quizás menos. Después vuelve la máscara.

—He pasado treinta años sin cuestionarme y esta semana me obsesiona la pregunta.

El aire entre nosotras se espesa. Puedo sentirlo, físico, casi sólido.

—Milena…

—¿Qué sigue?

—Detente. Lo que acabas de decir es importante.

—Dije que me he hecho preguntas. ¿Qué tiene eso de importante?

—Dijiste «esta semana». Tres palabras específicas. Treinta años sin cuestionarte nada, tres días conmigo y empiezas a dudar. Eso es lo importante.

—Tienes razón.

Silencio. Como si eso cerrara la conversación. No pienso permitirlo.

—¿Qué es lo que te hace preguntártelo ahora?

—Hay razones. No voy a entrar en ellas.

—¿Por qué no?

—Porque si empiezo, no puedo parar. Y si no puedo parar, colapso. Y si colapso, entonces todo fue por nada.

Hay varios segundos de silencio, hasta que lo interrumpo con suavidad.

—¿Qué fue por nada, Milena?

—Todo. Cada decisión. Cada orden. Cada muerte. Si me permito sentir, lo primero que llegará será la culpa, culpa real, no solo la versión intelectual que te di anoche, sino la versión visceral, la que se despierta gritando… entonces admito que siempre hubo otra opción. Y elegí esta.

Apago la cámara.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta molesta.

—Acabas de darme algo demasiado real. Y no sé si te diste cuenta.

—Lo hice.

—Mentira.

—Ya establecimos que no miento.

—Paso mi vida detrás de una cámara observando gente. Tus manos tiemblan, Milena.

Milena baja la mirada hacia sus manos. Están temblando. Un temblor sutil pero innegable. Cierra los puños y una máscara intenta regresar a su rostro.

—Suficiente. Enciende la cámara —se endereza en el sofá.

—No.

—Enciéndela ahora o terminamos aquí.

—No puedo grabarte vulnerable. No sería justo.

—¿Por qué no? Es perfecto. Es lo que viniste a buscar: admisión de culpa, quiebre emocional. Tu próximo premio está garantizado.

—No quiero usarte de esta manera.

—¿Desde cuándo?

—Esta semana.

Milena me sostiene la mirada varios segundos. Después se pone de pie. Sus dedos desenganchan el micrófono de su camisa y lo deja sobre la mesilla.

—Tendría que haberte dicho que no desde el primer correo.

—Lo hiciste.

—Insististe durante meses para que hablara contigo. Y cuando lo hago, me dices que hay cosas que no usarás porque son demasiado honestas.

—No dije eso.

—Dijiste exactamente eso.

—Hay una clara diferencia entre «demasiado honesta» y «demasiado expuesta».

—¿Entonces qué? ¿Esperas a que lo repita cuando esté más compuesta?

—Espero a que sepas lo que implica decirlo frente a una cámara.

Se ríe; es un sonido cortante, desprovisto de cualquier calidez.

—Janette. Todo lo que he dicho en esta casa lo he dicho sabiendo lo que implica. Tiemblo porque me importa, no porque ignore lo que estoy diciendo.

—¿Te importa?

—Sí. Me importa.

—Hace un minuto dijiste que, si empezabas a sentir, colapsarías. Y ahora dices que te importa. No pueden ser las dos cosas.

—Claro que puede. El colapso no viene de sentir. Viene de aceptar que pude haber sentido siempre.

—Eso no tiene sentido.

—Bienvenida al trauma. Nada tiene sentido.

Se da vuelta y camina hacia la puerta. No corre, no huye. Solo se aleja con esa rigidez militar que nunca pierde y se detiene justo antes de salir, con la mano tocando el marco.

—¿Quieres saber qué es lo más difícil de todo esto?

—¿Qué?

—Que de verdad quiero que me entiendas. No busco perdón ni absolución. Solo que comprendas que fui humana todo el tiempo. Que esas decisiones las tomó una persona, no un monstruo. Y eso es lo que nadie quiere aceptar.

—Porque aceptar eso es aterrador.

—Exacto. La gente necesita creer que existe algo roto en las personas crueles. Algún defecto moral congénito. Porque si no lo

hay, entonces cualquiera en las circunstancias correctas, con la presión adecuada…

—No creo eso —la interrumpo.

—Dale tiempo.

Sale del estudio.

Después de unos minutos, conecto los audífonos y reviso lo que grabamos. Reproduzco. Rebobino. Pauso. Tomo notas. Busco planos útiles, frases clave, momentos editables. Trabajo en modo automático durante al menos tres horas, hasta que el hambre me obliga a parar.

Bajo a la cocina. Milena no está, pero sobre la isla hay un plato tapado. Retiro la cubierta: pollo asado con vegetales.

¿Lo interpreto como una tregua o le puso veneno? Con ella nunca se sabe. Es Milena de Schrödinger y yo soy el gato dentro de la caja.

Como parada junto a la isla. Está bueno. Demasiado bueno; al menos tendré una muerte piadosa. Termino en diez minutos y dejo el plato en el fregadero, para ir a buscarla. Está en la terraza, de espaldas, mirando el mar. Sobre la mesa hay una laptop cerrada y una copa vacía.

Camino hacia ella.

—¿Puedo sentarme?

—Es tu casa también. Por ahora.

Tomo aire, respirando el oxígeno limpio del Adriático. Sal y pino en partes iguales.

—Lo siento —digo.

—¿Por qué? —inclina la cabeza.

—Por apagar la cámara. Fue condescendiente.

—No lo fue —sus dedos tamborilean sobre la mesa—. Fue el instinto de cuidar algo que no te corresponde cuidar.

—¿Podemos intentarlo de nuevo mañana?

—¿Con la cámara encendida? —arquea una ceja.

—Con la cámara encendida.

—¿Y usarás todo?— S e adelanta en el asiento.

—Usaré lo que necesite usar.

—No es respuesta.

—Es la única que tengo.

Levanta la tapa de su laptop; el resplandor azul ilumina su rostro.

—¿En qué trabajas?

—Traducciones —teclea algo sin mirarme—. Así pago todo esto.

—¿De qué?

—Documentos legales. Inglés, bosnio, serbio, francés. ¿Quién diría que ordenar ejecuciones en varios idiomas sería buena preparación profesional?

—Tienes sentido del humor sobre cosas que no deberían ser graciosas.

—Es otro de mis talentos.

No interrumpo más. Solo me quedo a su lado, mirando el Adriático brillar bajo la luz intensa de la tarde.

Después de unos minutos, habla sin mirarme.

—¿Janette?

—¿Sí?

—Gracias por apagar la cámara.

—Pensé que habías dicho que no me corresponde cuidarte.

—Y no te corresponde. Pero lo agradezco de todas formas.

Sus ojos encuentran los míos.

Algo cambia en el aire. Ya no somos documentalista y criminal de guerra, entrevistadora y sujeto. Somos solo dos mujeres en una terraza, mirándose más tiempo del que se miran dos extrañas.

Y eso es peligroso.

—Mañana pregúntame sobre el hospital.

—¿Srebrenica?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque fue lo peor que hice. Y si de verdad quieres entenderme, necesitas empezar por lo peor.

—Recibí el material que enviaste esta tarde. Es oro. Esto es exactamente lo que necesitamos. ¿Cómo carajo lo conseguiste tan rápido?

Me recargo contra la cabecera de la cama, sosteniendo el teléfono en mi oído.

—Te lo dije desde el principio. Iba a ser fácil.

—No sonabas tan segura cuando te fuiste a Montenegro.

—Bueno, ahora lo estoy. Es una mujer que lleva décadas sola. Darle un poco de atención, hacerla sentir vista… es psicología de manual.

—Bien. Porque esto va a ganar premios. Lo sabes, ¿verdad? Este material es brutal. Sigue haciendo lo que haces.

Cierro los ojos.

—Mañana quiere hablar del hospital. Va a ser pesado.

—Perfecto. Mañana es el día. Entra a matar.

Aprieto el teléfono con más fuerza.

—Sí. Lo sé.

Capítulo 06

QUIEN BUSCA MONSTRUOS TERMINA ENCONTRANDO ESPEJOS

—Srebrenica —digo—. Mayo del 95. El hospital.

Milena toma café. Un sorbo largo, tranquilo.

—Sí.

Hace una pausa. Espero que continúe; sin embargo, ella solo me mira esperando la pregunta específica.

—Cuarenta y siete personas —mantengo la voz firme.

—Cuarenta y siete confirmados —corrige con precisión casi burocrática—. Las cifras oficiales son siempre políticas. En desastres, en guerras, en masacres… la primera cifra que se publica nunca es la real. Es la cifra negociada entre los que cuentan los cuerpos y los que no quieren que se cuenten todos.

—¿La cifra negociada? —repito la palabra, sintiéndola extraña en mi boca.

—Cuarenta y siete suena controlable. Suena como un número que puede justificarse en un tribunal, si alguna vez hubiera un tribunal. Pero la verdad técnica es que no puedes confirmar la identidad de todos los cuerpos cuando arden a esa temperatura durante ese tiempo. Algunos quedan reducidos a fragmentos. Entonces, ¿cómo cuentas? ¿Por cráneos? ¿Por piezas dentales? ¿Por registros de admisión del hospital que tal vez ya estaban incompletos?

Resisto el impulso de rascarme la frente. Siento el picor ahí, justo en el centro, ese tic nervioso que me delata cuando algo me perturba más de lo que quiero admitir.

—¿Cuánta gente había en ese hospital, Milena? —la pregunta queda suspendida entre nosotras.

Me sostiene la mirada. Hay algo en sus ojos, no es crueldad. Es algo peor: claridad. La claridad de alguien que conoce el peso exacto de lo que hizo.

—Ciento cuarenta y dos

Toma el último sorbo de su café. El gesto es lento, deliberado.

No «aproximadamente». No «más o menos».

Ciento cuarenta y dos.

—Esa es mi estimación conservadora —continúa, y su voz tiene esa precisión clínica que me hiela la sangre—. Basada en cuántas camas estaban ocupadas esa semana, más personal médico de turno, más visitantes que quedaron atrapados cuando sellamos el perímetro —hace una pausa—. Ciento cuarenta y dos cuerpos carbonizados en un hospital deliberadamente incendiado no caben en un informe que alguien va a firmar. No cabe en un titular que alguien va a leer durante el desayuno. No cabe en la cabeza de una documentalista mexicana que vino aquí buscando monstruos simples —me mira—. Cuarenta y siete, sí. Cuarenta y siete es trágico, pero procesable. Cuarenta y siete permite que la gente como tú siga sentada en su silla, grabando, tomando notas, manteniendo esa distancia profesional que necesitas para no colapsar.

Trago saliva. El sonido es audible en el silencio de la habitación.

—No estoy…

—Colapsas —se inclina hacia delante—. Y ni siquiera te he contado cómo sonaban.

El aire se me atora en los pulmones

Cierro los ojos. Uno, dos, tres, cuatro…

—¿Por qué el hospital? —mi voz suena firme, ni parece que estoy temblando.

—Mensaje táctico —responde—. Los tres pueblos siguientes necesitaban entender que no habría piedad. Que las reglas convencionales de guerra ya no aplicaban. Que los espacios sagrados, hospitales, escuelas, iglesias… ya no eran refugios.

—Hay una diferencia entre guerra y exterminio. Entre táctica y sadismo.

—Los siguientes tres pueblos se rindieron en cuarenta y ocho horas. Sin disparos. Sin resistencia. Ahora pregunta cuántas vidas se salvaron ahí.

—Vaya, ahora quieres que te vea como un dios piadoso porque salvaste miles de vidas incendiando un hospital con ciento cuarenta

y dos.

—La piedad es una puerta que se abre o se cierra. Yo cerré esa puerta. Con candados. Con cadenas. Con ciento cuarenta y dos personas adentro. Y cuando esa puerta se cierra, Janette, cuando la gente entiende que no hay escapatoria, que no hay negociación, que no hay misericordia esperando del otro lado… ahí es cuando dejan de luchar. Ahí es cuando se rinden antes de que tengas que quemar el siguiente hospital.

La lógica es inmaculada. Brutal. Perfecta en su horror.

—¿Qué palabra prefieres entonces? ¿Eficiente? —masticar vidrio seguro me jode menos la lengua que esta conversación—. Impecable trabajo, comandante Kovač.

—Eso es comando militar real, no fantasía humanitaria. Ciento cuarenta y dos personas. Terrible, sí. Pero salvaron más vidas de las que costaron. Si haces las matemáticas correctas.

Ahí está otra vez: las matemáticas correctas.

Siento náuseas, pero no aparto la mirada. No puedo. Es como estar frente a un eclipse: sabes que no deberías mirar, pero es imposible desviar los ojos.

—Las ventanas —mi voz suena lejana, como si viniera de otro cuarto—. El documento dice que disparaban a quienes intentaban romper las ventanas.

—Correcto —confirma—. Órdenes claras: nadie sale. Si empiezas a hacer excepciones, pierdes el control. Un civil sale, después cinco, después veinte. Y entonces tu mensaje se diluye.

Me mira con algo que podría confundirse con paciencia educativa. Como una profesora explicando un concepto difícil a su estudiante lenta.

Me paso las manos por la cara, presionando las palmas contra mis ojos.

—Ayúdame, Milena —mi voz sale apagada, filtrada por mis propias manos—. Ya vi al monstruo. Dame algo humano. Cualquier cosa.

—Tienes que entender que la crueldad inconsistente es debilidad. Si vas a quemar un hospital, quemas el hospital. No lo quemas «más o menos». No dejas que tres personas escapen porque te dieron lástima.

Mi estómago se contrae.

—¿Escuchaste los gritos?

—Desde el perímetro de seguridad, sí. Era necesario. Tenía que confirmar que el operativo se ejecutaba según lo planeado.

Su voz no cambia. Podría estar describiendo una inspección de calidad en una fábrica y sonaría igual que ahora.

—¿Qué sentiste?

Esta vez no hay temblor en sus manos. No hay grietas en su armadura.

—Satisfacción. El operativo funcionó —responde—. Si no hubiéramos quemado ese hospital, habríamos tenido que tomar esos tres pueblos casa por casa. Eso habría significado dos semanas de combate urbano. Entonces sí, cuando escuché los gritos y supe que el operativo estaba funcionando, sentí satisfacción.

—Los escuchaste morir —la voz me tiembla—. Y sentiste satisfacción.

—¿Algo más sobre Srebrenica? —pregunta—. ¿O pasamos al siguiente tema?

Sus ojos reflejan la luz mediterránea con esa claridad obscena que tienen las cosas que no deberían ser tan nítidas. Hermosa, sí soy honesta. Hermosa como un cuchillo bien afilado: algo perfecto, si aceptas que su único propósito es cortar.

Y serena.

Completa y terrible y serena.

Como si dormir en paz después de matar fuera su derecho.

No hay arrepentimiento debajo esperando ser excavado.

No hay culpa escondida que algún día brotará.

No hay humanidad dormida esperando las preguntas correctas.

Solo hay esto: una mujer que planeó quemar personas vivas, calculó cuántas cadenas necesitaba para las puertas, lo ejecutó eficientemente, y treinta años después lo recuerda como un logro profesional digno de ser explicado con claridad pedagógica.

—Janette. —espera dos segundos—. ¿Sigues conmigo?

Miro la cámara. El botón rojo me avisa que sigo grabando.

Esta es la prueba. El material que vine a buscar. La confesión sin filtros que ningún tribunal internacional ha conseguido. Las palabras

exactas que podrían y deberían destruirla.

Tendría que estar satisfecha. Mi documental va a exponer a un monstruo que lleva décadas impune.

—Sí —respondo después de un momento—. Continuemos.

Si estuviera loca, sería simple. «La guerra la destruyó.» Narrativa con arco. Redención imposible, pero al menos comprensible. Pero Milena está cuerda… si recuerda el sonido de los gritos como confirmación operativa… si treinta años después cocina mole y duerme sin pastillas…

Doy una calada profunda y la brasa arde naranja contra la oscuridad del Adriático.

Mañana voy a despertarme. Ella va a tener café listo. Voy a decir gracias. Vamos a hablar del clima o de la entrevista de ayer. Como si fuera normal. Como si yo no hubiera pasado la noche entera fumando porque no sé qué hacer con lo que sé.

Detengo la grabación justo cuando tocan a mi puerta.

Abro. Milena está ahí con una botella de vino tinto y dos copas vacías. No pregunta si puede pasar. Ni se molesta en hablar al entregarme una.

La tomo con la misma mano del cigarro. El humo sube entre mis dedos mientras ella inclina la botella y el líquido cae en la copa, tan oscuro que parece sangre vieja. Sirve la suya después, dos dedos exactos, y pasa de largo sin esperar invitación.

Va directo a la terraza. Se sienta en la misma silla donde estuvo la primera noche, cuando trajo el vino a las tres de la mañana y hablamos de moralidad como si fuera filosofía abstracta y no el peso específico de ciento cuarenta y dos cuerpos.

Esta vez no tengo fuerzas para debatir. No tengo argumentos internos sobre límites profesionales o distancia ética. Solo estoy cansada.

Me dejo caer en la silla junto a ella. El Adriático respira abajo, con ese ritmo de olas contra roca, que no cambia nunca sin importar qué pase arriba.

Milena bebe mirando el horizonte oscuro donde el mar y el cielo se funden en la misma negrura. Yo fumo y bebo también. No hablamos. El silencio no es tenso. No es incómodo. Es solo silencio. Dos mujeres sentadas en una terraza, bebiendo vino, mirando el mar como si ahí estuviera la pausa que ninguna de las dos sabe cómo pedir. Como si hace seis horas ella no me hubiera explicado la logística exacta de quemar personas vivas con el tono de alguien que explica cómo armar un mueble.

—Yo confieso. Tú me explicas por qué necesitas escucharlo —levanta la botella y me sirve más vino—. Dijimos que sería un intercambio, ¿no?

—Quiero ganar premios. Fama. Reconocimiento. Una casa con vistas al Adriático —sonrío sin ganas

—Esa no es una respuesta.

—No lo es. Cuando haces preguntas tan directas, obtienes respuestas preparadas. Si quieres llegar más hondo, tienes que hacer lo que yo hago: no atacar directo. Preguntar por detalles pequeños. Acercarte desde ángulos que no esperaba tener que defender —bebo—. No preguntas «¿por qué mataste a ese hombre?» Preguntas por el desayuno de ese día, por el clima, por los zapatos que usaba. Y, de repente, sin darse cuenta, ya te está contando la versión real. La que vivió, no la que ensayó para los tribunales.

—De acuerdo, lo intento de nuevo —se lo piensa unos segundos —. Premios —pronuncia despacio—. ¿Cuántos has ganado ya?

—Suficientes para conseguir financiamiento para este proyecto —digo—. No suficientes para dejar de tener que justificar por qué merezco el presupuesto.

Se ríe. No es una risa educada ni controlada. Es real, sale de algún lugar hondo, y el sonido rompe algo en el aire entre nosotras. Yo también me río, primero por contagio y después porque es absurdo. Todo esto es absurdo. Estar aquí bebiendo vino, riéndonos como colegas después de tres horas hablando de cuerpos carbonizados. La risa se nos escapa a las dos. Otra vez sucede: dejamos de ser documentalista y criminal, y somos dos mujeres que

entienden perfectamente lo que significa nunca tener suficiente de algo.

—¿Qué haces cuando no estás persiguiendo premios? —pregunta—. ¿Tienes algo que no sea trabajo?

—Veo que aprendes rápido —bebo mirando esa línea donde el mar desaparece en la oscuridad—. Si te soy honesta, no sé qué es «no trabajar». Todo cuenta. Leer noticias es investigación. Ver películas es estudiar técnica. Hasta estar aquí bebiendo contigo es… bueno, es parte del proceso.

—Debe ser agotador —observa sin ironía—. Nunca poder solo… estar.

Milena extiende la mano con dos dedos abiertos. Tardo un segundo en procesar el gesto antes de pasarle el cigarro.

Ella lo lleva a sus labios, inhala despacio y me lo devuelve. Yo lo tomo y también fumo, consciente de que acabo de poner mi boca donde puso la suya. Consciente de que noto eso. Consciente de que ella también lo nota.

—Lo es —admito, exhalando el humo—. Pero es lo único que sé hacer bien.

—¿Cómo terminaste en documentales? —pregunta—. No parece la progresión natural del periodismo tradicional.

—Trabajé tres años en un periódico muy respetado en mi país. Política, crimen, notas de relleno. Lo normal. Pero odiaba los límites —le paso el cigarro de vuelta sin que lo pida—. Ochocientas palabras para explicar por qué mataron a un activista. Dos mil si tenías suerte. Nunca era suficiente espacio para la verdad completa.

Milena fuma mirando el mar.

—De reportera local a documentar cárteles —dice—. Ese es un salto considerable. ¿Cómo pasó?

—Alguien que conocía a alguien —bebo—. Pero conseguir la cita fue lo fácil. Lo difícil fueron los dos años siguientes convenciéndolos de que podían confiar en mí. Que no era infiltrada ni oportunista. Que de verdad quería entender su historia.

—¿Puedes entender de verdad a alguien así o solo te convences de que lo haces?

—No estoy segura —digo—. Al final Meridian Plus lo quiso comprar, Sundance lo premió, acabó en listas de «mejor del año». Si eso resultó de entenderlos o de ser muy buena construyendo narrativas… la audiencia no puede notar la diferencia.

Me devuelve el cigarro y nuestros dedos se rozan en el intercambio.

—¿Te sentiste satisfecha? —pregunta—. Cuando por fin llegó el reconocimiento.

—Por tres semanas, sí —admito—. Después solo es presión para hacerlo otra vez. Mejor. Más grande.

—¿Qué dice tu familia sobre todo esto?

—Mi mamá me pregunta cuándo voy a conseguir un trabajo real —sonrío amarga—. Mi papá murió cuando yo tenía diecinueve.

Milena bebe despacio mientras yo fumo lo poco que queda del cigarro.

—Aparte de la chica que no sabes cómo echar de tu casa —una sonrisa tira de sus labios—. ¿Tienes a alguien en México? ¿Alguien esperando a que vuelvas de perseguir monstruos?

—Hubo alguien importante —admito—. Andrea —su nombre me deja un gusto amargo—. Terminamos hace ocho meses.

—¿Y por qué se acabó?

—Por esto —señalo vagamente el espacio entre nosotras, la terraza, Montenegro—. Porque yo siempre estoy persiguiendo el siguiente proyecto. Porque cuando estaba con ella, estaba pensando en ediciones o financiamiento. Un día me dijo: «No sé si me amas o si solo soy algo cómodo entre documentales» y no supe qué responder.

Milena sirve más vino en mi copa.

—¿La extrañas?

—Extraño la idea de ella —digo despacio—. Extraño tener a alguien que pregunte cómo estuvo mi día. Pero no extraño tener que explicar por qué necesito viajar sola a entrevistar criminales de guerra —nos miramos como dos personas que acaban de descubrir que hablan el mismo idioma secreto—. No extraño sentirme culpable cada vez que elijo trabajo sobre una cena.

Milena me sostiene la mirada. El vino, el cigarro compartido, la hora, todo estrecha el espacio entre nosotras.

—¿Vale la pena?

—Hasta ahora sí.

—¿Y este proyecto? ¿Ya sabes si valdrá la pena?

No respondo de inmediato. Miro mi copa casi vacía, después la botella en el suelo entre nuestras sillas.

—Pregúntamelo cuando me vaya.

Milena sonríe. Es una sonrisa pequeña, casi triste.

—Mucho puede pasar antes de que te subas a ese avión.

No sé si es una promesa o una advertencia. Tal vez ambas. El silencio que sigue es distinto a los anteriores. No es cómodo ni incómodo. Es expectante.

Capítulo 07

EL BIEN Y EL MAL SE SALUDAN CADA MAÑANA EN EL MERCADO

A las ocho de la mañana escucho tres golpes en la puerta. El ritmo de Milena es inconfundible: golpe, pausa larga, golpe, pausa larga, golpe

—Día libre —anuncia.

Tengo las manos atrapadas en el cabello intentando armar una coleta.

—¿Qué? —murmuro con la liga entre los dientes.

—Un día libre. Sin cámaras, sin preguntas. Nada de trabajo.

Logro terminar la coleta antes de responder.

—No vine hasta Montenegro a tomarme días libres.

—Viniste a entenderme. Llevamos cuatro días sentadas frente a frente. ¿No te da curiosidad verme en otro contexto?

Me cruzo de brazos y entrecierro los ojos.

—Sabes que voy a decir que sí solo porque lo planteaste así.

—Por supuesto —esa media sonrisa arrogante—. ¿Vienes o seguimos fingiendo que tienes opción?

—Si voy a perder un día de trabajo, al menos dime el plan.

—Vamos al pueblo.

—Eso no es un plan. Es una dirección.

—El plan es que vengas —ya se está dando la vuelta—. Diez minutos. Te espero abajo.

Se aleja por el pasillo y la sigo con la mirada: esta mañana lleva pantalones blancos de lino y un saco largo sobre una blusa sin mangas, todo en tonos marfil.

Milena Kovač camina como alguien que nunca tuvo que apurarse porque la gente siempre esperó.

Mierda.

Me pongo lo primero que encuentro limpio: unos jeans, una camisa blanca arrugada, tenis. Paso del espejo. Entre la falta de sueño y la botella de vino que nos terminamos en la terraza, prefiero no saber. Y tampoco tengo energía para otra crisis de vestuario.

Cuando bajo, Milena ya me espera en la puerta con dos bolsas de tela colgando de su hombro. En una mano sostiene un termo plateado y en la otra, algo envuelto en papel encerado.

—Café. Y burek. Ya me di cuenta de que esperar a que desayunes por tu cuenta es una causa perdida.

—Mi hora de comer es a las: me duele el estómago. Y a las: estoy al borde del desmayo. Eso a menos que… —me detengo. No hay forma de terminar esa frase sin sonar patética.

—A menos que estés bajo el mismo techo que una adulta funcional —termina Milena, sin burla, solo constatando un hecho—. Vamos al mercado. Necesito verduras. Tú necesitas respirar. Las dos ganamos.

—Qué generosa. Alimentarme mientras me insultas —murmuro, pero ya le estoy dando una mordida al pan relleno.

—Si fuera un insulto, no te habría traído el de queso. Te habría dado el de espinaca.

—Qué considerada —el camino de tierra cruje bajo mis tenis.

Hace calor, pero la brisa del mar lo vuelve tolerable. El aire huele a sal mezclada con la lavanda silvestre que crece en los márgenes.

—¿Y cómo fue que terminaste aquí?

—Estás rodeando la pregunta real. Ya conozco tus secretos, así que ve al grano.

—¿De dónde salió el dinero para esta casa?

—Aprecio la franqueza. Pero es tu día libre. Las preguntas del documental pueden esperar.

Llegamos a un claro donde está estacionado su auto: un Mercedes Clase G de principios de los 2000. Tiene abolladuras en las puertas traseras y las llantas están embarradas de tierra. No es un vehículo para presumir, es una declaración de principios: lo que funciona, sobrevive.

Milena abre la puerta del copiloto y se queda ahí, esperando a que suba.

—Suena a pregunta de documental, sí —admito montándome en el auto—, aunque también es útil conocer un poco a la persona con la que vas a comprar verduras.

Milena arranca sin responder. Saca unos lentes de sol del tablero y se los pone antes de meter primera. El motor del Mercedes suena ronco, como si hubiera fumado los mismos años que ella. Conduce con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios.

—¿Conocerme te ayudará a elegir mejores tomates?

—No sé. Tal vez —ladeo la cabeza—. Probablemente no.

Milena exhala por la nariz, un sonido que casi es una risa.

—Entonces disfruta el paseo.

Bajamos por la carretera que serpentea hacia el pueblo. El Adriático me ciega cada vez que miro a la izquierda. A la derecha, hay montañas con casas de piedra adheridas a las laderas como mejillones a una roca. El asfalto está agrietado, con parches sobre parches que parecen cicatrices mal curadas.

—En la Ciudad de México nunca hace este calor seco —bajo mi ventana.

—¿Cómo es?

—Húmedo. Pesado —me termino el café—, como respirar dentro de una boca.

Milena hace una mueca.

—Qué imagen tan desagradable —conduce en silencio unos minutos— ¿Te gusta vivir ahí?

—No sé si «gustar» es la palabra correcta. Es donde tiene sentido estar.

—Eso no responde mi pregunta.

—No me gusta. Pero es donde puedo hacer mi trabajo.

El pueblo aparece después de veinte minutos de curvas. Milena reduce la velocidad. Las calles son apenas más anchas que el auto. Los edificios de piedra caliza se apiñan unos contra otros. Hay cafés con mesas de metal en las aceras y ancianos fumando sobre tableros de ajedrez.

Nos estacionamos en una placita, junto a una fuente seca.

—Dobar dan, Milena —saluda un hombre mayor desde su café.

—Dobar dan, Petar —responde ella.

Una mujer con delantal sale de una panadería.

—¡Milena! Días sin verte.

—Ocupada, Ana. Te presento a Janette. Está quedándose conmigo unas semanas.

La mujer me mira de arriba abajo, curiosa pero no hostil, evaluando más que juzgando.

—Bienvenida. ¿Primera vez en Montenegro?

—Sí.

—Hermoso, ¿verdad? —palmotea el mostrador con satisfacción—. Milena, tengo el de semillas que te gusta. Recién salió.

—Llevo dos —responde ella.

Ana desaparece dentro de la panadería y regresa con dos panes envueltos en papel marrón. Milena los mete en una de las bolsas de tela y seguimos caminando.

—¿Saben? —pregunto en voz baja.

Milena no se molesta en fingir desconcierto.

—Algunos. Los demás prefieren no saber.

—¿Cómo pueden…? ¿Cómo es que simplemente no les importa?

—Porque arreglé el techo de la escuela el primer año que llegué. Doné para la clínica cuando a nadie más le importaba. Traduzco gratis para cualquiera que necesite documentos —no está a la defensiva, solo confirma hechos—. Aquí soy Milena. No la comandante Kovač.

—¿Y con eso te absolvieron?

—No. Pero me permiten comprar pan y no me escupen. Es suficiente.

El mercado es un laberinto de puestos de madera bajo toldos que chasquean con el viento. Huele a tierra mojada, pescado, pan recién horneado. Hay verduras apiladas en cajas de plástico desgastadas, frutas que atraen moscas, quesos sudando bajo el sol matutino.

Milena entra como quien vuelve a casa. Saluda a un hombre que vende berenjenas, lo llama Stefan y pregunta si su esposa ya salió del hospital. Él responde mientras pesa las verduras que ella va señalando sin mirar los precios. En el puesto de al lado, una señora regordeta con brazos como jamones le grita algo en montenegrino. Milena se ríe y responde. Hay un intercambio sobre tomates que

termina con ambas riéndose y la señora dándole tres extras «porque están muy feos para venderlos a otros».

La sigo en silencio, cargando la bolsa como una asistente.

Milena se transforma aquí. Gesticula más. Sonríe con facilidad. Toca el brazo de la gente cuando habla. Es cálida de una manera que no sabía que era capaz de serlo. Y ellos responden. No con miedo ni con resentimiento contenido. Con afecto genuino.

Es profundamente perturbador ver a un monstruo comprar pescado fresco como si fuera una abuela cualquiera.

—¿Janette? —Milena me ofrece una uva desde el puesto donde está negociando.

La tomo. Explota dulce en mi boca, casi demasiado madura.

—Dios.

—Las mejores de la temporada —dice con una sonrisa—. Llevamos un kilo.

El vendedor las pesa y las envuelve en papel periódico. Milena paga y las mete en una de las bolsas.

Un grito atraviesa el bullicio del mercado.

—¡Milena!

Un niño corre hacia nosotras esquivando puestos y compradores. Le calculo unos seis años, tiene las rodillas raspadas, y una mochila del doble de su tamaño rebota en su espalda.

Milena se agacha antes de que llegue y él se estrella contra ella en un abrazo.

—Marko. ¿Cómo está tu mamá?

—Mejor —el niño se aparta, sin aliento—. Dice que gracias por el dinero de las medicinas.

—No fue nada. ¿Vas a la escuela ahora?

—¡Sí, ya sé leer!

—¿En serio? —el asombro de Milena es genuino—. Tienes que mostrármelo.

Marko se quita la mochila con urgencia, saca un libro delgado con la portada doblada y comienza a leer. Tropieza en las palabras más largas, y necesita seguir cada línea con su dedo índice. Pero consigue terminar tres oraciones.

—Excelente, Marko —Milena le aplaude—. Sigue practicando. Pronto vas a leer libros más grandes que esa mochila.

El niño sonríe, le faltan dos dientes adelante, y sale corriendo de regreso hacia donde sea que debería estar.

Milena se endereza, acomoda la bolsa contra su hombro. Al levantar la vista, me encuentra observándola.

—¿Qué?

—Nada.

—Claramente es algo.

Me quedo callada un momento.

—¿Te gustan los niños?

Milena mira hacia donde Marko desapareció entre la multitud.

—Era maestra. Antes de la guerra.

Una maestra. La imagino frente a un pizarrón con tiza en los dedos, el pelo más oscuro. Joven. Paciente. Aplaudiendo cada vez que alguien entendía por primera vez. Y una opresión incómoda me aprieta el pecho.

—No sabía eso.

—No está en los archivos. Las partes normales nunca lo están.

Seguimos recorriendo el mercado. Tengo la impresión de que cada tres puestos alguien la saluda. Le preguntan cosas, le ofrecen probar algo, le cuentan chismes. La tratan con una cortesía genuina. No puedo decidir si es afecto o respeto o algo intermedio que no tiene nombre.

—Tienes esa mirada otra vez. La de documentalista analizando.

—Es automático. No puedo apagarlo.

—Si tuvieras que poner una narración sobre esta toma, ¿qué dirías?

Bajo la vista a las verduras del puesto más cercano.

—Todos en este mercado la conocen. Algunos saben exactamente quién es. Los demás prefieren no saberlo. La tratan con respeto. Con familiaridad. Con afecto, incluso —paso los dedos por el borde de la bolsa—. Pero ¿es real? ¿O es la clase de amabilidad que cultivas cuando vives al lado de alguien peligroso?

Milena me mira un momento largo.

—Todas las relaciones humanas son transaccionales. Yo solo soy más honesta sobre eso que la mayoría.

—Tal vez. Pero hay una diferencia entre dar algo esperando afecto y dar algo esperando que no te denuncien.

—¿Y tú? ¿Me tratas bien porque quieres entenderme o porque necesitas el material para tu documental?

—Eso no es justo. No es lo mismo.

—¿No? —Milena se detiene frente a un puesto de cerámica—. Explícame la diferencia entonces.

Me quedo callada. Porque nada de lo que puedo decir sonará sincero.

Milena examina las tazas y platos pintados a mano. Toma una taza pequeña de café, azul cobalto con detalles en blanco. La gira entre sus dedos, revisando la textura.

—Te he dejado sin palabras.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que odio que tengas razón.

Milena sonríe, ofreciéndome la taza. Al tocarla mis dedos rozan los suyos. Un segundo. Tres. Seis. Ninguna de las dos se apura.

—¿Qué se siente?

—¿He? —parpadeo, un calor incómodo me trepa por el cuello—. ¿Cómo que qué se siente? Es una taza.

—Exacto. Es solo una taza. Pero observa cómo la sostienes. Con las dos manos. Como si fuera frágil —se acerca un paso y tengo que esforzarme para no retroceder—. ¿Está caliente?

¿Yo? Por suerte, esa pregunta no sale de mi boca.

—Un poco —respondo después de ordenar las ideas—. Del sol.

—¿Te gusta cómo se siente?

—Supongo —arrugo la frente—. ¿Te volviste loca?

—Entonces te gusta —sostiene otra taza, idéntica a la mía.

—¿Qué haces?

Me mira a los ojos mientras se la lleva a los labios, fingiendo beber. Sí, ya se volvió loca.

—A veces las cosas solo tienen que ser lo que son. Una taza es solo una taza. Hasta que alguien decide que significa algo más.

Devuelvo la mía al puesto.

—Estás siendo críptica a propósito.

—Estoy siendo clara. Tú eliges no entender.

La vendedora nos mira curiosa.

—No la habías traído antes —apunta con curiosidad.

—No. Es testaruda —suspira fuerte—. Pero vale la pena.

La mujer se ríe.

—Paciencia, Milena. Paciencia.

Seguimos caminando antes de que pueda procesar esa conversación. «Vale la pena.» Como si yo fuera un proyecto. Una inversión. Algo que eventualmente rendirá frutos si espera lo suficiente.

Conforme nos alejamos, empieza a haber menos puestos de comida y más artesanías. Llegamos a un local donde los rollos de lino y algodón están apilados como torres de colores.

La mujer que atiende es muy distinta al resto de las vendedoras. Morena, tal vez treinta años, con el tipo de belleza angular que pertenece a pasarelas europeas, no a mercados montenegrinos.

—Milena —dice, y hay algo en su voz. Algo íntimo—. Tres semanas sin verte. Pensé que te habías cansado de mis telas.

—He estado ocupada.

—Siempre estás ocupada —la mujer se endereza, cruzándose de brazos—. ¿Quién es ella?

—Janette. Se queda conmigo unas semanas.

—¿Janette qué? —me mira. Evaluándome— ¿Turista? ¿Amiga? ¿Algo más interesante?

—Soy documentalista.

—Oh, una periodista —arruga la nariz con un desagrado evidente.

—Documentalista —corrijo.

—Lo mismo.

—No es lo mismo.

Sus ojos estudian mi ropa, mi postura, mi cercanía con Milena.

—¿Vas a hacer que se vea mal? —hay agresividad apenas contenida en su tono.

—Ya —Milena interrumpe, poniendo su mano sobre el mostrador —. Janette, Isidora. Isidora, Janette —presenta sin ceremonias—.

Necesito tela para cortinas.

—Voy a contar su historia —si alguien va a tener la última palabra entre esta mujer y yo, voy a ser yo.

—Llegó lo que pediste la última vez —Isidora le dirige una sonrisa demasiado amplia—. Está en la bodega. Ven.

Pone un tono para insinuar que no solo hay telas allí.

—Espérame, Janette —indica Milena—. No tardo.

Me quedo parada frente al puesto, con la bolsa colgando de mi hombro como la asistente torpe que nadie contrató.

Pasan tres minutos.

Cinco.

Me siento en un banco de madera junto a la entrada y dejo las bolsas en el suelo.

Ocho minutos.

Una pareja de turistas se acerca al puesto, pero ven que no hay nadie atendiendo y se van.

Diez minutos.

El sol me pega directo en la cara, obligándome a levantarme. Camino hacia los rollos de tela. Paso los dedos sobre uno azul. Luego uno verde. No sé qué estoy haciendo. Solo sé que necesito moverme.

La cortina se abre.

Salen las dos. Isidora lleva varios rollos de tela en los brazos. Milena toma uno y lo examina contra la luz.

Todo parece normal. Profesional.

Tal vez solo estaban viendo telas.

Tal vez no.

No hay forma de saberlo y eso es lo que me molesta.

Milena paga. Isidora envuelve las muestras en papel y las mete en una de nuestras bolsas de mercado.

—Un placer conocerte, Janette —dice sin mirarme—. Documentalista.

El énfasis en la última palabra no es sutil.

—Nos vemos —se despide Milena, dándole un beso en la mejilla.

—Cuando quieras. Ya sabes dónde encontrarme.

Salimos del local envueltas en un silencio más incómodo que los quince minutos que pasé esperando.

—¿Conseguiste lo que querías? —pregunto manteniendo la voz neutral.

—Sí.

—¿Nos vamos?

Milena ladea la cabeza en mi dirección.

—Estás molesta.

—No estoy molesta.

—Entonces estás incómoda.

—Estoy perfectamente cómoda.

—Eres una mentirosa terrible —pero no suena burlona. Suena casi… complacida.

—No estoy mintiendo. Pero ya quiero irme.

—Como quieras.

Caminamos hacia el auto. Milena abre la cajuela y guarda las bolsas. Yo me subo al asiento del copiloto y cierro la puerta con demasiada fuerza.

Ella entra y arranca sin decir nada.

El camino de regreso dura veinte minutos que se sienten como cuarenta. Cuando por fin llegamos a la casa, salgo antes de que apague el motor.

—¿Vas a huir a tu cuarto como adolescente? —pregunta Milena.

—Tengo que trabajar. Ya sabes, en mi documental de periodista. O lo que sea que piensen que hago.

—Janette.

Me detengo en el tercer escalón.

—¿Qué quieres, Milena?

—Baja a cenar a las ocho. Voy a cocinar.

—No. Tengo que editar.

—A las ocho hay cena. Tú decides si bajas.

Subo las escaleras sin responder, al sentarme en la cama hago mis notas del día.

Milena en el pueblo: todos la conocen.

Ayuda financieramente a varios.

¿Redención? ¿Culpa? ¿Manipulación social? ¿Las tres?

Relaciones complejas: Isidora.

Ahí hay algo. No sé qué me molesta más: que esa idiota me llamara periodista como si fuera un insulto, o que me preguntara a la cara si haré quedar mal a Milena.

Milena Kovač es querida en su comunidad. Todos la conocen. Nadie hace preguntas. Isidora, su amante, porque eso es lo que es, aunque no lo va a decir nunca, me dejó claro que mi trabajo no vale una mierda. Milena no dijo nada. Bueno, sí dijo algo: que necesitaba tela para cortinas. Muy importante. Mucho más importante que defenderme de su ligue condescendiente.

Detengo la grabación. Aviento el teléfono hacia el otro lado de la cama y me tiro sobre las almohadas. Cero profesionalismo. Perfecto.

Capítulo 08

EL SILENCIO PUEDE SER LA MÁS CRUEL DE LAS ACUSACIONES

Tengo los brazos cruzados sobre la barra y la frente apoyada encima. El café ya debe estar tibio, probablemente desagradable. No he bebido en los últimos treinta minutos.

Me levanté a las cinco de la mañana, porque seguir en la cama ya no tenía sentido. Tuve la puta peor noche de mi vida, y eso incluye la noche antes de presentar mi documental en Sundance, cuando vomité dos veces del estrés. Incluye también la noche que pasé escondida en un motel de Culiacán después de que alguien del cártel descubriera que estaba grabando testimonios. Y claro que incluye la noche en que Andrea me dijo que se iba, y yo me quedé sentada en el sillón hasta que amaneció porque no sabía qué más hacer.

Esta fue peor que todas esas porque no hay una razón concreta para el insomnio. No tengo una presentación en las próximas horas. Nadie me está buscando. No acabo de perder a alguien. Solo estoy despierta, sin una justificación que lo haga válido.

—¿Qué hora de negligencia marca tu reloj? ¿Dolor de estómago o desmayo inminente?

No escucho pasos. Su voz aparece de repente, demasiado cerca, y me sobresalto.

Milena huele a algo fresco, tal vez menta. Lleva un conjunto de pijama azul claro, satinado, con una bata que cuelga abierta sobre una blusa de tirantes y pantalones anchos que se mueven cuando camina.

La miro más tiempo del que debería. Del que puedo justificar como observación profesional o simple cortesía. Y ella lo sabe.

—Buenos días —mi voz sale más profesional de lo que tengo derecho a sonar—. El estudio está listo para las nueve.

Milena se mueve por la cocina mientras hablo, abriendo gabinetes, sacando algo que no alcanzo a ver.

No bajé a cenar anoche. Ella tampoco tocó mi puerta más tarde con una botella de vino en la mano.

Tal vez el insomnio tiene que ver con eso. Con haberla imaginado por horas sentada sola frente al Adriático, mientras las velas en la mesa se derretían junto al plato de la huésped que nunca apareció.

—Nueve —repite, como probando la palabra—. Ahí estaré.

Se acerca con un bowl en la mano y lo coloca frente a mí sin preguntar. Yogurt con granola espolvoreada encima y lo que parece miel formando una línea dorada sobre la superficie.

—Gracias, pero estoy bien.

Milena agarra mi taza y la lleva al fregadero.

—El café te va a arruinar el estómago si no comes algo antes —dice, todavía de espaldas—. Problemas que no necesitas.

Abre el refrigerador y saca una jarra.

—No tienes que… —me detengo y respiro. Debo tener cuidado si quiero que esta mujer siga hablando frente a las cámaras—. Gracias.

Me sirve un licuado de algo en un vaso limpio y lo coloca junto al bowl de yogurt.

—Después de eso puedes tomar todo el café que quieras.

Agarro la cuchara y desbloqueo mi teléfono con la otra mano. Fingiendo revisar correos que ya leí anoche.

Milena camina a la estufa y enciende uno de los quemadores.

—¿Cómo dormiste? —pregunta sin voltear.

—Bien.

Me llevo otra cucharada a la boca. La granola cruje demasiado fuerte en el silencio de la cocina.

—Ajá.

No me cree, pero mientras mantenga los ojos en la pantalla no tengo que explicar nada.

—El estudio está listo para las nueve.

—Lo sé —responde Milena—. Me lo dijiste hace dos minutos.

Rompe los huevos contra el borde de un bowl y el tenedor golpea la cerámica mientras los bate.

Me apuro con el yogurt. Tres cucharadas rápidas, casi sin masticar la granola. Después cuatro más, raspando el fondo hasta que no queda nada. Me levanto y cruzo la cocina hacia el fregadero.

El agua fría golpea mis manos cuando abro el grifo.

—Siento no haber bajado anoche —la disculpa sale antes de que pueda detenerla.

—Guardé tu porción en el refrigerador. Segundo estante.

—Tenía que revisar el material de…

—No importa, Janette.

Cierro el grifo y volteo. Está sentada en la barra, tranquila, cortando un pedazo de huevo con el tenedor. Una exhibición majestuosa de esa sinceridad cortante que ha presumido antes: no importa.

De verdad no le importa.

La que no durmió haciéndose una película fui yo. Para Milena solo fue una cena más. Lleva treinta años cenando sola, y cuando no quiere hacerlo va por telas y mujeres como Isidora le empaquetan lo que necesita.

—A las nueve en el estudio. No llegues tarde, por favor.

Me voy antes de que pueda responder. Antes de que yo pueda decir las estupideces que estoy pensando.

Paso las siguientes dos horas revisando material. Ajusto niveles de audio, anoto las marcas de tiempo de los momentos utilizables, reorganizo la secuencia de preguntas tres veces, aunque ya estaba bien desde ayer. Trabajo que no necesito hacer, pero que llena el espacio entre el desayuno y las nueve de la mañana.

A las 8:55 bajo al estudio con mi laptop, libreta, y la ilusión de que tengo el control sobre algo.

Milena ya está en el sofá, esperándome.

—Buenos días.

Dejo mis cosas sobre la mesa auxiliar y enciendo las cámaras. Verifico encuadres, equilibro la luz, agarro el lavalier. Me acerco para enganchar el clip en su solapa y Milena se inclina hacia delante; entonces su mano sube hasta mi mejilla con ese tipo de contacto que en cine significa algo. Esos tres segundos donde la protagonista

deja de respirar y el espectador sabe exactamente qué va a pasar después.

—Pestaña —dice, mostrándome algo invisible entre sus dedos antes de soltarme.

Casual. Neutral. Como si no hubiera hecho nada. Como si tocarme así fuera insignificante.

—Gracias.

Me alejo como un ciervo que acaba de escuchar un disparo. Y antes de que mi cerebro tenga tiempo de construir narrativas donde no las hay, presiono los botones de grabación.

—Cuéntame sobre el día que te pusiste el uniforme por primera vez.

Milena no responde de inmediato. Se acomoda en el sofá, cruza las piernas y mira hacia la ventana donde entra la luz de la mañana.

—Tres semanas después de que empezara todo.

—¿Dónde estabas cuando decidiste enlistarte?

—En mi apartamento. Corrigiendo exámenes de matemáticas —pasa un dedo por el brazo del sofá, trazando una línea invisible—. Terminé de calificar, los ordené por apellido. Los metí en mi maletín como si fuera a regresar a la escuela el lunes.

Su voz es plana, con el mismo tono que usaría para describir el clima.

—¿Y luego?

—Luego caminé tres kilómetros hasta el punto de reclutamiento.

Lo dice como si entre calificar fracciones y enlistarse en una guerra no hubiera ningún abismo.

—¿Por qué ese día? —pregunto—. ¿Qué fue diferente?

Me sostiene la mirada durante tres segundos completos antes de responder.

—Nada fue diferente. Y ese fue el problema.

No entiendo y mi cara debe mostrarlo porque ella continúa sin que tenga que insistir.

—Estaba sentada ahí, mientras afuera la gente moría. Pensando que el lunes volvería a la escuela, los niños me entregarían la tarea y seguiríamos con la lección de geometría. Como si nada estuviera pasando.

Su tono sigue siendo el mismo, pero sus manos buscan algo que hacer. Alisa una arruga invisible en su pantalón. Una vez, dos veces.

—Terminé el último examen y me di cuenta de que era una idiota. No iba a haber clases el lunes. No iba a haber escuela. Para esa hora la mitad de esos niños ya estarían muertos o desplazados.

—¿Eso fue lo que te hizo ir?

—No —dice rápido, casi cortante—. Lo que me hizo ir fue darme cuenta de que tenía dos opciones: quedarme en mi apartamento esperando a que alguien decidiera qué pasaba conmigo, o ir y decidirlo yo misma— se recarga contra el respaldo del sofá, cruzando los brazos—. Preferí decidir.

Nadie habla durante diez segundos. Escucho el zumbido de las cámaras, el viento afuera, mi propia sangre en los oídos.

—¿Qué pasó cuando llegaste al punto de reclutamiento?

Milena sonríe. No es una sonrisa agradable.

—Me dijeron que volviera a mi casa. Que eso no era para mujeres.

—¿Cómo entraste entonces?

—Insistí. Me quedé parada ahí hasta que llamaron a alguien de mayor rango. Le dije quién era mi hermano. Él lo conocía. Eso cambió la conversación. Al día siguiente empecé mi entrenamiento.

—¿Cómo se sintió? —pregunto—. Ponerte ese uniforme.

—Como dejar de pretender.

Dejo que la pausa se extienda, esperando que el vacío la incomode lo suficiente como para continuar. Pero no ocurre.

—¿Pretender qué?

—Que mi vida iba a volver a ser normal. Que eso era temporal. Que yo era una persona que corregía exámenes y enseñaba a leer a niños —hace una pausa larga—. Cuando me puse ese uniforme dejé de ser esa persona. Y sentí alivio.

La palabra «alivio» cae en el espacio entre nosotras y se queda ahí, expandiéndose. Como tinta en el agua. Imposible de ignorar, imposible de recoger.

—Alivio —repito, solo para confirmar que escuché bien.

—Alivio —confirma—. Porque finalmente podía hacer algo. Porque tenía un propósito claro. Porque ya no tenía que fingir que las fracciones importaban cuando todo se estaba cayendo a pedazos —

se inclina hacia delante de nuevo— Esa noche dormí mejor de lo que había dormido en semanas. Con el uniforme todavía puesto porque no tenía ropa para cambiarme. Dormí en un piso de concreto con otras diecisiete personas y dormí bien.

—¿Por qué?

—Porque sabía lo que iba a hacer al día siguiente. Porque era la primera decisión verdadera que había tomado en años. Porque mi vida tenía una dirección, aunque fuera hacia algo terrible.

Su honestidad es devastadora. No hay dramaturgia en cómo lo cuenta. No hay música de fondo ni iluminación suave. Solo una mujer describiendo el día que dejó de ser maestra y se convirtió en soldado.

—¿Pensaste en tus estudiantes? —pregunto—. ¿En los exámenes que habías calificado?

Milena no aparta la mirada.

—No.

—¿Nunca?

—¿Para qué? No cambiaría nada.

—Entonces solo borraste tu vida anterior.

—No la borré —corrige—. La archivé. Hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Borrar implica esfuerzo. Archivar es simplemente… poner algo en un lugar donde no tienes que verlo todo el tiempo.

Me recojo el cabello detrás de la oreja. Es un gesto automático, una forma de ocupar las manos mientras proceso lo que acaba de decir.

—¿Cuánto tiempo pasó entre que te pusiste el uniforme y la primera vez que… —me detengo, reformulando la idea en mi cabeza — la primera vez que hiciste algo que no podrías deshacer?

—Dos meses.

—Háblame de eso.

—Ya es parte de otra entrevista —dice, y se recarga contra el sofá con un movimiento que indica que esa parte de la conversación terminó.

Podría presionar. Debería presionar. Pero algo en su lenguaje corporal me detiene.

—De acuerdo —digo—. Descansamos quince minutos.

Milena asiente. Se levanta del sofá y mira hacia el mar.

Yo me quedo donde estoy, mientras las cámaras siguen grabando. La luz de la mañana la rodea como si fuera una persona normal, en un día cualquiera.

Después del descanso retomamos con logística básica: estructura del batallón, cadena de mando. Detalles que quizá nunca entren al corte final pero que necesito para entender el contexto, para poder armar una narrativa coherente cuando llegue el momento de editar.

Le pregunto sobre las otras mujeres en el ejército. Había pocas, me dice. Tal vez treinta en todo el batallón de trescientos hombres. La mayoría en roles de soporte: enfermeras, cocineras, operadoras de radio. Ella fue una de las cuatro que terminaron con mando directo sobre soldados.

—¿Cómo te trataban los hombres bajo tu comando?

—Al principio, mal. Después de la primera operación exitosa, mejor. Después de la tercera, ya no importaba que fuera mujer. Importaba que los mantuviera vivos.

—¿Tuviste amigos? Alguien cercano en el batallón.

—*Cercano* es relativo en la guerra.

—Pero alguien con quien hablaras. En quien confiaras.

—Había algunas personas con las que compartía más que con otras. Sí.

—¿Compartías qué con exactitud?

Milena sostiene mi mirada.

—Lo que la gente comparte cuando cree que puede morir mañana, Janette.

Garabateo la pregunta antes de hacerla.

—¿Relaciones románticas?

—No había nada romántico en eso.

La forma en que lo dice hace que levante la vista.

—¿Entonces qué era?

—Supervivencia. Consuelo. Dos cuerpos confirmando que todavía estaban vivos.

—¿Seguiste en contacto con alguien? Después de que terminó.

—No.

—¿Ninguno?

—¿Para qué? Ya no nos necesitábamos.

Escribo la respuesta palabra por palabra, aunque es innecesario.

—¿Y ahora? ¿Tienes gente con la que compartes ese tipo de… cercanía?

—¿Estás preguntando si tengo vida sexual activa?

—Estoy preguntando si el patrón se mantuvo después de la guerra.

Vaya, solo por lo rápido que inventé esa mala excusa ya merezco un premio de la Academia.

—El patrón se mantuvo. Las personas cambian. La estructura, no.

—¿Alguien en específico?

—La viste en el mercado. Has estado cortante desde entonces.

Paso mi vida detrás de una cámara precisamente para evitar momentos como este.

—Necesito entender tu red de relaciones actuales. Para contexto.

Suena tan falso que quiero llenarme los bolsillos de piedras y caminar hacia el Adriático hasta que el agua me cubra.

—¿Red de relaciones? —Milena suelta algo parecido a una risa.

—Es terminología estándar en documentales de…

—Janette.

Me callo.

—Se llama Isidora. Tiene una tienda de telas en el mercado. Nos acostamos en ocasiones desde hace seis años. No vivimos juntas. No cenamos juntas. No fingimos que es algo más —hace una pausa —. ¿Suficiente contexto?

—Era una pregunta legítima.

—Claro que lo era —se levanta del sofá.

—No hemos terminado.

—Lo sé —se detiene frente a mí—. Apenas estamos empezando.

Capítulo 09

UNA MIRADA EXPERTA TOCA MEJOR QUE LAS MANOS

Milena rodea el trípode sin tocarme, pero pasa lo bastante cerca como para que pueda sentir el desplazamiento del aire. Huele a menta otra vez, mezclada con lo que sea que use en su cabello.

—¿Qué estás haciendo?

—Levántate.

—Milena…

—Levántate —repite, y la diferencia es mínima pero inconfundible. Es el tono de alguien acostumbrada a que le obedezcan.

Me pongo de pie porque mi cerebro no está ofreciendo mejores alternativas. Milena se desliza en mi silla, cruza las piernas y se recuesta contra el respaldo.

Le bastaron cinco segundos para hacer una incursión directa en territorio que creía protegido.

—Cambiemos de perspectiva —señala el sofá—. Ahí es donde te sientas ahora.

—Milena, esto es ridículo.

—Janette —esa presión en la segunda sílaba que convierte mi nombre en algo más que mi nombre—. Siéntate.

Mis piernas se mueven antes de que mi orgullo pueda detenerlas. Camino los nueve pasos hasta el sofá y me siento en el mismo lugar donde Milena confesó haber quemado personas vivas. Donde sus manos temblaron. Donde admitió que esta semana se pregunta cosas que no se preguntó en años.

—Bien —ajusta el ángulo del monitor, aunque no necesita hacerlo. Es teatro. Puro teatro—. Ahora dime por qué no bajaste a cenar anoche.

—Ya te lo dije. Tenía que editar.

—Mentira —una sonrisa mínima aparece en la comisura de sus labios.

—Que no sea la respuesta que buscas no significa que sea mentira.

—Tu laptop estuvo encendida hasta las dos de la mañana. Vi la luz desde el pasillo. Pero no escuché teclas. Nada de ese sonido constante que haces cuando realmente estás trabajando.

—Espera. ¿Me vigilas?

—Te observo. Hay una diferencia —se adelanta en la silla—. Tú me observas con cámaras. Yo te observo sin ellas. Ambas estamos documentando algo.

—Yo trabajo, tú acosas —señalo.

—¿Acoso? —suelta una risa seca—. ¿De verdad?

—Sí. Es acoso.

—Una de nosotras observa para entender. La otra, para controlar. Tú decides cuál eres.

Me muerdo el interior de la mejilla. Un tic nervioso que pensé que había superado hace años.

—No bajé porque estaba cansada.

—Otra mentira. ¿Cuántas tienes preparadas? —mantiene la calma —. Yo soy paciente, pero tu lista de excusas tiene un límite. Ahórrate el esfuerzo.

El estudio se siente más pequeño de repente. La luz más cruda. Como si todo lo que prefiero ocultar estuviera ahora bajo un reflector.

—No estaba de humor para compañía.

—¿Compañía en general o mi compañía específicamente?

Me quedo callada demasiado tiempo. La respuesta correcta sería «en general». Dos palabras. Es el tipo de respuesta que sale en automático.

—En general…

—En general —repite, saboreando mi vacilación—. Qué conveniente. Qué poco convincente.

—¿Qué quieres que diga, Milena? ¿Qué respuesta estás buscando?

—Intentémoslo de otra forma —ajusta el monitor innecesariamente—. ¿En qué momento exacto del día de ayer

decidiste que no querías cenar conmigo?

—No fue un momento específico.

—Claro que lo fue. Puedo ver cuando algo cambia en ti —hace una pausa—. En el auto de regreso no dijiste ni una palabra. Veinte minutos de silencio. Y cuando llegamos, subiste directo a tu habitación.

—Estaba procesando el día.

—¿Qué había que procesar? Compramos verduras. Conociste a algunos vecinos. Viste cómo vivo cuando no estoy confesando crímenes de guerra.

—Milena…

—O tal vez sí había algo específico que procesar — inclina la cabeza—. Algo que pasó hacia el final. Digamos… en la última media hora.

Se me seca la garganta.

—No pasó nada.

—¿No? —su tono no cambia, pero algo se agudiza en su mirada—. Porque yo recuerdo el momento exacto en que tu lenguaje corporal cambió.

—Milena...

Busco una respuesta que no me delate. Pero ella no espera a que la encuentre.

—Fue en el mercado —continúa, ignorando mi intento de interrumpirla—. Más específicamente, en uno de los puestos.

La verdad cuelga entre nosotras como evidencia presentada en un juicio.

—No tiene nada que ver con ella.

—Mentira número cuatro. O cinco… ya perdí la cuenta —se recuesta de nuevo, estudiándome con esa intensidad que he visto en las fotos de archivo. La mirada de una comandante evaluando el terreno antes de atacar—. Se llama Isidora —esboza una sonrisa—. Y creo que ya es hora de que hablemos sobre por qué su nombre te molesta tanto.

—No me molesta su nombre. No me molesta ella. ¿Terminaste?

—La mejor mentira es la que te crees primero. Y tú todavía estás convenciéndote.

—No sé de qué hablas.

Y esa frase, más que cualquier admisión, me delata por completo.

—Claro que lo sabes. Pero admitirlo arruina la historia que te has estado contando. La documentalista profesional. La mujer objetiva que viajó hasta aquí para exponer al monstruo. La que en definitiva no está sintiendo nada inapropiado.

No aparto los ojos. Hacerlo sería una confesión en sí misma.

—¿Quieres escuchar que ella me molesta?

—No, ya tengo la respuesta. Sé que no dormiste. Y bajaste a desayunar a las cinco, rogando que yo no estuviera ahí. Y sé que tu respiración cambió cuando me viste.

El calor me sube por el cuello.

—Estás malinterpretando...

—Estoy observando. Es lo que hago —me mira a través del monitor ahora, como si yo fuera material de estudio—. La diferencia es que yo admito lo que veo. Tú finges que no existe.

El silencio que sigue es peor que sus palabras.

—¿Por qué haces esto?

—Dime algo, Janette. Cuando me imaginas con Isidora en esa bodega... ¿Qué es lo que ves?

—No imagino nada.

—Te conozco mejor de lo que crees. He pasado cinco días observándote observarme. Sé cuándo estás incómoda y cuándo estás mintiendo. Y ahora mismo estás haciendo ambas cosas.

—Esto no lleva a ninguna parte.

Debería levantarme. Salir. Terminar esto. La parte racional de mí lo sabe. Pero no me muevo.

—Bien. No quieres hablar. Entonces solo escucha. Porque voy a decirte exactamente lo que veo.

Algo se rompe dentro de mí. Tal vez es el orgullo. Tal vez es la última barrera entre profesionalismo y entre lo que sea que esto se ha convertido.

—Ya que eres tan buena observando. Ya que llevas cinco días estudiándome —mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Dime, ¿qué ves cuando me miras?

—Veo a una mujer que lleva cinco días fingiendo que está en control. Que se esconde detrás de cámaras y preguntas profesionales porque sin ellas no sabe cómo relacionarse con alguien que la desestabiliza completamente —sigue mirándome por el monitor—. Veo a alguien que cruzó un océano diciéndose que era por un documental. Pero que en realidad está aquí porque no podía dejar de pensar en mí desde que leyó el informe.

—Eso no es…

—Claro que sí —su mano desaparece en el bolsillo de su camisa y regresa con una cajetilla plateada—. Quieres que admita que soy un monstruo —saca un cigarrillo— Que confirme cada cosa horrible que leíste en esos archivos —lo lleva a sus labios. El clic del encendedor plateado rompe el silencio, y por un segundo la llama ilumina su rostro— Pero también quieres algo más —inhala. El extremo del cigarro se vuelve naranja intenso—. Quieres saber lo que ese monstruo haría contigo si te quitaras la ropa ahora mismo.

El aire se me atora en los pulmones.

—Es ridículo.

—Quítate la camiseta —la orden sale con una voluta de humo.

—Esto ya llegó al límite… —me levanto.

—Llegó hace meses. Correo diez, tal vez quince. Cuando tu insistencia cambió de tono. Cuando dejó de ser «necesito esta entrevista» y empezó a ser «necesito verte». Solo que tú misma no lo notaste. O fingiste no notarlo.

—Confundes persistencia profesional con algo que no es. Con algo que definitivamente no es.

—Persistencia profesional —repite mientras lleva el cigarro a sus labios.

—Se acabó —cruzo los brazos sobre mi pecho—. No me voy a quitar nada.

—Vuelve al sofá y desvístete para mí, Janette —gira apenas la cabeza para exhalar el humo hacia un costado—. Tu cuerpo está gritando, deja de fingir que no lo escuchas.

Nos sostenemos la mirada y el resto del mundo desaparece. Solo existe ella. Yo. Este momento imposible de deshacer.

—Dame una razón —mi voz sale quebrada, ronca—. Una razón real. Algo que no sea manipulación.

—Porque quiero verte —lo dice simple, directo—. Llevo tres días queriendo verte sin ropa.

Las palabras caen como piedras en agua quieta. No hay seducción en cómo lo dice. No hay manipulación. Solo un hecho presentado con la misma claridad con la que confesó Srebrenica.

—Esto va a arruinar todo —las palabras salen como mi último intento desesperado de detener lo inevitable.

—¿Arruinar qué? —inhala del cigarro— ¿El documental? ¿Tu carrera? ¿O la mentira que te has estado contando sobre por qué estás aquí?

—Las tres cosas.

—Te vas a arrepentir de cualquier forma —dice con esa honestidad brutal que usa para todo—. Si lo haces, te vas a arrepentir de haber cruzado la línea. Si no lo haces, te vas a arrepentir de no haberla cruzado. Elige qué arrepentimiento prefieres cargar.

Hay silencio por cinco segundos completos.

Seis.

Siete.

Mis manos se mueven hacia el borde de la camiseta.

—La cámara… —me detengo. La luz roja parpadea.

—Voy a grabarte —no es pregunta ni sugerencia. Ya lo decidió.

Cierro los ojos. Inhalo profundo. Exhalo despacio. Cuando vuelvo a abrirlos, la decisión ya está tomada.

—Dios. Esto es una locura.

—Probablemente.

Jalo la camiseta hacia arriba. Despacio. El aire frío del estudio golpea mi piel expuesta y es entonces, con la tela a medio camino sobre mi cabeza, que me doy cuenta: crucé el punto de no retorno.

Esto está pasando. Esto de verdad está pasando.

—Mírame —dice—. No apartes los ojos.

La cámara está ahí, en el borde de mi visión periférica, como un testigo silencioso que no puede apartar la mirada. Cada segundo de esta autodestrucción profesional quedará documentado en alta definición.

—Bien —dice con esa voz que hace que mi cuerpo reaccione antes que mi cerebro—. Ahora sigue. Todo lo demás.

Mi respiración pierde el ritmo, se vuelve errática.

—Milena...

—No pares ahora —la orden es clara, sin espacio para debate—. Ya llegaste hasta aquí.

Tiene razón. Ya crucé la línea. ¿Qué diferencia hace cruzarla un poco más?

Toda la diferencia. Ninguna diferencia.

Mis manos se mueven como si le pertenecieran a otra persona. Como si estuviera viéndome desde afuera. Desde la cámara. Desde donde Milena está sentada, observándome con esa intensidad que hace que mi piel se sienta hipersensible.

El sonido del cierre es ensordecedor en el silencio del estudio.

No puedo creer que estoy haciendo esto.

Pero lo estoy haciendo. Mis dedos no se detienen. Mi cerebro grita una lista interminable de razones para parar. Mi cuerpo las ignora todas.

Los vaqueros caen al suelo. La conciencia de mi desnudez me golpea como a Eva después de morder la manzana y no hay hojas de higuera suficientes para esconderme.

—El sujetador.

Milena sigue observándome a través del monitor, mientras el humo de su cigarro asciende en espirales, ocultando si hay algo humano en su mirada o solo hambre.

La indignación me sube por la garganta. Me pide que me desnude y me observa como si fuera material de archivo.

—No —mi voz sale más firme—. Mírame a mí. Sin la cámara de por medio.

La sonrisa que aparece en su boca es peligrosa. Cínica.

—¿Quieres que te mire? —exhala el humo despacio—. Entonces gánatelo —señala con su cigarro—. El sujetador.

Mis dedos encuentran el broche en mi espalda. Por un momento no sé si voy a poder abrirlo, si mis manos van a obedecer esta última orden. Pero lo hacen.

—Postura —el comando es seco. Militar.—. Los brazos a los costados —espera a que obedezca—. Mirada al frente. No te escondas. Eso es.

Ella sigue en mi silla, recostada como si esto fuera lo más normal del mundo. Como si no estuviera grabando la desintegración de mi credibilidad profesional cuadro por cuadro.

—¿Sabes lo que veo? —no espera una respuesta. El cigarro brilla cuando inhala—. Veo a alguien que por fin dejó de mentir sobre lo que quiere.

El calor me sube por el cuello, se expande por mi pecho, recorre cada centímetro de piel expuesta bajo su mirada. Vergüenza y excitación y miedo, todo mezclado hasta que no sé dónde termina uno y empieza el otro.

—Date vuelta.

Dos palabras que significan: quiero verlo todo. Sin excepciones. Sin ángulos ocultos.

Soy demasiado consciente de todo: de cómo tiemblo al moverme, de la comandante Kovač observándome como observaba el terreno antes de un asedio, de la luz roja que confirma que todo esto quedará grabado, archivado… imposible de negar.

—Que vista —susurra, más para sí misma que para mí.

¿Quién soy ahora? ¿La documentalista que vino a exponer a una criminal de guerra? ¿O la mujer que se desnuda porque una criminal de guerra se lo pidió?

—Suficiente —dice después de lo que se siente como una eternidad—. Voltea

Obedezco, girando hasta enfrentarla de nuevo.

Milena se recarga hacia delante, el cigarro ya cuelga olvidado entre sus dedos y el universo se contrae. Sus ojos abandonan el monitor. Me encuentran. Me tocan. La distancia entre su mirada a través de la pantalla y esta mirada directa es la diferencia entre leer sobre fuego y quemarse.

—Ven aquí —señala un punto exacto frente a la cámara—. Ahí. Donde la luz es mejor.

Un paso. Dos. Tres. Cuatro. Me planto donde me indica como si hubiera recibido entrenamiento militar.

La luz de la ventana me golpea sin misericordia. No hay sombras donde refugiarme. No hay ángulos favorecedores ni iluminación artística que suavice lo que se ve. Solo yo. Desnuda. Expuesta bajo luz natural que no perdona nada. Y la cámara capturándolo todo mientras Milena me observa cómo debe haber observado objetivos cumplidos durante la guerra: con una satisfacción fría y metódica.

—Perfecto —hay deseo en esa palabra, algo predatorio que hace que mi piel se erice—. Pero no hemos terminado. Quiero que hagas algo más —lleva el cigarro a sus labios—. Pregúntame qué.

El corazón me late con tanta fuerza que siento el pulso en la garganta, en las sienes, en cada punto donde la sangre empuja contra la piel.

—¿Qué quieres?

—Camina al sofá —no es sugerencia—. Siéntate ahí.

Dejo de ser persona y me vuelvo extensión de su voluntad. Ella ordena y yo me muevo, como si mi cuerpo reconociera en su voz la única autoridad posible, la única que merece ser obedecida sin cuestionamiento.

—Abre las piernas.

Y lo hago, jadeando. Porque entiendo en ese momento que no le estoy obedeciendo a Milena. Le obedezco a la comandante Kovač.

Apoyo mis pies en el borde del sofá mientras llevo mis bragas hacia un lado con un toque juguetón.

—¿Te gusta lo que ves?

Me acaricio, mi mano resbala en la humedad de un deseo que surgió con esa foto de la comandante frente al edificio quemado, cuando la pasión me cegaba y lograba ignorar los cuerpos cubiertos con lonas blancas, y solo quedaba su mirada dura, inflexible, despiadada…

—Adelante —dice simple, directo—. Quiero ver qué pasa cuando dejas de fingir que viniste aquí solo por el documental.

Cada movimiento es una entrega y ya no sé si los dedos son míos o de alguien más que me habita. Milena me mira haciendo un inventario: cada sacudida anotada, cada pérdida de control fichada.

Deseo o humillación, qué más da. El hambre no avisa antes de clavarte los dientes en la piel.

—Más profundo —la orden llega seca, sin adornos—. Que cada movimiento sea consciente. Que sientas todo lo que tu cuerpo puede sentir.

Me escucho y no me reconozco. Mis gemidos son guturales, casi animales. Huele a piel sobrecalentada, a ese olor metálico de la vergüenza cuando te agarra por el estómago. Me parto en dos: por un lado, la humillación trepando por mi columna, por otro cada nervio tirando hacia esa mirada que disecciona sin anestesia.

—Eres mía —susurra con dureza—. Cada temblor, cada jadeo, cada hilo de tu carne mojada es mío, y me deleita verte doblegada.

Empujo mis dedos hasta el fondo, palpando y presionando cada pliegue de mi carne húmeda.

Solo estoy yo y el placer…

O tal vez el placer y yo…

Qué importa el orden cuando todo se deshace.

Echo la cabeza hacia atrás.

—Milena —jadeo.

Su nombre todavía me vibra en la garganta cuando la descarga me parte en dos y un líquido caliente y espeso brota de forma incontrolable.

Contracción. Espasmo. Otra contracción más fuerte.

Cada músculo se tensa por su cuenta hasta que todo el cuerpo se vuelve un nudo apretado que no cede, que sigue contrayéndose en oleadas mientras algo adentro se vacía sin que yo pueda frenarlo.

—Quédate así —ordena y se levanta—. Nada más por ahora.

Sale del estudio sin volver a mirarme.

Hija de puta.

Capítulo 10

LA MORAL ES EL LUJO DE QUIEN NO HA SENTIDO DESEO

Desde aquí puedo verla entre las plantas. Begonias, creo. O tal vez geranios. No sé una mierda de flores y en este momento me importa menos que nunca, pero necesitaba algo en qué concentrar la mirada mientras escucho a mi editor.

—Las notas del mercado están muy bien —dice—. Resultó un día más productivo de lo que hubiera esperado, sobre todo si consideras que fue improvisado.

Exhalo humo hacia el Adriático. Abajo, Milena corta ramas de algo verde y aromático. Usa jeans desgastados, una camiseta blanca desteñida y un pañuelo azul le sujeta el pelo en la nuca. Parece la puta Virgen María de la jardinería doméstica.

—Sí, salió bien. Hubiera preferido llevar la cámara, pero no tuve opción.

—A ver si logras que te dé más espacio. Otra salida al pueblo, sin ella encima, sería ideal.

—Puedo intentarlo. Pero hasta ahora no he ido ni al baño sin que sepa exactamente cuánto tardé.

—Eso es táctica militar, no hospitalidad. Cuidado con lo que le das.

La encontré en la cocina algunas horas después. Bajé a buscar agua porque tenía la garganta como papel de lija, consecuencia obvia de haberme corrido gritando su nombre. Ella preparaba té, tranquila, concentrada en la temperatura del agua. Como si no me hubiera dejado desnuda y temblando frente a una cámara, después de hacer que me masturbara para su entretenimiento personal.

—¿Quieres? —preguntó, sosteniendo la tetera de cerámica blanca.

Y yo, porque mi capacidad de tomar decisiones sensatas murió en algún punto entre el aeropuerto de Podgorica y esta casa, dije que

sí.

Nos sentamos en la isla. Bebimos té de menta y hablamos sobre el clima, sobre si las nubes que venían del norte traerían lluvia o solo viento. Fue como una conversación de elevador entre dos extrañas.

Nada sobre el video que prueba que crucé todas las líneas que existen entre documentalista y sujeto. Ni sobre el hecho de que ahora mismo podría subirlo a internet y arruinarme.

Nada.

El desayuno fue la misma farsa civilizada. Ella había preparado huevos revueltos con queso feta y ese pan artesanal que compra en el pueblo. Yo bajé a las siete y media con los audífonos puestos, como adolescente evitando a sus padres. Pero igual terminamos hablando.

—Dormiste bien —dijo sin levantar la vista del sartén.

No era pregunta. Era evaluación. La comandante Kovač revisando el estado de su tropa.

—Sí.

Mentira. No dormí una mierda.

Comimos sin hablar. Ella tenía abierto un volumen de Marina Tsvetáyeva en ruso, mientras yo revisaba correos que no necesitaban respuesta inmediata. Actuamos como compañeras de piso que se toleran: espacio compartido, vidas separadas, cero complicaciones emocionales.

Como si no supiera cómo cambia su respiración cuando me mira desnuda. Como si ella no me hubiera ordenado abrir las piernas con el mismo tono que usó para ordenar ejecuciones.

— ¿Janette? —la voz de mi editor corta el recuerdo— ¿Sigues ahí?

—Perdón, sí. La conexión aquí es un desastre.

Milena se endereza. Se lleva una mano a la espalda baja, estira los hombros hacia atrás. El gesto es tan cotidiano, tan normal, que casi logra hacerme olvidar que es una…

No. No voy a pensar en eso ahora.

—Decía que necesitas definir el ángulo ya. Los distribuidores no esperan. Dame algo concreto para armar el pitch o perdemos las reuniones de noviembre.

¿Qué tengo hasta ahora?

Confesiones directas en cámara. Números exactos, detalles que ningún tribunal ha escuchado. *Check*.

Contexto social: el pueblo la quiere, la defienden, la necesitan. *Check*.

Evidencia clara de que no siente remordimiento alguno. *Check*.

Y también: evidencia de que puede ser vulnerable. Que se toma el tiempo de cocinar mole después de buscarme en Instagram. Que le tiemblan las manos cuando dice en voz alta que algo le importa.

Que puede lograr que una documentalista con diez años de carrera pierda toda objetividad profesional en menos de una semana.

—Todavía estoy explorando —digo, consciente de que suena a evasiva—. Es más complejo de lo que anticipé. Hay capas. No quiero reducirlo a algo simple.

—Capas es justo lo que vendemos. Mujer que quemó gente viva ahora hornea pan. El horror está en lo ordinario. Eso es lo que los distribuidores van a querer.

Tiene razón. Claro que la tiene.

Entonces ¿por qué siento náuseas cada vez que pienso en cortar estas entrevistas, ponerles música dramática y convertirlas en entretenimiento para Sundance?

—Grabo con ella a las nueve —digo, cambiando de tema—. Quiero saber cómo pasó de quemar hospitales a regar plantas en Kotor.

—Perfecto. Justo eso necesitamos. Y Janette —se detiene un segundo—. Sé que no es fácil estar ahí. Pero esto importa. Este documental puede cambiar la forma en que la gente entiende la impunidad.

—Lo sé.

¿Lo sé? Ya ni siquiera estoy segura de qué es lo que sé.

Colgamos. El humo del cigarro sube en línea recta y observo a Milena cortar las últimas ramas. Cuando termina, se sacude las manos contra los jeans, junta las herramientas en una cubeta de plástico azul, y desaparece por la puerta de la cocina.

Apago el cigarro contra la baranda de piedra. El Adriático brilla abajo, indiferente a todo. A la guerra. A las personas que murieron. A la mujer que los mató y después se mudó aquí a ver atardeceres.

A la documentalista que cruzó un océano convenciéndose de que venía por la verdad.

Son las 8:47 AM.

En trece minutos empezamos a grabar.

Y no tengo idea de qué preguntarle.

Mentira. Sé perfectamente qué preguntas hacer. Tengo una lista: transición postguerra, normalización, proceso psicológico.

Preguntas profesionales. Preguntas que cualquier documentalista haría.

El problema es que ya no estoy segura de querer escuchar las respuestas.

Bajo a preparar el equipo igual. Porque es lo que hago. Lo que siempre hago cuando todo lo demás falla: pongo una cámara entre el mundo y yo, y finjo que eso me hace invisible.

Cuando mi padre murió, hice un documental sobre narco fosas en Veracruz

Cuando Andrea me dejó, hice un documental sobre carteles en Sinaloa.

Cuando ya no sé quién soy, al parecer hago documentales sobre criminales de guerra que me hacen perder la cabeza.

Es mi único talento.

Documentar monstruos ajenos para no pensar en los míos.

La cámara ya está encendida cuando Milena entra al estudio.

—Buenos días —su tono es tan neutro que no hay nada que anotar sobre él.

Le coloco el micrófono con cuidado de no rozarle la clavícula. Profesional. Eficiente. Como debí hacerlo desde el principio.

—Hablemos de después —digo mientras reviso los niveles de audio.

—¿Después de qué? —pregunta, aunque sabe a qué me refiero.

—Quiero hablar del después. La guerra terminó en el 95. Llegaste a Montenegro en el 2005. Son diez años. ¿Qué pasó en ese tiempo?

—Envejecí. Pasé de treinta a cuarenta. Fue traumático.

—No seas cínica.

—¿Yo? Nunca —cruza las piernas.

—¿Dónde viviste esa década?

—En casas. Departamentos ocasionalmente. Una vez en un hotel durante tres meses, pero la calefacción era terrible.

—Milena.

—Janette —imita mi tono.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—¿Lo sé? —inclina la cabeza—. Tus preguntas son tan… ambiguas.

Ambiguas. Como si el problema fuera mi claridad y no su evasión.

—¿Estuviste en Serbia?

—Parte del tiempo.

—¿Con protección oficial?

—Define: oficial.

—Milena, no juegues conmigo.

—Yo no juego, Janette. Tú haces preguntas y yo decido qué responder. Así funciona esto —su tono es amable. Casi educativo. Como si me estuviera explicando algo obvio que debí entender hace días.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Bien. Entonces solo explícame cómo llegaste a Montenegro.

—Autobús. Luego taxi.

Cierro los ojos un segundo.

—Milena. Por favor.

—¿Qué es lo que quieres que te cuente? ¿Qué compré una identidad falsa en Belgrado? ¿Qué cambié mi nombre legalmente antes de cruzar la frontera? ¿Qué usé contactos militares para conseguir documentos? —se recarga contra el respaldo del sofá—. Todo eso es verdad. Supongo que ya lo sabías.

—No, no lo sabía.

Levanta las cejas y por un momento veo confusión real cruzar su cara.

—Vaya. Entonces tu investigación previa no fue tan exhaustiva como creí.

Siento calor en las mejillas.

—Ilumíname entonces.

Se acomoda en el sofá. Primero mira directo al lente de la cámara y después levanta la vista hacia mí.

Su expresión se endurece.

No es la Milena que cocina mole o prepara té. Es otra. Alguien que reconozco de las entrevistas sobre Srebrenica.

—¿Quieres saber cómo lo hice? —pregunta, y su voz baja medio tono—. ¿Cómo alguien con mi nombre, mi cara en archivos del Tribunal, mi historial completo documentado, pudo simplemente... esfumarse?

—Sí.

—Pagué —dice con una simplicidad brutal—. Mucho dinero. A la gente correcta. En el momento correcto. Cuando La Haya perseguía a Karadžić y Mladić. Cuando mi nombre era nota al pie de página, no titular. Me hice pequeña. Invisible. Y después vine aquí.

Hace un gesto amplio con la mano. La casa. El pueblo. La vida construida sobre cadáveres.

Miro mis notas.

Dos caminos desde aquí. Puedo seguir la línea del dinero: ¿de dónde salió? ¿Quién pagó los sobornos? ¿Cómo mantiene esta casa, este estilo de vida? Es la pregunta que haría cualquier periodista competente. La que mis socios esperan. La que venderá este proyecto a distribuidores. La pregunta que convierte un crimen de guerra en un escándalo.

O puedo ir a otra parte.

La división es simple: lo que le interesa a la audiencia versus lo que yo necesito entender.

El dinero hace buenos titulares.

Mis sentimientos no deberían tener voto en esto…

—Huir requiere creer en algo. En un futuro. En una versión de ti misma que puede existir del otro lado de la frontera. Algunos comandantes se entregan porque ya no creen en esa versión. Ya no ven nada adelante que valga el esfuerzo de esconderse —la miro directo—. Tú viste algo. Algo que valía diez años de cuidado constante. De mirar sobre tu hombro. De mantener mentiras. De construir esta vida desde cero. ¿Qué fue? ¿Qué hay en Milena Kovač que, después de todo eso, aún te pareció digna de proteger?

Milena se toma su tiempo antes de hablar.

—Estás romantizando —declara—. Buscando la narrativa de redención donde no hay ninguna.

Y ahí está. El golpe directo.

Quería creer que había humanidad en ella. Porque si la hay, entonces lo que siento no me convierte en cómplice del monstruo.

Me convierte en alguien que vio lo que otros no pudieron ver.

Pero no hay nada. No hay transformación. No hay redención.

Solo hay una mujer que mató a cientos de personas y después decidió que prefería un jardín junto al mar que una celda en La Haya.

Y eligió bien. Porque aquí está. Impune. Viva. Ganando.

—Hui porque podía. Porque tenía los medios. Los contactos. El dinero. Porque la oportunidad existía y soy lo bastante práctica como para tomarla —me mira con algo que podría ser diversión— ¿Eso te decepciona? ¿Querías una respuesta más profunda?

—No —miento—. Solo confirma lo que ya sabía.

—Querías algo más complicado —sentencia—. Querías que te dijera que huyo de algo interno. Que no puedo vivir conmigo misma. Que esta casa es una cárcel voluntaria. Que el jardín es mi penitencia. Algo que te diera permiso para…

—¿Permiso para qué exactamente? —la interrumpo, casi como un reto, y mi voz sube sin querer.

Milena esboza una sonrisa.

—Dímelo tú.

—No juegues conmigo ahora.

—Te desnudaste en mi estudio —dice despacio—. Bajo mis órdenes.

—Eso fue…

—Termina la frase —se levanta sin prisa, y hay algo en su postura que me recuerda que fue comandante—. Intenta justificarte. Convénceme de que tiene alguna explicación profesional. Porque yo no necesito convencerme de nada. Yo ya lo sé.

Me encojo de hombros con una indiferencia que no siento.

—Dos personas. Calor. Tensión. Montenegro en verano. No es más complicado que eso.

—¿No? —da un paso hacia mí. Pequeño. Calculado.

—No —me cruzo de brazos—. Tú misma lo dijiste. En la guerra compartías con gente. Supervivencia. Consuelo. Confirmación de que seguías viva. Esto fue lo mismo. Sin contexto de guerra, pero la estructura es igual.

—Interesante —dice Milena, y da otro paso. El espacio entre nosotras se reduce—. Entonces solo fue... ¿circunstancial?

—Exacto. Circunstancial —mi voz suena menos firme de lo que pretendía—. Somos adultas. Estamos solas aquí. Hace calor. Pasan cosas.

Otro paso. Ahora está a menos de un metro.

—Pasan cosas — repite, dejando que las palabras se estiren —. Qué forma más vacía de describirlo.

—Es la forma honesta.

Un paso más, ya puedo oler su perfume y no me hace bien.

—Curioso. Yo recuerdo que pasaron cosas bastante específicas. No circunstanciales. No vacías.

Trago saliva

—Fue lo que fue.

—No significó nada —baja la voz.

Está tan cerca que tengo que levantar el mentón para sostenerle la mirada.

—Ya te lo dije.

—Lo escuché, Janette —da el último paso y se inclina, poniendo las manos en los brazos de mi silla, atrapándome—. Lo escuché con la misma claridad con la que gemías mi nombre al correrte.

—Milena…

—Justo así —susurra y sus ojos bajan a mis labios—. Vamos. Convénceme de que esto no es nada.

Abro la boca. No salen palabras.

Y entonces ella cierra la distancia.

El beso llega como terremoto en un país sin protocolos de emergencia. Sus labios tocan los míos y el mundo se reorganiza en una geometría nueva donde ya no existen las líneas rectas que vine a defender.

No es un beso suave. No es el beso de alguien que pide permiso o tantea el terreno. Es el beso de quien sabe exactamente dónde tocar para desmantelarme y viene a probarlo.

Su boca me está devorando con esa certeza que tiene para todo.

Y mi boca se abre bajo la suya, admitiendo la derrota en un idioma que no tiene palabras. Ella mete su lengua y yo… ¡Dios! Yo me inclino hacia delante buscando más. Ignorando que estoy atrapada. Ignorando que hay una cámara grabando. Ignorando todo excepto el sabor de su saliva y la forma en que mi cuerpo entero se enciende con una inmediatez que debería avergonzarme.

Mis manos buscan su cintura antes de que pueda detenerlas. La camiseta bajo mis dedos es delgada, y a través de la tela siento su piel tibia como evidencia irrefutable. Es la confirmación física de lo que llevo negando desde que bajé del taxi con mi equipo de grabación: que he querido tocarla así desde el momento en que abrió las puertas de esta casa.

Milena hace un sonido bajo. Aprobación o victoria, no estoy segura. Tal vez ambas. Y por fin me toca: coloca una mano en mi mandíbula, y la otra se enreda en mi pelo.

No es suave. Nada en ella es suave. Me sostiene como se sujeta un arma. Con familiaridad, con propósito, con el conocimiento exacto de dónde aplicar presión.

Cuando se separa, segundos o siglos después, imposible saberlo, tiene una expresión que nunca le había visto. Algo que casi parece ternura. Algo peligroso.

—Mentirosa —susurra.

Y yo, con la boca hinchada y el corazón desbocado y toda mi objetividad profesional hecha cenizas en el piso, no tengo absolutamente nada que responder.

Capítulo 11

EL DESEO ES EL TEMPLO DE LOS QUE PERDIERON LA FE

Milena se endereza y el movimiento me deja helada. Por un segundo pienso que se acabó, que va a salir del estudio sin darle mayor importancia al beso. Dejándome sola, con la boca hinchada y el corazón acelerado como evidencia de mi propia estupidez.

Pero entonces extiende su mano.

No dice nada. Solo la deja ahí, suspendida entre nosotras, esperando.

—Arriba.

No es una orden militar. Es una invitación. En la diferencia del tono cabe un abismo.

Me agarro de su mano y siento el apretón en el estómago, entre las piernas, en la garganta. Como si ese contacto supiera hablar directamente con mi cuerpo sin pasar por mi cabeza. La sostengo y me sostiene y en ese intercambio simple y eléctrico está la confesión completa: no quiero soltarla.

Me jala y para cuando reacciono, ya estamos en el pasillo.

—¿A dónde…?

—Quiero estar cómoda contigo —es todo lo que dice.

No pregunto más. No sirve de nada preguntar cuando ya sé que voy a seguirla sin importar la respuesta. Además, no tengo que esperar mucho: se detiene frente a mi puerta.

—Pasa —indica.

Abro. Ella entra detrás de mí y la cierra con el pie.

—¿Por qué no en el tuy...?

No termino la pregunta. Me empuja contra la puerta recién cerrada y me besa como si los treinta segundos que nos tomó llegar del estudio aquí fueran treinta años de ausencia.

Su boca se abre contra la mía. Lengua, dientes, labios que presionan y ceden y vuelven a presionar. Sabe a menta, a malas decisiones. A todo lo que es rico justo porque hace mal.

Sujeta mi cuello y el gesto es tan posesivo que las rodillas amenazan con fallarme. Me aferro a su cintura, jalándola contra mí, y ella viene sin resistencia. Entre nosotras ya no queda espacio para aire, ni para dudas, ni para nada que no sea su lengua en mi boca y sus pulgares presionando justo debajo de mi mandíbula mientras me devora.

La hago caminar hacia atrás, paso a paso, hasta que sus piernas chocan con el borde de la cama y caemos juntas sobre el colchón.

Mi codo se clava en su costilla, su rodilla termina entre mis piernas. Nos reacomodamos sin dejar de besarnos, y cuando por fin nos separamos lo suficiente para respirar, ella me mira desde arriba.

Y en una cama, en una habitación, con la luz de Montenegro entrando por la ventana, la comandante Kovač acaba de ganar su batalla más fácil.

—Tenemos dos opciones —exhala las palabras contra mis labios—. Opción uno: nos detenemos y me pides que salga de tu habitación. Y mañana seguimos fingiendo que esto es solo trabajo.

Su pulgar encuentra el hueco bajo mi clavícula y presiona. No duele. Pero mi pulso late ahí, fuerte, delatándome.

—Quiero la opción dos —y no me importa qué implique. Ya la estoy jalando de regreso a mi boca.

Sabe a café recién hecho. A vino por la noche. A la sal del Adriático. A algo indefinido que mi cerebro cataloga como «Milena» y archiva sin más análisis.

Mis manos se deslizan bajo su camiseta. Está sudando, noto el movimiento de sus músculos cuando se ajusta encima de mí.

Subo hasta sus omóplatos y ella se arquea en respuesta

—Quítala —mi orden se mezcla con su aliento.

Milena se separa lo justo para mirarme. Hay algo en su cara que no logro leer: ¿diversión?, ¿sorpresa? No sé lo que piensa, pero se sienta sobre mis caderas, cruza los brazos, agarra el borde de su camiseta y se la saca en un solo movimiento.

Y yo debería estar preparada. Debería haberlo anticipado. La luz de la ventana cae sobre su piel pálida. Lleva un brasier negro simple y su pecho sube y baja a un ritmo acelerado.

Me quedo con la boca abierta, literal, como idiota.

—Tu turno.

Me incorporo. Intento sacarme la camiseta, pero me enredo en las mangas. Ella tiene que levantarse para que pueda terminar el movimiento, y cuando por fin caigo de vuelta, las dos estamos en jeans y ropa interior.

Milena baja otra vez. Más despacio. Como si estuviera decidiendo algo.

Besa mi cuello y siento todo a la vez: el calor de su boca, el roce de sus dientes, su lengua dibujando líneas húmedas y sus manos tanteando mis costillas hasta atraparme los senos por encima del brasier.

Sale un sonido de mi garganta, algo entre gemido y ruego.

—Dime qué quieres —su voz roza mi piel.

—A ti —la respuesta sale antes de pensarla—. Quiero… sigue…

—Más específica —sus dientes atrapan mi pezón sobre la tela—. Oraciones completas, Janette.

No puedo. O no quiero. O ambas.

Milena levanta la cabeza y me sostiene la mirada.

—Janette —y ahí está. Ese tono que usó para dar órdenes en Srebrenica—. Dímelo.

Y algo en mí colapsa. O finalmente se suelta. Da igual.

—Quiero que me toques hasta que no pueda recordar por qué vine aquí.

Sonríe. Es la sonrisa más peligrosa que le he visto.

—Eso —dice—, puedo hacerlo muy bien.

Desabrocha el botón de mis jeans. Baja el zipper. Y entonces se detiene.

—¿Segura?

Levanto las caderas en respuesta.

Entiende el mensaje. Jala los jeans y yo levanto las piernas para ayudarla, dejando que resbalen hasta el suelo, arrastrando mis tenis con ellos.

Milena se inclina entre mis piernas. Su mirada me recorre completa. No me toca todavía, pero lo siento igual: un zumbido bajo la piel, una corriente que me deja sin aire.

—Sabes lo que me provocas, ¿verdad? —respira cada palabra sobre mi muslo, y su aliento me quema la piel.

—Milena, por favor…

—Por favor… —tiene la sonrisa de alguien que acaba de ganar algo.

—Por favor —insisto—. Hazlo.

—¿Hacer qué? —su voz es pura inocencia falsa—. Necesito que seas muy específica.

Sus manos suben más, rozan el interior de mis muslos, y cada centímetro que avanza me deja más expuesta, más vulnerable, más suya.

—Tócame. Por favor. No puedo… no puedo más así.

Sus dedos encuentran el borde de mi ropa interior.

—Todavía no —susurra—. Dilo otra vez. Más despacio.

—Milena…

La súplica muere en mi garganta cuando hace a un lado la tela y, de pronto, mi intimidad queda expuesta.

—Dios —exhala al sentir lo mojada que estoy—. ¿Cuánto tiempo llevas esperándome?

—Desde... mierda... desde que estabas ahí afuera jugando a la señora correcta con tus plantas.

—Horas entonces —sus dedos se mueven apenas.

—Ya ganaste —jadeo—. Ganaste. Ahora dame lo que quiero.

—Llevo días muriendo por probarte —siento el roce de sus labios en la entrada húmeda de mi sexo—. Por sentir cómo te mojas para mí. Y aquí estás. Perfecta.

—Debí dejar de pretender que eras solo un monstruo que documentar.

La punta de su lengua ejerce una presión suave para separar mis pliegues.

—Soy un monstruo —gruñe y el sonido vibra en mi centro, amplificando la humedad.

Me toma con la boca, succionando fuerte. Siento el calor atravesándome, cada terminación nerviosa encendiéndose en secuencia. Su paladar presiona mi piel mientras sorbe la humedad acumulada. No puedo hacer otra cosa que hundir mis uñas en las sábanas y gemir sintiendo cada golpe de su lengua a mi clítoris. Lo hace a un ritmo lento… insoportable.

—Milena.

Todo se reduce a esto: calor, presión. El sonido de mi propia respiración mezclado con el chapoteo de su boca contra mi sexo. La forma en que me arqueo buscando más sin pedirle permiso al cerebro.

—Más —logro decir.

Gime, disfrutándolo. De pronto, siento la punta de su dedo, ejerciendo presión justo en la entrada y penetrándome con una sola estocada.

—Así —susurra—. Déjame ver.

No sé exactamente qué quiere que la deje ver. Pero mi cuerpo parece entenderlo. Se abre más. Mi pelvis se mueve en un vaivén lento contra su mano. Es una reacción pura: sin vergüenza, sin control.

Curva los dedos dentro de mí.

—Ahí —dice con satisfacción—. Eso es. Así.

No me da tregua. Su dedo perfora la pared interna más sensible una y otra vez, mientras su pulgar encuentra y pulsa mi clítoris. Y su boca sigue haciendo ese ruido fuerte y obsceno, succionando hasta la última gota.

—Milena… voy a…

Detiene el golpe de su pulgar, pero cierra el agarre de sus labios sobre mí, profundizando la succión. Es su forma de decir: «Aquí. Hazlo, ahora.»

Y mi cuerpo responde a ella como nunca respondió a nadie.

Exploto. Me lanzo hacia delante y un chorro denso y caliente inunda su boca. El último pensamiento que tengo es la sensación de estar siendo tragada por ella.

Me toma tiempo. Mucho tiempo. Volver a armar un pensamiento completo de principio a fin.

Lo primero en despertar es la percepción física: piel sudada, sábanas húmedas, el peso de mi propio cuerpo hundido en el colchón.

Después vienen fragmentos sueltos que tardo en organizar: la ventana, la luz, Montenegro. Estoy en Montenegro.

Mi nombre llega más despacio, como si tuviera que buscarlo en algún archivo lejano. Janette. Soy Janette. Documentalista. Vine aquí para...

¿Para qué vine aquí?

Giro la cabeza. Ella está de lado, mirándome. Lleva quién sabe cuánto tiempo mirándome volver.

—Hola —dice.

Milena.

Su nombre llega completo. Claro. Con todo su peso.

Y entonces, despacio, el resto empieza a organizarse: esta cama, esta casa, lo que acaba de pasar.

Lo que dejé que pasara.

Lo que necesitaba que pasara.

—Hola —mi voz sale destruida.

Todavía tiemblo. Tengo pequeños espasmos involuntarios en las piernas y en las manos. Mi cuerpo no termina de soltar lo que vivió.

Milena aparta un mechón de pelo sudado de mi frente. El gesto es tan… normal. Tan suave.

—¿Estás bien? —pregunta.

Y quiero reírme de lo absurdo de la pregunta. Pero no puedo.

—No lo sé —soy honesta—. Creo que sí.

—Respira —dice.

Inhalo profundo. Exhalo despacio.

—¿Me quedé dormida?

—Media hora. Tal vez más.

Media hora viéndome así: vulnerable, deshecha, expuesta por completo.

Pudo irse. Bajar a la cocina.

Y eligió quedarse.

—Debería… —empiezo, pero no sé cómo terminar.

¿Irme? ¿Vestirme? ¿Pretender que esto no cambió todo?

—No tienes que hacer nada —su voz sale baja—. Todavía no.

—En realidad sí, necesito hacer algo.

Y antes de que pueda preguntar qué, me acerco y la beso.

No hay urgencia. No hay hambre. Es un beso lento, casi perezoso. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Como si lo único que importara fueran sus labios en los míos.

Sabe a sexo. A mí. A nosotras.

Cuando nos separamos, me mira con una intensidad extraña.

—¿Qué? —pregunto.

—Pensaba… —se detiene. Empieza otra vez—. Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por esto —dice, y no aclara si se refiere al sexo, al momento, o a algo más grande.

—Voltéate —digo.

Levanta una ceja.

—Voltéate —repito—. Boca abajo.

Por un segundo pienso que va a negarse. Que va a recordarme quién tiene el control aquí.

No lo hace. Se gira.

Y su espalda queda expuesta frente a mí, puedo seguir la línea de su columna desde la nuca hasta donde se pierde en la curva de su cintura.

Gateo hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunta contra la almohada.

—Devolviéndote el favor.

Beso su nuca, luego su hombro. Mis dientes se aferran a su piel mientras bajo por su columna, saboreando el rastro salado del sudor.

Mis manos se mueven a la par, desde su espalda, hasta su cintura y, se cierran sobre la curva de su trasero.

—Janette... —empieza.

—Quiero escucharte —le hablo mordiéndole la espalda—. Quiero saber cómo suenas cuando pierdes el control.

Capítulo 12

EL PECADO LE DA AL ALMA LO QUE LA VIRTUD LE NIEGA: SABOR

—¿Estás segura?

Miro hacia la cocina. Milena alterna entre la copa de vino y la olla: bebe, remueve, prueba, vuelve a beber. Podría ser cualquier mujer preparando la cena un martes por la tarde.

—Janette —insiste mi editor—. ¿Sigues ahí? Se corta todo el tiempo.

Presiono el teléfono sobre mi oreja, aunque sé que no va a cambiar nada.

—Estoy segura. Muévete con las distribuidoras. La narrativa va a terminar ahí, te lo prometo.

—Estos días tienes que ir directo al dinero. Una mujer así no desaparece sola. Alguien le consiguió una identidad falsa, alguien le facilitó la huida, alguien le costea esa vida en una villa frente al mar. Eso es lo que necesitamos: la red que la mantiene impune.

Milena confiesa crímenes de guerra sin problema porque ya prescribieron o porque sabe que nadie va a extraditarla. Pero el dinero es distinto. Si esquiva esa pregunta, significa que está activa: lavando fondos, protegiendo a otros criminales de guerra, sirviendo como enlace entre exmilitares y gobiernos actuales. Si el origen de su fortuna le incomoda más que admitir asesinatos, es porque sigue en el juego.

Y es el crimen que todavía puede hundirla.

—¿Janette?

—Te escucho… —respondo bajo.

En la cocina, Milena prueba lo que hierve en la olla, arruga la nariz, y le echa más sal.

—¿Janette? —Joaquín suena diferente ahora. Preocupado—. ¿Qué está pasando? ¿Necesitas ayuda?

—No. Dios, no —respondo demasiado rápido—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—La pregunta que hace un hombre cuando su mejor amiga está al otro lado del mundo viviendo con una criminal de guerra.

—No seas ridículo.

—Sabíamos que sería arriesgado. Si quieres que envíe a alguien, hago una llamada y te sacan mañana.

Mis ojos se clavan en la cocina. Milena está sirviendo vino en dos copas.

—Estoy bien —miento a medias—. Es el cansancio —cierro los ojos—. Hago lo necesario y lo necesario es… agotador. Pero te prometo que tendrás tu documental.

—Nuestro documental —me corrige.

—Nuestro documental.

Milena levanta la vista, como si algo le hubiera avisado que la estoy mirando. Sonríe apenas y alza su copa hacia mí.

—Tengo que colgar —digo rápido—. La señal se está yendo otra vez.

—Janette...

—Te llamo en dos días. Lo prometo.

Cuelgo antes de que pueda responder. Abro la puerta de cristal del estudio y atravieso la sala hasta llegar a la cocina.

—Mi editor —murmuro como disculpa.

—Sí, me avisaste que ibas a hablar con él.

Ah. Claro.

—Este trabajo me vuelve loca —suspiro—. Un poco más cada día.

Acepto el vino. Sus dedos rozan los míos y el contacto me baja directo al estómago.

—Ya casi terminamos aquí —regresa a la olla—. El ragú solo necesita espesar un poco más. —remueve con calma—. Todavía te quedan tres semanas. Alcanza para muchas más confesiones.

—Créeme, en esto nunca hay tiempo suficiente —respondo—. Podría quedarme todo un año y continuaría sintiendo que me perdí algo importante.

—¿Por qué solo un mes entonces? —pregunta sin dejar de remover—. Si el documental es sobre mí, cuatro semanas parecen

poco.

Me acerco a la encimera. Mis dedos rozan el borde del mármol, a centímetros de donde ella sostiene la cuchara.

—Porque fue lo que aceptaste —le recuerdo— En el correo cuarenta y dos pusiste «máximo cuatro semanas. No negociable.»

Sonríe. Casi nada.

—Podrías haberlo intentado.

—Lo hice. En el correo cuarenta y tres. Y en el cuarenta y cuatro.

Deja la cuchara y se voltea hacia mí, reduciendo el espacio entre nosotras a nada.

—Tal vez en el correo cien te hubiera dado un año completo. Ahora nunca lo sabremos.

Chasqueo la lengua, negando con la cabeza.

—El presupuesto no me alcanzaría ni para dos meses. Así que da igual.

Mi mano se desliza sobre la superficie hasta quedar a milímetros de la suya. Gravitándola.

—Explícame algo —dice, sin romper contacto visual—. ¿Cómo consigues dinero para hacer esto?

—Festivales, becas, productoras. Esto lo pagué con Sundance y lo que aportó mi editor. Cubre vuelos, renta de equipo, y tengo dos asistentes en México que manejan la parte técnica: transcripciones, backups, búsqueda de archivo histórico. Yo grabo aquí, ellos procesan allá.

Su dedo índice traza una línea sobre mi muñeca mientras hablo.

—Espera —su dedo se detiene sobre el pulso—. Ganaste uno de los festivales más importantes del mundo. ¿Y, aun así, tienes que mendigar presupuesto?

—Bienvenida al cine documental —sonrío, burlándome de mi propia tragedia—. Puedes ganar mil premios y seguir buscando financiamiento para el siguiente proyecto —engancho nuestros meñiques—. Es hacer malabares constantes.

Uso ese contacto mínimo como ancla. La jalo y cierro la distancia entre nuestras bocas.

El beso es breve. Suave. Sabe a errores que solo cometes con dos copas de vino encima.

—Ya pagaste por cuatro semanas conmigo —susurra—. Sería un desperdicio no aprovecharlas.

Me abre la boca con la suya y el beso deja de ser suave para volverse necesario. El calor me recorre entera, instalándose en lugares que ya reconocen su tacto. Enredo los dedos en su cabello y ella gime bajo contra mis labios. Es un sonido pequeño, pero me desarma completa.

—Estás… —pierdo las palabras cuando su tacto encuentra mi columna bajo la camiseta.

—Janette…

Una de las dos se mueve, tal vez ambas, y termina con su espalda presionada contra la encimera mientras la devoro.

—Dime que pare.

En lugar de esperar respuesta mis labios ya están bajando por la comisura de su boca hacia su mandíbula, buscando ese punto sensible debajo de su oreja que encontré esta mañana por accidente y que ahora ataco con intención.

—No voy a decirte eso.

Vuelvo a besarla y esta vez no hay tentativa. Es puro deseo. Su cuerpo presiona contra el mío buscando más, y yo quiero darle exactamente eso. Quiero olvidar dónde estamos y por qué vine aquí. Quiero subirla a esta encimera. Quiero quitarle esa camiseta y volver a lamerle cada centímetro de piel.

Pero entonces Milena pone las manos sobre mi pecho. No me empuja, solo presiona lo justo para que entienda el mensaje.

—Espera.

Me detengo. Respirando como si hubiera corrido kilómetros.

—¿Qué pasa?

—La cena —suena tan agitada como yo—. Se va a enfriar.

—No me importa.

Esboza una sonrisa peligrosa.

—A mí sí —me da un beso corto—. Llevo tres horas cocinando esto.

—Milena…

—Aquí el presupuesto no se agota, Janette —sus manos suben despacio por mi espalda hasta abrazarme completa—. Tenemos

tiempo. No hay prisa.

Tiene razón. Lo sé. Pero mi cuerpo no está de acuerdo.

—¿Y si yo tengo prisa?

—Entonces come rápido —dice, y hay una promesa en su voz.

Inhalo profundo. Exhalo despacio. Mi cuerpo todavía vibra, pero asiento.

—De acuerdo. Cenemos.

—Sube los platos a la terraza —sus manos se mueven por su camiseta alisándola antes de pasar a su cabello, ordenando las hebras plateadas en un intento de recuperar el control.

Asiento a regañadientes.

Tomo los platos de la alacena y subo las escaleras. La puerta de la terraza está entreabierta, dejando entrar la brisa nocturna. El Adriático se mantiene oscuro y tranquilo bajo un cielo sin luna.

Milena llega poco después con la olla de ragú humeante, pan envuelto en un trapo de lino y otra botella de vino bajo el brazo.

—¿Frío? —pregunta, dejando todo sobre la mesa.

—No. Está perfecto.

Nos sentamos una frente a la otra.

—Esto tardó tres horas —destapa la olla y el vapor escapa cargando el olor del ragú—. Mi abuela decía que menos tiempo era insultar la comida.

Corto un pedazo de pan.

—¿Era de Serbia?

—De Belgrado —abre el vino—. Murió en el noventa y dos. Antes de que todo se fuera al carajo.

—Tuvo suerte entonces.

—Eso dijo mi madre —me pasa una copa—. Que al menos no tuvo que ver lo que hicimos después.

—¿Alguna vez hablaste con ella? Sobre lo que pasó.

—Hablamos una vez. Me preguntó si era cierto lo que decían en las noticias —hace una pausa—. Le dije que sí. No volvió a contestar mis llamadas.

Pruebo el ragú. Es mejor de lo que esperaba. Complejo. El tipo de comida que te hace cerrar los ojos.

—Esto está increíble.

—Lo sé —dice sin falsa modestia.

—¿Cuántos años tenías? —bebo vino—. Cuando hablaron.

—Treinta y dos. Me escondía en Podgorica. Ella no se había movido de Belgrado —come un bocado y asiente, confirmando que las tres horas valieron la pena—. Hablamos sobre el clima. Cómo estaba el invierno. Si había nieve… —toma vino. No es un sorbo, da un trago real— Y entonces lo preguntó. Si era verdad lo que decían las noticias. Le dije que sí. Una palabra. Ella esperó. Creo que quería que agregara algo. Que me justificara.

—¿Eso fue todo?

—Se quedó callada. Respirando. Luego cortó —bebe—. Intenté dos veces más en los días siguientes. Buzón. A la tercera vez ya no había línea.

—Mierda.

—Sí —sonríe apenas—. Mierda.

El viento sube desde el mar trayendo sal y humedad.

—¿Tienes más familia? —corto pan.

—La familia era grande, no sé si siguen vivos —parte pan—. Pero supongo que sí. Que tienen vidas normales. Y yo soy la pariente que nadie menciona en las cenas navideñas.

—Suena solitario.

—Lo es —me mira sin pestañear—. Por eso me gusta que estés aquí.

La forma en que lo dice me desarma. Sin dramatismo. Sin intención de seducir. Solo honestidad cruda.

—Han sido solo seis días.

—Siete —me corrige—. Más de lo que nadie ha durado aquí en años.

Extiendo la mano hacia la botella y lleno ambas copas.

—¿Cada cuánto recibes a Isidora? —Dios. Hasta yo escucho lo celosa que sueno.

—Isidora viene y va. Pocas horas. Una noche si le va bien —sonríe —. Pero no se queda a comer ragú. Y en definitiva no se queda a escuchar historias sobre mi madre.

—Tal vez deberías cocinarle. A lo mejor se quedaría más tiempo — Intento que suene casual, académico incluso. No me sale.

—No quiero que Isidora se quede —toma un sorbo—. Nunca lo he querido.

Nuestras miradas se sostienen sobre la mesa. Sobre las copas que siguen vaciándose. Sobre el espacio entre nosotras que se siente cada vez más pequeño.

—¿Y ella? —pregunto—. ¿Alguna vez ha intentado quedarse más tiempo?

—No —responde sin pensarlo mucho.

—¿Y si lo hiciera?

Enrolla pasta en su tenedor, despacio, sin dejar de mirarme.

—¿Me estás preguntando si sé poner límites, Janette?

—Estoy preguntando si la echarías.

—Por supuesto. Yo sí sé cómo sacar mujeres de mi casa —lo dice como si fuera gracioso.—. No como tú, que seguro tu chica del tatuaje ya está comprando muebles para el departamento.

Me atraganto con el vino.

—No es mi chica.

—Interesante lo que hacemos con el lenguaje —bebe—. Cambia una palabra y de repente ya no tenemos responsabilidad sobre nada.

—Supongo que ambas somos expertas en eso —giro la copa entre mis dedos—. Tú con «ocasional». Yo con «temporal».

—Por el eufemismo como estilo de vida —alza la suya—. Y por las mujeres que dejamos esperando mientras bebemos vino con otras.

Una sonrisa se me escapa.

—Nunca había brindado por algo tan cínico —choco mi copa contra la suya.

—Prefiero ser honesta sobre mi egoísmo que mentirosa sobre mi generosidad.

Hay algo fascinante en alguien que rechaza la redención. Que mira su propio egoísmo y decide que está bien así. Que convierte la falta de moral en una filosofía. Milena no es un monstruo porque no sepa lo que hace. Es un monstruo porque lo sabe perfectamente y lo elige de todas formas.

—¿Sabes cuál es el verdadero beneficio de ser honesta? —deja su copa y me mira.

—Ilumíname.

—Que puedo decir que llevo toda la cena con ganas de tenerte gritando en mi cama mientras te chupo. Y no tengo que fingir que es otra cosa.

El calor me sube desde el estómago hasta la cara. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro.

—Directa.

—Siempre —me mira—. ¿Te molesta?

—No.

—¿Te sorprende?

—Para nada —bebo lo que queda en mi copa—. Yo tampoco he pensado mucho en el ragú desde que nos sentamos.

—Claro que sí —sonríe—. Por eso te gusta hacer preguntas sobre Isidora. Quieres saber si hago con ella lo mismo que hice contigo esta mañana. Estás tratando de imaginar si la toco como te toqué a ti.

—¿Y si sí? ¿Qué vas a decirme?

Inclina el cuerpo, apoyando ambos codos sobre la mesa y me mira como si fuera lo único en esta terraza que merece su atención.

—¿Qué imaginas? —pregunta—. ¿Dónde nos pones? ¿Qué nos haces hacer?

—Milena...

—¿O prefieres que yo te diga lo que creo que imaginas? —se inclina más—. Apuesto a que te equivocas en varios detalles.

—Prefiero… —me detengo.

—Dilo —no es petición—. Quiero escucharte decirlo.

Tomo aire tratando de recuperar la compostura. Pero no funciona, ya tengo la piel ardiendo.

—Prefiero no hablar.

—Así me gusta —su sonrisa es peligrosa—. Sin rodeos.

Se levanta.

—¿Terminaste de cenar?

—Sí.

—¿El vino?

—Sí.

—¿Las preguntas?

—Por ahora.

—Bien —extiende su mano—. Entonces ven.

Me viene la imagen de esta mañana: las sábanas, su boca, yo completamente deshecha. Y lo mucho que quiero repetirlo.

Miro sus dedos. Pienso en Joaquín esperando el documental. En las veintiún noches que quedan. En todas las razones por las que esto complica todo.

Me levanto con ella.

No suelta mi muñeca mientras caminamos hacia la puerta. Dejamos los platos sobre la mesa. El vino a medio terminar. La conversación sin cerrar. Subimos las escaleras en un silencio que solo admite ser interrumpido por el ruido pegajoso que hace al chuparme.

Capítulo 13

LOS LÍMITES EXISTEN PARA TRANSGREDIRSE

Pierdes el control de una entrevista cuando la otra persona tiene más práctica o se preparó mejor.

Milena cumple con ambas. Y algo peor: treinta años de ventaja.

Treinta años ensayando cómo decir algo que suena como la verdad, pero solo es humo. Treinta años perfeccionando el arte de parecer cooperativa mientras te cierra cada puerta en la cara.

No es que sea buena mintiendo. Es que convirtió la evasión en un idioma y yo recién estoy aprendiendo el alfabeto.

Miro el círculo rojo y los números avanzando. La aplicación de voz graba cada segundo de mi silencio.

* * *

—¿De dónde sacaste el dinero?

—De gente que me debía favores. De gente a la que yo le debía. De una cuenta que abrí antes de que explotara todo. De vender cosas. De préstamos que nunca pagué.

—¿Puedes ser más específica?

—Podría. Pero no voy a serlo.

* * *

Hay información que no voy a conseguir en una entrevista formal.

Pero vivimos juntas, Milena no siempre puede cuidar lo que dice. Hay momentos donde habla sin recordar que estoy escuchando como documentalista.

A veces las confesiones reales llegan en la cama, en la cocina, en los silencios entre preguntas.

Cierro la laptop donde estuve editando lo de esta mañana. Tomo la Canon C70 y salgo del estudio.

La encuentro en el sofá de la sala leyendo a Hannah Arendt. Tiene las piernas cruzadas y la luz de los ventanales arqueados cae sobre ella en diagonal.

Sin decir nada, enciendo la cámara.

Milena levanta la vista. Hay algo en cómo me mira acercarme que me hace ir más despacio. No dice nada. Tampoco cierra el libro. Solo ajusta el cuerpo para que pueda acomodarme a horcajadas.

Estiro el brazo para ajustar la cámara, y la beso.

Es menta, es el té que tomó hace una hora, es saliva y algo metálico que no sé si viene de ella o de mí. Abre la boca como quien responde una pregunta que no hice en voz alta, haciendo un sonido bajo e involuntario mientras el libro resbala entre nosotras sin que ninguna lo detenga.

Me separo lo suficiente para ver su rostro completo.

—¿Así que el documental va a tener un enfoque más... atrevido? —sonríe.

—¿Cuántas mujeres aparte de Isidora? —hago zoom a sus labios. Me inclino y la beso otra vez— Responde.

Milena levanta una ceja.

—¿Cuál es el valor periodístico de esto?

—En el mercado a nadie le sorprendió verte con una mexicana joven y muy guapa cargando tus bolsas.

La sonrisa no desaparece, pero algo cambia en sus ojos.

—Qué observadora.

—Es mi trabajo.

Milena extiende la mano hacia la cámara.

Aprieto el agarre. Pero ella es ex-militar y yo apenas hago yoga dos veces por semana; le basta presionar el punto exacto donde el pulgar se conecta con el resto de la mano, y mis dedos se abren sin que pueda evitarlo.

Se queda con la cámara y la apunta hacia mí.

—Mujeres que no tienen nombre —me enfoca y habla—. Que vienen, hacen lo que acordamos, cobran y se van.

—¿Estás hablando de prostitutas?

—¿Te sorprende? —me acaricia la barbilla—. Una mujer sola, con dinero, sin ataduras morales —su pulgar se desliza sobre mis labios —. Es lo más simple del mundo.

—Es caro mantener esa simplicidad.

—Tranquila. No es que tenga un servicio de suscripción —dos de sus dedos se cuelan dentro de mi boca—, solo cuando vale la pena.

El vaivén lento me carga de saliva, produciendo un sonido húmedo que lo hace todo más real.

—¿Por qué no hablas? ¿Se te acabaron las preguntas, documentalista?

Le sostengo la mirada, no tengo claro si mis ojos le ruegan que continúe o que se detenga. El placer se está volviendo degradante. Y su rostro se deforma en una expresión de satisfacción predatoria y una arrogancia fría, casi divina.

—Mira a la cámara, Janette. Así es como te quiero: así de callada, así de expuesta, así de mía —intensifica el ritmo, y con el nudillo del medio roza el fondo de mi garganta—. Eres el único servicio de suscripción por el que estoy dispuesta a pagar, preciosa.

Mi boca rebosa, y la saliva que se escapa por la comisura de mis labios resbala caliente por mi cuello.

—Desabróchate la camisa —dice en voz baja.

Aflojo los botones, uno a uno. Al abrirme la camisa, el aire frío me recorre los pechos y mi sexo responde con una punzada cruda, impulsando mis caderas a buscar la presión de su cuerpo.

—Ahora el sujetador…

Hunde tres dedos hasta el fondo de mi garganta y la arcada me golpea al instante, pero mis manos obedecen y el sujetador cae al suelo.

—Cubre tus tetas con ambas manos. Así, firme. Ahora —su voz tiene el tono de mando que debió usar en la guerra, y hay algo devastador en esa autoridad—… aprieta las dos puntas. Juntas. Quiero ver lo puta que puedes ser para la cámara.

El dolor baja como un relámpago y me deja el vientre temblando. Después, algo arde, sin nombre, sin forma, justo en mi entrepierna.

Me restriego contra ella, torpe, urgente. El movimiento es ciego: mi sexo contra el tejido de su pantalón en el lugar exacto. Es mi

cuerpo el que suplica, el que se arrastra por un instante de calor.

—Arrodíllate ahí —señala con la cabeza hacia la alfombra; sus dedos salen de mi boca, y enseguida me toma de la mandíbula, obligándome a mirarla—. Pídemelo como se debe.

* * *

La observo desde la cocina. Fuma mientras cuida las plantas, dos gestos contradictorios que en ella parecen naturales.

Dejo el vaso vacío sobre la isla de mármol y salgo descalza con una de sus camisas puesta que me cubre hasta medio muslo y solo unas bragas debajo. Hace calor, los rayos del sol me tocan las piernas desnudas cuando cruzo hacia el jardín lateral.

Milena está de espaldas, concentrada en las plantas. Ya se vistió: jeans, blusa de lino blanca. Nadie adivinaría que hace media hora tenía la cabeza entre mis piernas.

—Te robé tu camisa.

La abrazo por detrás, apoyando la mejilla contra su espalda. Huele a tabaco y a mí.

Me encanta.

—Lo noté. No te la voy a pedir de vuelta.

Le quito el cigarro, aspiro hondo, dejando que el humo se asiente en mis pulmones, y ella voltea.

—Deberías vestirte así más seguido.

—¿Medio desnuda en tu jardín?

—Medio desnuda en cualquier parte de esta casa.

Le devuelvo el cigarro. Ella da una calada sin dejar de mirarme.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—¿Sabes regar plantas?

—Apunto el agua hacia la tierra —me encojo de hombros—. No parece complicado.

—Todo parece simple hasta que lo haces mal.

—Me gusta cuando hablas así.

—¿Así cómo?

—Como si cada palabra fuera una lección que no pedí, pero necesito escuchar.

Apaga el cigarro contra el borde de la maceta.

—Hablo de esta forma porque aprendí que la gente escucha mejor cuando no le das espacio para interpretar.

Camino entre las plantas, rozando las hojas con los dedos.

—¿Crees que la gente elige lo que desea o solo eligen lo que está disponible?

—¿Por qué lo preguntas? —sigue con las plantas.

—Porque no paro de pensar en tenerte sobre mí y no sé si es por ti o porque estoy aquí, en tu casa, sin nadie más alrededor.

Exhala por la nariz en algo parecido a una risa contenida.

—¿Importa la diferencia?

—Debería.

—¿Por qué? —mueve la manguera hacia otra maceta—. Si el resultado es el mismo, si lo que sientes es real en el momento, ¿para qué cuestionarlo?

—Porque quiero saber si esto desaparecerá cuando me vaya.

Milena cierra la llave y se voltea.

—¿Y si no desaparece?

—Entonces es un problema.

—¿Por qué un problema?

—Porque no vine acá para…

Pero no termino la frase porque no hay palabras para lo que vine a hacer y lo que terminé haciendo. Vine a documentar y estoy viviendo. Vine a observar y estoy sintiendo. Vine a mantener distancia y estoy aquí, descalza en su jardín, usando su camisa, fumando su cigarro, deseándola de maneras que no tienen nombre en ningún idioma que conozco.

—Yo tampoco planeé nada de esto —se acerca, entendiendo mi silencio—. Pero no finjo que es un problema.

—¿Alguna vez te pasó antes? ¿Con alguien que no deberías?

—Hubo deseo, hubo sexo. Pero nunca hubo conversaciones en el jardín a media tarde. Las cosas terminaban antes de volverse… ambiguas.

—¿Eso es lo que somos ahora? ¿Ambiguas?

Hay algo en cómo me mira. Suave. Poco característico.

—¿Sabes qué es lo interesante de la ambigüedad? Que te obliga a estar presente. No puedes proyectar un futuro si no sabes qué es esto. No puedes hacer planes. Solo puedes estar aquí, ahora, sintiendo lo que sea que estés sintiendo sin la presión de que signifique algo más grande. Y honestamente, después de treinta años de vivir con las consecuencias de todo lo que hice, estar en algo que no tiene consecuencias claras es casi un alivio.

Su beso comienza lento, casi gentil, antes de transformarse en algo más hambriento.

—Me gusta cuando hablas así —repito.

—Contigo hablo más —recoge la manguera y la enrolla contra la pared—. Voy a preparar la cena. ¿Sabes cortar verduras o solo sabes interrogar?

—Sé cortar verduras.

—Bien. Entonces vas a ayudarme.

La sigo. La cocina huele a la albahaca que dejó en la ventana esta mañana. Milena saca una tabla, un cuchillo, y va poniendo cosas frente a mí: tres calabazas, dos pimientos, cebollas.

—Córtalas en cubos del mismo tamaño. No soporto las verduras desparejas.

—Eres muy específica.

—Soy serbia. Así cocinamos.

Me pongo a trabajar mientras ella saca una olla, enciende la estufa, va por especias. Se mueve por la cocina como alguien que conoce dónde está cada cosa y cuánto tarda cada paso. Nada sobra. Nada falta.

—¿Qué estamos haciendo?

—Đuveč. Estofado de verduras.

—¿Vegetariano?

—Esta noche sí. Mañana te hago algo con carne si te portas bien.

Sonrío para mí misma y sigo cortando.

—¿Portarme bien según qué estándar?

—El mío. Que es muy alto.

Siento a Milena acercarse por detrás. Se inclina sobre mi hombro, observa los cubos que llevo cortados, y toma uno para examinarlo.

—Más chicos. Así no se cocinan parejo.

—Sí, señora.

—No me digas señora. Me hace sentir vieja.

—Tienes sesenta años.

—Exacto. No necesito que me lo recuerdes.

Regresa a la estufa. Vierte un chorro de aceite en la olla y se queda mirando cómo se calienta.

La cocina tiene su propia banda sonora y yo la conozco completa. El chisporroteo del aceite cuando está en el punto exacto. El golpe sordo de mi cuchillo contra la tabla. El sonido metálico cuando ella deja la cuchara contra el borde de la olla. El zumbido bajo del refrigerador que solo se nota cuando todo lo demás se calla.

Y debajo de todo eso: su voz. Tarareando una melodía que aparece cuando está distraída, cuando sus manos saben lo que tienen que hacer y su mente puede irse a otro lado. No lo hacía los primeros días, o tal vez sí, pero yo estaba demasiado ocupada grabando, tomando notas, siendo documentalista. Pero ahora lo escucho todo el tiempo. En la mañana, cuando hace café. En la tarde, cuando riega las plantas. Ahora, mientras cocina.

Es la primera vez que alguien tararea cerca de mí y no tengo ganas de que se calle. Es la primera vez que el ruido de otra persona viviendo se siente como compañía y no como intrusión.

Sigo cortando. Ella sigue revolviendo. El sol sigue cayendo. Y por un momento, un momento breve, un momento peligroso, me olvido de contar cuántos días quedan porque esto se siente como algo que no tiene final programado.

Capítulo 14

NADA ATERRA MÁS QUE UNA MUJER QUE YA NO BUSCA PERDÓN

Despierto sola en mi cama. El lado donde durmió Milena está frío cuando paso la mano. Me incorporo, todavía medio dormida, y la luz entrando por la ventana me dice que ya es tarde pero no sé cuánto. Busco el teléfono en la mesita: 7:47 AM.

Me pongo una camiseta arrugada y salgo. El pasillo está en silencio excepto por el agua de la ducha que corre en su baño.

Bajo a la cocina.

La cafetera está encendida. En la isla hay dos tazas vacías y un desayuno completo: pan, mermelada, mantequilla y una tabla con quesos.

Me siento en uno de los bancos altos y espero.

Diez minutos después Milena baja con una bata de algodón gris y el pelo húmedo peinado hacia atrás. Se ve diferente así, más suave.

—Buenos días —camina hacia la cafetera y sirve en ambas tazas.

—Gracias.

—¿Dormiste bien? —pregunta sentándose frente a mí.

—¿Por qué te fuiste?

—Necesitaba ducharme y estabas profunda.

Tomo un sorbo de café. Está perfecto, como siempre que ella lo hace.

—Podrías haberme despertado.

—Podrías haber venido a buscarme —dice, untando mantequilla en su pan.

—No sabía si podía entrar a tu cuarto.

Milena levanta la vista y me sostiene la mirada.

—Nunca he cerrado mi puerta con llave, Janette.

No sé qué responder a eso.

Ella toma un pedazo de queso y lo pone sobre mi pan sin preguntar. Gouda con mermelada de fresa, como lo ha hecho los últimos días. Me pareció raro la primera vez. Ahora ya no.

—Come —dice—. Te pones insoportable cuando tienes hambre.

—No me pongo insoportable.

—Te pones posesiva. Es peor.

Sonrío a pesar de mí misma. Muerdo el pan y debo cerrar los ojos para saborearlo. Cuando los abro, Milena estira la mano y limpia una miga de la comisura de mi labio con el pulgar. El gesto es tan natural que casi no lo noto. Casi.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunta.

—Depende.

—¿De qué?

—De si mi sujeto quiere cooperar.

—¿Tu sujeto? —levanta una ceja.

—Sí. Una mujer muy difícil. No quiere hablar de ciertos temas. Se pone evasiva. Me hace perder el tiempo.

—Suena terrible —sus dedos juguetean con los míos sobre la isla.

—Lo es. Muy frustrante. Sobre todo, porque tiene información importante y se niega a compartirla.

—¿Qué tipo de información?

—Dinero. Contactos. Cómo llegó a donde está.

Milena entrelaza nuestros dedos.

—¿Y por qué crees que no quiere hablar de eso?

—Porque es una controladora. Le gusta tener poder sobre la situación. Y sobre mí.

—Qué terrible sujeto —aprieta mi mano—. ¿Y qué va a hacer la documentalista al respecto?

—No lo sé. Estoy considerando mis opciones.

—¿Cómo cuáles?

—Sobornarla. Chantajearla. Seducirla hasta que baje la guardia.

Milena sonríe y se levanta sin soltar mi mano, jalándome hacia ella hasta que estoy de pie también y entonces me abraza por la cintura.

—¿La seducción funciona con ella?

—A veces. Pero es lista. Sabe lo que estoy haciendo.

—Y aun así sigues intentándolo.

—Necesito esa información. Y una parte de mí disfruta el proceso.

Me besa despacio y «despacio» no es la palabra correcta porque implica que podría ser rápido, cuando en realidad es como si el beso tuviera su propio tiempo, ajeno al reloj. Sabe a café, a la mañana, a este desayuno que armó para las dos. Y cuando se separa, aunque «separarse» tampoco es exacto porque su frente sigue contra la mía, seguimos compartiendo el mismo espacio pequeño de aire.

—Tal vez tu sujeto no es tan difícil. Tal vez solo estás haciendo las preguntas equivocadas.

—¿Cuáles serían las correctas?

—Pregúntame cosas que quieras saber. No cosas que crees que debería decir.

—¿Cuál es la diferencia?

—Tú me preguntas lo que crees que necesitas para tu documental. Yo te estoy diciendo que me preguntes lo que realmente quieres saber. No es lo mismo. Puedo darte nombres, cifras, fechas. O puedo darte contexto. Pero tienes que saber qué estás buscando —me suelta, pero mis dedos se cierran alrededor de su muñeca y la jalo de vuelta hacia mí.

—Ayúdame entonces.

—¿Ayudarte?

—Sí —mis manos se deslizan por su cintura y encuentran piel tibia bajo la bata—. Dame algo. Lo que sea. Un nombre. Una pista. Algo que pueda usar.

—¿Piensas que sexo por información funciona conmigo, documentalista?

—Esto es una negociación —beso su cuello, justo debajo de la oreja—. Todo es transaccional. ¿Qué quieres a cambio de un nombre?

Milena ríe bajo.

—Supones que hay algo que necesito de ti.

—Si no necesitaras nada, no estarías dejando que te toque así —beso el otro lado de su cuello—. Y no me tendrías aquí, en tu cocina, usando tu camisa, comiendo tu pan. No haces nada sin razón, comandante Kovač.

Me sostiene la cara y me obliga a mirarla.

—Eres buena. Muy buena.

—Dame un nombre.

—Tendré que declinar la oferta, por tentadora que sea.

—Entonces tendré que seguir insistiendo —la beso, largo, profundo—. Todos los días. A todas horas. Hasta que cedas.

Milena sonríe contra mis labios.

—Eso no suena como castigo.

—No lo es —la abrazo más fuerte—. Es una promesa.

Nos quedamos así un momento. Abrazadas en medio de la cocina, el café enfriándose en la isla, el desayuno a medio terminar y el sol entrando por las ventanas en ángulos largos.

Milena suspira cerca de mi cuello.

—Ya sabes por qué no puedo darte esa información.

—No, no lo sé.

—Sí lo sabes. Eres lista, Janette —sus manos acarician mi espalda despacio—. Lo que pasó hace treinta años ya es historia vieja. Pero el dinero… las personas que me ayudaron… eso es presente. Y el presente es peligroso.

—¿Para ti?

—Para ellos. Y cuando las personas con poder se sienten en peligro, buscan soluciones —me besa la sien—. Y yo dejo de ser invisible.

—Entonces no me des nombres. Dame la mecánica. Cómo funciona. Eso no te pone en peligro.

—¿Crees que explicarte cómo funciona es menos peligroso? Es peor. Los nombres se olvidan. La estructura no —me aprieta contra ella un poco más fuerte.

—¿Te preocupas por mí?

—Me preocupo por tu ingenuidad —pero lo dice con ternura—. Crees que puedes exponer esto y salir ilesa. Crees que solo es una historia.

—He hecho historias peligrosas antes. Sé cuidarme.

—No has hecho historias sobre gente que puede comprar gobiernos, Janette.

Me separo un poco para mirarla.

—Entonces es hora de empezar.

Los ojos de Milena permanecen fijos en los míos. Después sonríe.

—Eres imposible.

—Y tú eres evasiva. Estamos empatadas.

—Está bien. Soy evasiva. Y tú eres testaruda. ¿Y ahora qué?

—Bésame.

Y entonces me besa como si besarse fuera una forma de discutir, como si con la boca pudiera decirme todo lo que no va a confesarme con palabras, y yo la dejo porque tal vez los besos son la única entrevista real que vamos a tener, la única donde ninguna de las dos puede mentir.

—No voy a darte lo que quieres solo porque me besas bien.

—¿Solo bien?

—Muy bien. Excepcionalmente bien —sonríe—. Pero no lo suficiente como para comprometer mi supervivencia.

—Dramática.

—Realista —vuelve a su café—. Come antes de que se enfríe todo y después hablamos de tu agenda del día.

* * *

A las nueve en punto, Milena entra y ya no es la mujer de la bata gris. Se vistió con jeans oscuros y una blusa azul de líneas beige, se secó el pelo y lo peinó hacia atrás. El cambio es sutil pero efectivo: parece más formal, más controlada, más distante.

Va directo a su lugar en el sofá, se acomoda y cruza las piernas.

—Lista cuando tú lo estés.

Me acerco para ajustarle el micrófono y algo en ella se siente diferente, distante de una manera que no puedo definir, pero ahora mismo tengo que trabajar y concentrarme en eso. Ya hablaremos después.

Vuelvo a mi silla, reviso los niveles de sonido, compruebo el encuadre una vez más. Todo en orden.

—¿Crees en el infierno?

Se ríe, pero es una risa corta, seca.

—¿En serio? ¿Esa es tu pregunta?

—Sí.

—No. Siguiente pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque el infierno requiere de dos cosas que no existen: un juez y consecuencias inevitables. Implica que alguien está observando, tomando notas, preparando castigos. Y yo llevo treinta años esperando esas consecuencias inevitables —abre las manos, como mostrando las palmas vacías—. No llegaron. Nadie está observando. Nadie está llevando un registro. Los únicos que mantienen la cuenta son los vivos, los que recuerdan —se proyecta hacia delante—. Y la memoria es selectiva, Janette. Se cansa. Se distrae. Eventualmente, perdona o simplemente olvida —se recuesta otra vez—. El infierno es una fantasía de justicia para gente que no puede conseguirla en la realidad.

—Tribunales, condenas, cárceles. Eso existe. ¿Por qué no te alcanzó?

—Porque soy buena en lo que hago. Y lo que hago, entre otras cosas, es no estar en La Haya —sonríe—. ¿Es suficiente respuesta o necesitas detalles que ninguna de las dos podemos permitirnos que queden grabados?

—¿Alguna vez pensaste en entregarte?

Me mira con algo parecido a la ternura. O a la lástima. Es difícil distinguir.

—No.

—¿Por qué no?

—La prisión no sirve para nada de lo que dice servir —cruza las piernas—. No rehabilita. No redime. No previene.

—¿Entonces para qué existe?

—Para hacerte sentir mejor. Para venderte la fantasía de que alguien está pagando, de que hay consecuencias, de que el mundo tiene algún tipo de orden moral. Es terapia colectiva empaquetada como justicia.

—Hay gente que cambia en prisión.

—Hay gente que cambia en cualquier lado. En sus casas. Después de una pérdida. Leyendo un libro —se encoge de hombros—. La prisión no hace nada especial para cambiar a la gente, solo la encierra y espera. Es almacenamiento humano. Un lugar donde

pones a alguien para que la sociedad no tenga que mirarlo, no tenga que pensar en él, no tenga que decidir lo que en realidad significa la justicia. Lo guardas ahí hasta que pase suficiente tiempo y todos olviden qué tan enojados estaban —hace una pausa, mira hacia algún punto indefinido—. Entonces lo sueltas y pretendes que el problema se resolvió.

—¿Y si el crimen es demasiado grande para olvidar? ¿Si pasan treinta años y la gente sigue tan enojada como el primer día?

—Entonces lo ritualizan. Hacen museos, monumentos, días de remembranza. Convierten la rabia en ceremonia —entrelaza los dedos sobre su regazo—. Y la ceremonia es segura, es contenible. Puedes estar enojado en un museo, llorar frente a un memorial, hacer un documental. Pero todo eso es performance de memoria, no justicia real. La sociedad necesita sentir que está haciendo algo sin tener que hacer realmente algo. Porque hacer algo de verdad requeriría perseguir a miles de personas durante décadas. Y eso es caro, complicado, políticamente incómodo. Es más fácil juzgar a diez y pretender que esos diez representan a los mil.

Algo se aprieta en mi estómago cuando menciona hacer documentales. No es enojo. Es reconocimiento. Vine aquí pensando que estaba haciendo periodismo, justicia de alguna forma, y ella acaba de meterme en la misma categoría que los museos y los monumentos. *Performance de memoria.* Me quedo callada porque no sé cómo defenderme sin probar su punto.

—Suena a que estás justificando por qué no deberías estar en prisión —dejo la libreta a un lado.

—No necesito justificar nada. No estoy en prisión. Eso es un hecho, no un argumento.

—Pero si el sistema funcionara como debería...

—El sistema funciona como debe. Solo que no de la manera que te enseñaron en la escuela.

—Explícamelo entonces.

—Dime, Janette, ¿a quién ayuda que yo esté encerrada? ¿A las familias? No les devuelve a sus muertos. ¿A la sociedad? Ya no represento ningún peligro. Soy una mujer de sesenta años que vive sola y traduce contratos. ¿A mí? No voy a salir de una celda

arrepentida. El arrepentimiento no funciona así. Entonces, ¿para qué? ¿Para quién?

—Porque hay deudas que tienen que pagarse. No porque arreglen algo o ayuden a alguien. Sino porque existir sin consecuencias después de lo que hiciste es obsceno.

—Pagar —deja la palabra flotar un momento—. Pagar es otro concepto vacío. Como el infierno. Le das cuarenta años de tu vida al sistema y ¿qué? ¿Estamos a mano? ¿Los muertos resucitan?

—No, pero…

—Pero nada. La prisión no es justicia. Es venganza civilizada. Le pones toga a un juez, escribes la sentencia en papel membretado, y de repente la venganza se convierte en «debido proceso». Y ni siquiera funciona bien porque solo atrapa a cierto tipo de gente.

—¿Qué tipo?

—La que no puede comprar su salida. La clase media con crímenes estúpidos y abogados baratos. Los pobres con defensores públicos que no llegan a conocer sus nombres. Esos llenan las prisiones. Los ricos van a clubes con rejas decorativas donde pueden seguir haciendo llamadas, negociando, manejando sus portafolios. Son hoteles con horarios estrictos.

—Estás describiendo desigualdad, no invalidando la justicia.

—La desigualdad no es un accidente del sistema, Janette. Es el diseño. Cuando solo cierto tipo de gente termina en prisión mientras otros con crímenes peores caminan libres, eso no es justicia funcionando mal. Es justicia funcionando para lo que fue diseñada. Para castigar a los prescindibles y proteger a los necesarios.

—Pero La Haya existe para evitar eso. Para juzgar a los poderosos que cometen crímenes de guerra.

—El Tribunal de La Haya es teatro político. Atrapan a los que ya no tienen protección. A los que perdieron aliados. A los que el sistema puede sacrificar sin que duela. Karadžić cayó porque Serbia necesitaba entrar a la Unión Europea. Mladić cayó por lo mismo. Yo todavía tengo cartas. Y hay gente que prefiere que no las juegue desde un tribunal.

—Entonces tu libertad es una negociación activa. No eres invisible. Eres demasiado peligrosa para tocar.

—Peligrosa es una palabra dramática. Prefiero «inconveniente». Soy lo bastante inconveniente como para no valer el riesgo.

Esta mañana me dijo que el dinero y las personas que la ayudaron son presente, no historia. Peligrosas de nombrar. Ahora está describiendo exactamente cómo funciona ese presente: un mercado donde la justicia se negocia, donde cierta gente tiene «cartas» para jugar, donde ser «inconveniente» es protección. Me está dando el mapa sin marcar su ubicación en él. Me está enseñando las reglas del juego que la mantiene libre sin admitir que está jugando. Y me pregunto si esto es lo más cerca que voy a estar de la verdad: entender el sistema, pero no poder nombrar a los jugadores.

—Si la justicia se detiene cada vez que alguien es demasiado inconveniente, ¿para qué existe? ¿Solo para los casos fáciles?

—Mira las prisiones en tu país. ¿Quién está ahí? ¿Los exfuncionarios que ordenaron la represión del 68 o permitieron la desaparición de Ayotzinapa? ¿Los políticos que amasaron fortunas con «La Estafa Maestra» o desviaron recursos durante la crisis del Fobaproa? No —Milena se pasa la mano por la barbilla, pensativa—. Están los que vendían droga en las esquinas. Los que robaron porque no tenían otra forma de comer.

—No es lo mismo.

—Claro que no. Es peor. Porque al menos yo maté en contexto de guerra. Ellos destruyeron vidas en contexto de paz y nunca van a ver el interior de una celda.

—Estás desviando.

—No es desviación, es escala. Si quieres entender por qué yo no estoy en prisión, primero tienes que entender para quién fue diseñado el sistema de prisiones. Y no fue para gente como yo.

—Estás diciendo que un sistema diseñado para castigar crímenes... no fue diseñado para criminales de guerra. Eso no tiene sentido.

—Las prisiones son negocios. Privadas en muchos casos. Necesitan cupos llenos. Entonces criminalizan conductas menores, alargan sentencias, niegan libertades condicionales. No porque la gente sea peligrosa. Porque necesitan mantener la cuota.

—Eso no pasa en todos lados.

—No. En algunos lugares son peores. En otros al menos son honestos: son depósitos humanos, nada más —Milena se recarga contra el respaldo—. Pero volvamos a lo importante. Supongamos que me atrapan mañana. Yo maté. Soy una criminal de guerra. Me dan cadena perpetua. Muero en una celda. ¿Y después qué? ¿El mundo es mejor? ¿Las víctimas descansan en paz? ¿O solo un grupo de personas se siente un poco menos impotente porque alguien finalmente pagó algo?

—Tal vez no. Tal vez la prisión no mejora nada. Pero tu impunidad empeora todo. Les dice a las víctimas que no importaron lo suficiente. Que su dolor no valió ni siquiera el esfuerzo de atraparte.

—¿Quieres que finja que me importa su dolor? No me importa. Nunca me importó. Y el mundo tampoco actúa como si le importara. La diferencia es que yo soy honesta al respecto.

Apago la cámara y nos quedamos en silencio.

Vine aquí sabiendo que era una asesina. Lo sabía. Leí los testimonios, vi las fotografías, estudié los reportes. Pero conocer el hecho y escucharla decir «no me importa, nunca me importó» con esa calma absoluta, son cosas muy diferentes.

Debería estar furiosa. Debería gritarle. Debería... algo.

—¿De verdad crees todo eso? —pregunto.

—¿Tú no?

Hace tres horas habría dicho que no, por supuesto que no. Que la justicia existe, que importa, que tiene sentido. Ahora no sé si alguna vez lo creí de verdad o si solo era más cómodo fingir que sí.

—No lo sé.

—Entonces todavía eres ingenua —lo dice como si observara algo neutral, sin crueldad—. El tiempo te enseñará.

Capítulo 15

AL ALMA NO LE IMPORTA LA CARNE; LA HABITA Y PUNTO

La miel, espesa y fría, se derrama sobre mi pubis. Milena la arrastra con los dedos, abriéndose paso entre el vello húmedo.

—Ya estás goteando, ¿verdad?

Coloca una fresa sobre mi pecho, después otra. Son tan ligeras que casi no las siento, pero el cuerpo se acomoda a su peso, respirando más lento.

—Hueles bien. Hueles a fruta y a puta impaciente —se para a mi lado—. Voy a saborear cada gota.

Me mira desde arriba con esa expresión que ahora reconozco: hambre y control en partes iguales.

—No te muevas.

Su boca sigue el camino de la miel sobre mi muslo. Cada roce produce un sonido húmedo y pegajoso. Cuando una fresa rueda hacia un costado, ella la persigue, succionando mi piel para recogerla.

—¿Quieres un bocado? —pregunta, sosteniendo la fruta entre los dientes.

* * *

—En la guerra todos hacen cosas terribles. Todos —exhala el humo hacia el techo—. La diferencia es a quién eligen canonizar después —golpetea el cigarrillo contra el borde del cenicero—. Los estadounidenses lanzaron dos bombas nucleares sobre civiles. Hiroshima. Nagasaki. Doscientas mil personas. ¿Están en La Haya? —niega con la cabeza—. No. Están en los libros de historia como los que terminaron la guerra. Héroes.

—No es lo mismo.

—Claro que es lo mismo. Solo que ellos ganaron —apaga el cigarro—. Entonces eligen qué crímenes importan y cuáles son «necesarios». La justicia no persigue el peor crimen. Persigue al perdedor más conveniente.

* * *

—No sé bailar esto.

—Por eso te voy a enseñar.

Me pongo de pie. Ella coloca mi mano sobre su hombro con la misma naturalidad con que desliza la suya hasta mi cintura, y luego entrelaza nuestros dedos como si lleváramos años haciéndolo.

—Es simple. Tres a la derecha, dos a la izquierda. No pienses. Sígueme.

Empezamos. Yo tropiezo, ella compensa. Marca el ritmo con su cuerpo contra el mío, guiándome sin palabras. Uno, dos, tres. Me gira. Uno, dos.

—Relájate. Yo te tengo —dice cerca de mi oído.

Cierro los ojos. Dejo que mi cuerpo siga al suyo. La música deja de ser solo sonido. Se convierte en el espacio entre nosotras. En el roce de su mano sobre mi espalda. En el peso de su cadera contra la mía cuando gira.

La canción termina, pero ella no afloja los brazos. Sigue tarareando, más y más bajo, hasta que la melodía es solo aliento.

Bailamos sin música. Solo su voz guiándonos. Solo esto.

El mundo se encoge. Ya no existe nada más allá de este cuarto, de estos pasos, de nuestros cuerpos moviéndose juntos sin que nadie les diga cómo.

No sé cuánto tiempo pasa. Podría ser un minuto. Podría ser una hora.

Cuando dejamos de movernos, no nos separamos. Su frente busca la mía y nos quedamos respirando juntas, sintiendo el aire circulando entre nuestras bocas como si también bailara.

—¿Por qué…? —trago saliva—. ¿Por qué esto?

—Porque quería que supieras cómo se baila donde yo nací. Antes de que todo se destruyera.

No añade nada. Tampoco es necesario.

Entiendo que esto es lo más cerca que estaré de su casa, de ese lugar que ya no existe más que en el movimiento de sus pies sobre la madera, en la melodía que tararea sin saber que la está tarareando. Una mujer que murió hace treinta años me enseña a bailar usando las manos de esta otra, la que quedó después.

Y yo aquí. Sosteniéndola. Dejándome sostener.

Como si bailar juntas fuera su forma de decir «quédate» y la mía de decir «sí».

* * *

—Las víctimas tienen un tipo de poder del que yo estoy excluida para siempre —Milena observa el mar a través del cristal—. Hablan y la gente escucha. Exigen y la gente cede. Su dolor les da autoridad.

—No es poder. Es lo mínimo que se les debe. Tú confundes deuda con privilegio.

—Quizá —se voltea despacio— Pero entonces explícame por qué parece que algunas víctimas importan más que otras. Srebrenica tiene monumentos, museos, días conmemorativos. Ruanda es nota al pie. Congo ni eso. ¿Yemen? ¿Quién puede ubicarlo en un mapa?

—Porque Srebrenica pasó en Europa. Porque amenazaba la estabilidad de Occidente. No digo que sea justo, pero…

—¡Exacto! Murieron en el lugar correcto. En el momento correcto. Con las cámaras correctas apuntando —se sienta—. El sufrimiento necesita buena publicidad para importar. Sin eso, eres solo un número en un informe que nadie va a leer.

* * *

—Mírate, Janette. Mira lo que te permites ser cuando estás conmigo —su aliento roza mi oreja.

Desliza la mano hasta mi sexo. El frío inicial de sus dedos me estremece, y jadeo cuando acierta en la punta sensible y comienza un masaje lento.

—Dilo en voz alta. Descríbeme lo que ves, ahora.

Me veo en el espejo y no me reconozco del todo. O me reconozco demasiado. La mujer que me mira tiene los labios entreabiertos, las mejillas enrojecidas, una expresión que nunca había visto en mí.

—Soy… —mi voz se quiebra al salir—. Soy una puta adicta a tu toque, Milena. Estoy completamente mojada para ti.

Ella sonríe contra mi nuca, y el ritmo de sus embestidas se vuelve violento.

—Más fuerte. ¿Qué más ves, puta?

—Soy tuya. Lo que tú digas —mi respiración se rompe en jadeos —. Por favor, Milena. No te detengas. Quiero que me rompas.

* * *

—El perdón no cambia nada. Solo hace sentir mejor al que lo da — suena como si estuviera leyendo una receta—. Los muertos siguen muertos. El daño está hecho. Pero el que perdona duerme mejor creyéndose buena persona.

Milena contempla el mar desde la terraza, de espaldas a la cámara que insistió en colocar aquí. El viento mediterráneo le revuelve el cabello gris, sin que ella parezca notarlo.

—Hay víctimas que dicen que perdonar las liberó.

—Si alguien necesita perdonarme para sanar, adelante —se voltea hacia mí—. Pero que no confunda eso con que yo merezca el perdón. O con que cambie algo de lo que hice.

—¿Entonces nunca pedirías perdón?

—¿Para qué? ¿Para dormir mejor? Eso es obligar al otro a lidiar con tu culpa. «Dime que estoy perdonada para que pueda seguir adelante». Es egoísmo con mejor publicidad.

—¿Y si la víctima quiere escucharlo? ¿Sí necesita que reconozcas lo que hiciste?

—Reconozco lo que hice. Lo he dicho mil veces. Pero que no esperen que me convierta en parte de su proceso de sanación. Ese no es mi rol.

* * *

Cuando empieza a leer en serbio su voz cambia por completo, se ablanda, se vuelve musical, y las palabras se deslizan de su boca como si el idioma mismo las empujara.

No entiendo nada, pero no importa. Es el ritmo lo que me atrapa, la cadencia, y también sus dedos moviéndose por mi pelo con una lentitud que me va adormeciendo poco a poco.

—¿Qué dice? —pregunto cuando hace una pausa.

—Es Vasko Popa. Sobre regresar a un lugar y no reconocer a nadie. O que nadie te reconozca a ti —traduce algunos versos—. Le toco la mejilla y le suplico con la mirada que me diga si yo también estoy vivo.

—Léelo otra vez. En serbio.

Lo hace. Cierro los ojos. Su voz se mezcla con el peso de su mano en mi pelo. Con la calidez de su cuerpo.

En algún momento, sin notarlo, me quedo dormida.

Despierto horas después. Nada ha cambiado. El libro descansa cerrado sobre su pecho; ella duerme también, y su mano sigue enredada en mi pelo.

No me muevo. Solo me quedo así. Escuchando su respiración. Sintiendo su pulso.

Como si la quietud fuera un pacto con el tiempo. Como si mientras no me mueva, mientras guarde silencio, esto pudiera quedarse conmigo un poco más.

* * *

—El entrenamiento militar no te enseña a matar personas. Te enseña a neutralizar objetivos. A eliminar amenazas. Las palabras cambian y de repente ya no estás matando a nadie.

—¿Y funciona?

—Por supuesto que funciona. Si piensas en ellos como personas, no puedes apretar el gatillo. Entonces los conviertes en otra cosa. Enemigos. Terroristas. Invasores. Lo que sea menos humano.

—¿Eso hiciste?

—Todos lo hacemos. En la guerra y fuera de ella. Deshumanizas al otro para poder hacer lo que tienes que hacer. «Cucarachas» en

Ruanda. «Ratas» en los Balcanes. «Animales» en cualquier conflicto que revises. —Pausa—. El lenguaje mata primero. Prepara el terreno para que las balas hagan el resto.

—¿Y después? ¿Cuándo termina?

—Después tienes que decidir si vuelves a verlos como humanos o si sigues con la historia que te contaste.

* * *

Mi lengua se concentra en el clítoris, buscando el compás que Milena exige. No es lamer, no; es un asedio lento, una intrusión controlada en su única zona franca.

Pero ella no mueve ni un músculo. El silencio es absoluto, roto solo por el persistente chasquido de mi lengua y el leve crujido de las páginas al pasar.

Su respiración no cambia, sus ojos se mueven por el texto con esa concentración calculada que me está volviendo loca.

Me siento patética. Doblo la velocidad, succiono con fuerza. Pellizco los labios mayores con mis dientes, añadiendo una punzada de dolor para forzar una reacción. Nada.

Levanta la mano y por un segundo pienso que va a tocarme, pero solo alcanza su taza de café.

—¿Necesitas ayuda, Janette? —pregunta sin mirarme, con ese tono de paciencia fingida que usa cuando se aburre.

Esa indiferencia es un puto látigo. Acepto la tarea y me dedico a lamer y sorber, trabajando desesperadamente por la más mínima contracción en sus muslos, por la prueba de que lo que hago vale la pena para ella.

* * *

Milena se acomoda contra el respaldo del sofá, más relajada que de costumbre, casi descuidada.

—La verdad que no transforma nada es masturbación. Te hace sentir bien, pero no sirve.

Levanto la vista del monitor.

—Estoy grabando.

—Lo sé.

Traduzco de su tono: No le importa.

Miro el cronómetro avanzando y luego a Milena. De acuerdo.

—Explica eso.

—Hay mentiras más efectivas que cualquier verdad. Movilizan masas. Fundan imperios. Justifican genocidios.

Miro hacia la ventana un momento antes de volver a encararla.

—Dame un ejemplo.

—Armas de destrucción masiva en Irak. Nunca las encontraron porque nunca existieron. Pero para cuando salió la verdad, la invasión ya estaba hecha. Los muertos, muertos. Los contratos, firmados. ¿Sirvió de algo saber la verdad?

—La verdad importa a la larga. Para la historia, para las generaciones que vienen.

—¿Para la historia? ¿Para generaciones que ni siquiera saben dónde está Srebrenica en un mapa? Qué consuelo más inútil.

—Yo sé dónde está. Y después de ver esto, otros también lo sabrán.

—Harás un documental. Ganará premios, tal vez. La gente lo verá, se sentirá mal durante noventa minutos, y después seguirá con su vida. ¿Eso es denuncia o masturbación moral?

* * *

Milena va colocando ingredientes sobre la isla. Harina que parece nieve. Huevos. Un bloque de queso fresco.

—Mi abuela preparaba esto cada domingo. Decía que las manos nerviosas arruinan la masa. Que solo funciona si estás en paz.

Hace un pozo en el centro de la harina y casca los huevos dentro. Empieza a mezclar con las yemas de los dedos, incorporando la harina desde los bordes en círculos lentos.

—Prueba —me da un pedazo de masa.

Intento estirarla, pero se rompe entre mis dedos.

—Otra vez.

Se vuelve a romper.

Milena se acerca por detrás. Sus manos envuelven las mías, guiándolas sin palabras. Presiona aquí, estira allá, y de repente ya no sé si son sus dedos o los míos los que trabajan la masa.

—Así —susurra cerca de mi oído.

Trabajamos el relleno juntas. Ella bate mientras yo sostengo el bol; después intercambiamos sin hablar, con una sincronía que no planeamos.

Cuando intento cerrar la primera capa, aprieto demasiado y el queso sale disparado. Termino con las manos cubiertas de masa pegajosa, intentando salvar el desastre. Milena me observa, divertida, y cuando nuestras miradas se cruzan, la risa brota inevitable. Suave, compartida, real.

—Definitivamente, no estás en paz.

Se acerca y me limpia la mejilla con el pulgar. El gesto se congela. Me mira como si quisiera guardar este momento en algún lugar donde no pueda perderse.

—¿Qué? —pregunto.

—No lo sé —y por primera vez parece no tener la respuesta lista.

Metemos el pastel al horno y nos sentamos en el piso de la cocina, agotadas, contentas. Mi cabeza cae sobre su hombro. Ella entrelaza sus dedos con los míos.

Huele a pan recién horneado, a queso caliente. A la posibilidad de que esto, nosotras, esta cocina, este momento, sea lo más cerca que estaremos de tener un lugar donde pertenecer.

* * *

—Documentar atrocidades no las previene.

Ajusto el micrófono. No hace falta, pero lo hago igual.

—Tal vez no las previene. Pero crea registro. Responsabiliza. Algo tiene que valer eso.

—Srebrenica está documentada. Fotografías. Videos. Testimonios. Miles de páginas. Y después pasó Rwanda. Después Darfur. Después Siria.

—Pero al menos sabemos que pasó. No pueden negarlo tan fácil.

—Cada generación documenta sus atrocidades y dice «ahora sí aprendimos». Y la siguiente hace lo mismo con mejor tecnología —se recarga—. Más cámaras, más testimonios, mismo resultado. La documentación te hace creer que estás avanzando cuando solo estás repitiendo el mismo ciclo con mejor producción.

—Pero sin archivo, ni siquiera tenemos eso. Al menos queda evidencia de que pasó, de que alguien lo vio.

—¿Alguien lo vio? Yo lo viví. Tú lo estás grabando. Las víctimas lo sufrieron. ¿Quién más necesita verlo para que importe? La memoria es selectiva, Janette. Documentamos lo que nos conviene recordar. Olvidamos lo que nos incomoda. Y mientras tanto, alguien en otro lado está cometiendo las mismas atrocidades que juramos nunca repetir.

Apago la cámara un momento.

—¿Crees que este documental es inútil?

—Creo que hacemos lo que sabemos hacer con lo que tenemos. Tú tienes cámaras, entonces documentas. Yo tenía armas, entonces disparé. Y ambas nos convencimos de que había un propósito mayor.

Vuelvo a encender la cámara.

—Tal vez no detenga la próxima atrocidad. Pero al menos no voy a ser cómplice del silencio de esta.

* * *

La punta del tacón encuentra mi esternón y presiona. No es suficiente para lastimar, pero sí para marcar territorio, para recordarme que estoy justo donde ella quiere que esté.

—Mírate —levanta el teléfono, enfocándome—. Así, pareces mi obra y mi desastre —murmura—. Todo lo que toco termina teniendo esa cara: la de algo que me pertenece.

Siento la aspereza de la alfombra contra mi espalda. La respiración me tiembla desde que ordenó que me desnudara. Sé lo que viene, y sé, con una certeza aterradora, que lo voy a gozar. ¿Cómo no hacerlo? Es la comandante Kovač de pie, en tacones y seda negra.

—Dime tu nombre completo.

Gira la punta del tacón lo suficiente para recordarme cada milímetro de presión.

—Janette Solís —logro susurrar.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque… necesito esto…

—¿Qué necesitas? —su tacón presiona más fuerte.

—A ti —jadeo—. Te necesito, Milena.

—Si me necesitas, dime cómo —la presión en mi pecho crece, hasta que empieza a doler—. ¿Qué quieres que haga contigo?

—Dame órdenes, Milena. Quiero que me digas exactamente cómo gemir —me lamo los labios—. Dime cómo te gusta que me ponga —mi voz se rompe justo en el final de mi ruego—. Dime dónde quieres que me corra.

Sonríe, pero sus ojos son fríos.

—Empieza por mojar esa alfombra, cariño —su mirada recorre mi entrepierna—. Quiero grabar tu cara cuando te corras sin que te toque el coño. Muéstrame cuánto me necesitas. Muévete.

* * *

—No existen testigos inocentes. Solo cómplices que eligieron no ensuciarse las manos.

—No. Hay niveles. Testigo, cómplice, perpetrador. No son lo mismo.

—Presenciar violencia y no actuar es participar en ella. El testigo silencioso valida al perpetrador. Le dice: «Puedes seguir, yo no voy a detenerte». Eso no es neutralidad. Es complicidad.

Me muevo en el asiento.

—Espero que no estés hablando de civiles sin poder contra ejércitos. No es lo mismo que...

—Sí, esos civiles que consumen atrocidades como entretenimiento —enciende un cigarrillo—. Los que se sentarán a ver un documental sobre el genocidio comiendo palomitas —exhala el humo despacio—. Los que se mostrarán indignados en redes sociales y al día siguiente ya estarán preocupados por otra cosa —sacude la ceniza—. Ese civil valida un sistema completo donde el sufrimiento es espectáculo,

donde la tragedia es contenido, donde puedes sentirte moralmente superior por estar informado sin tener que hacer nada —su voz se endurece—. Eso también es complicidad. Es participación pasiva en la normalización del horror.

—Estás describiendo a mi audiencia —aprieto el bolígrafo—. La gente que va a ver esto.

—Por eso accedí a esta entrevista. Porque entiendo mi rol en esto. Tú necesitas el monstruo para tu documental, yo soy ese monstruo, y ellos necesitan consumirlo para sentirse moralmente superiores sin mover un dedo.

—Estás usando una lógica donde todos son culpables. Si el civil que mira es cómplice, y el documentalista es cómplice, y el político es cómplice... entonces la palabra pierde significado. Y la única que sale beneficiada de esa lógica eres tú, que diluyes tu responsabilidad en una culpa universal.

—Al contrario. Yo soy la única que no diluye su responsabilidad. La admito. El resto se esconde detrás de excusas.

* * *

—Kafa —dice—. Café.

—Kafa —repito.

—Mal —niega con la cabeza—. La «a» es más abierta. Escucha: káfa.

—Kafa —intento de nuevo.

—Mejor —asiente—. Otra: Voda. Agua.

—Voda.

—Esa sí. Tienes buena pronunciación para las «o».

Me enseña más palabras mientras señala objetos alrededor. Mesa. Silla. Ventana. Cielo. Repito detrás de ella, tropezando con algunas, acertando en otras.

Cuando intento «hvala», gracias, y sale mal, ella se ríe de verdad. Esa risa que casi nunca escucho.

—Otra vez.

—Hvala.

—Peor todavía.

—Entonces enséñame mejor —lo digo como queja, pero estoy sonriendo.

Se acerca y coloca dos dedos sobre mi garganta.

—La «h» sale de acá. Más profundo. Hvala.

—Hvala.

—Casi —me da un beso fugaz—. Otra vez.

—Hvala.

—Mejor —otro beso—. Ahora di: volim te.

—¿Qué significa?

—Dilo primero. Después te digo.

—Volim te.

Me mira diferente. Como si acabara de decir algo irreversible sin saberlo.

—Volim te —susurra ella.

—¿Qué significa?

—Te quiero —aprieta los labios—. Significa te quiero.

* * *

Estamos en el jardín. Milena regando las plantas. Yo sentada en el pasto con un libro abierto en las manos. Y entonces la lluvia empieza, de golpe, en un segundo.

—Mierda —dice.

Corremos hacia la casa, pero ya es inútil; el agua nos cubre en segundos, densa, fría, inevitable.

Cuando llegamos a la cocina, estamos riendo, algo raro en nosotras, esa risa sin control que nos hace parecer otras personas.

Milena trae toallas y empieza a secarme el pelo sin decir nada, con movimientos tan cuidadosos que me hace sentir frágil, algo que podría romperse en sus manos.

—Vas a enfermarte.

—Tú también estás mojada —señalo.

—Yo no me enfermo.

Acabamos en la sala, frente a los ventanales que dan al mar, observando cómo la tormenta borra la línea del horizonte.

Milena me abraza por detrás. Siento su cuerpo frío en mi espalda, el peso suave de su barbilla en mi hombro, su respiración pausada cerca de mi cuello.

No hablamos. Solo miramos cómo el agua golpea el vidrio, cómo los relámpagos iluminan el mar cada tantos segundos.

Su abrazo se aprieta un poco más, como si quisiera memorizar esto: la forma exacta en que encajamos, el peso de mi cuerpo contra el suyo, el sonido de la lluvia envolviéndonos.

Me doy vuelta entre sus brazos. Tiene gotas en las pestañas, el pelo pegado a las mejillas, y en este momento parece más joven, más suave, como si la persona que fue antes de la guerra todavía viviera ahí debajo.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada. Solo te estoy mirando.

—¿Por qué?

—Porque quiero recordarte así.

* * *

Llevo tres horas editando cuando la música empieza. No la pedí. No dije nada sobre el silencio que se estaba volviendo demasiado pesado. Pero Milena lo supo.

Y ahora suena algo instrumental. Lento.

Está leyendo en el sofá del estudio con las piernas recogidas bajo el cuerpo, esa posición imposible que solo ella hace parecer cómoda.

No hablamos. No hace falta.

Hay algo en compartir el espacio así. Sin invadirnos. Sin pedirnos nada. Solo existiendo en paralelo como dos líneas que se saben cerca sin tocarse.

El tiempo se vuelve algo distinto acá. No son horas. Son páginas que pasa y clips que corto. Es el ritmo de su respiración que de alguna forma marca también el mío.

Cuando levanto la vista, ya está mirándome. El contacto dura unos segundos, después ella vuelve a su libro y yo a mi pantalla.

Pero algo cambió. Algo se instaló en el aire entre nosotras y es más íntimo que cualquier conversación.

Guardo el proyecto. Cierro la laptop. Milena cierra su libro en el mismo instante.

—¿Listo? —pregunta.

—Listo.

Bajamos juntas las escaleras. Su mano roza la mía, pero no la toma, solo la deja ahí cerca, como una promesa.

Y entiendo que esto es lo que significa construir algo con alguien. No los grandes gestos. No las palabras perfectas.

Sino esto.

La música que llega sin pedirla. El silencio que no incomoda. La mano que sabe estar cerca sin exigir.

Esto que no tiene nombre pero que reconozco como lo más real que he tenido.

* * *

Estamos en la terraza mucho después de cenar. El vino se acabó hace tiempo, pero ninguna quiere mirar la botella vacía, como si romper este momento requiriera de una razón que no tenemos.

—Hay un monasterio en las montañas —dice Milena—. Ostrog. Lo construyeron en la roca. Como si Dios necesitara vivir en un lugar inaccesible para ser real.

—¿Está lejos?

—Dos horas. Tal vez tres si paramos en el camino.

—¿Quieres ir?

—Podríamos —se recarga contra la barandilla—. Salir temprano. Desayunar en algún pueblo. Llegar cuando todavía no hay turistas.

—¿Qué tal un martes? —finjo pensarlo, como si lo estuviera considerando de verdad.

—Un martes. Los martes siempre son mejores para estas cosas.

Puedo imaginarlo: las dos en su auto, la carretera serpenteando montaña arriba, Milena manejando con una mano mientras la otra descansa en mi pierna.

—¿Y después?

—Después bajamos por la costa. Hay playas que no conoces. Pequeñas. Sin nombre. Solo piedras y agua tan clara que duele

mirarla.

—¿Nadamos?

—Si quieres. O solo nos sentamos. Comemos algo y volvemos cuando se haga de noche.

—Me gustaría eso.

El silencio se instala entre nosotras, solo interrumpido por el sonido constante del mar golpeando las rocas.

—O Kotor. El casco viejo. Las murallas tienen como mil escalones. —se encoge de hombros—. Pero la vista desde arriba...

—¿Vale la pena?

—Cualquier cosa vale la pena si vas con la persona correcta.

Me mira cuando dice eso.

Ambas sabemos que no vamos a ir a ese monasterio. Que esas playas van a quedarse sin visitar. Que los mil escalones los van a subir otras personas.

Pero seguimos hablando como si tuviéramos todo el tiempo. Como si el calendario no existiera. Como si esto pudiera durar.

—¿Cuándo? —pregunto siguiendo el juego.

—La semana que viene. O la siguiente. Cuando termine la lluvia.

—No ha llovido en días.

—Entonces pronto —sonríe apenas—. Pronto vamos.

«Pronto» es una mentira que nos decimos con cariño.

Y ambas la aceptamos porque la alternativa es admitir que esto tiene fecha de vencimiento.

Entonces mejor esto.

Mejor fingir que hay un martes esperándonos. Que hay montañas y playas y escalones que vamos a subir juntas.

Mejor el juego que la verdad.

* * *

La música que Milena eligió llena el espacio entre nosotras, una de esas canciones que suenan a final, aunque el final todavía no haya llegado.

Me acurruco contra ella en el sofá, buscando ese espacio entre su hombro y su pecho donde mi cabeza encaja perfectamente, y su

brazo me rodea como si lleváramos años haciendo esto en lugar de unas cuantas semanas.

—Quédate —dice Milena de repente.

Lo dice bajito, sin mirarme. No como petición. Como constatación de algo que las dos sabemos que no puede pasar.

—Ya estoy aquí —me sale la voz ronca.

—No —su mano acaricia mi brazo—. Quédate de verdad.

Espero que elabore, que lo diga en voz alta, aunque las dos sabemos lo que significa: No subir al avión. Quedarme en esta casa que se volvió mía también. En este país donde no tengo nada excepto a ella. En esta vida que se fue armando sola mientras yo creía que solo estaba trabajando.

—Sabes que no puedo —respondo por fin.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué lo dices?

—Quería que quedara registrado. Entre nosotras. Que al menos una vez lo dijimos en voz alta.

Me incorporo lo suficiente para mirarla. Su expresión es tranquila, pero hay algo en sus ojos que no logra esconder.

—Cada día me despierto y pienso en eso —admito—, pienso que podría quedarme. Podría …

—¿Y por qué no lo haces?

—Mi vida. Mi trabajo. El documental que vine a hacer. Todo lo que dejé esperándome del otro lado.

—¿Y si por una vez dejas que algo espere? Solo un poco más.

«Un poco más» suena a promesa y amenaza al mismo tiempo. Porque sé que, si me quedo un poco más, va a ser imposible irme después.

Milena me atrae de vuelta contra su pecho.

—No espero una respuesta ahora. Solo quiero que sepas que la opción existe. Si alguna vez la quieres.

—No sé si eso me ayuda o me complica todo aún más.

—Lo sé. Por eso tenía que decirlo.

La música sigue y es lenta, interminable, como si supiera que necesitamos que dure un poco más.

Y yo me quedo entre sus brazos sin prometerle nada porque las promesas son palabras y las palabras mienten, pero tampoco le niego nada porque ya es tarde para eso, porque una parte de mí ya tomó la decisión sin consultarme, esa parte que no responde a la lógica ni a los planes ni a los boletos de avión, la parte que va a quedarse aquí cuando me vaya, que va a seguir en esta casa, en este sofá, en el hueco exacto entre su hombro y su pecho donde mi cabeza aprendió a descansar, mucho después de que el resto de mí esté editando el documental en una oficina a miles de kilómetros fingiendo que esto fue solo trabajo.

Capítulo 16

EN EL AMOR, QUIEN MUERDE PRIMERO SOBREVIVE

Enciendo un cigarro en la terraza mientras marco el número de Joaquín. Ya es tarde en Los Ángeles, pero sé que está despierto. Siempre está despierto.

—Janette, por fin. Llevo una semana tratando de…

—El jueves necesito todo el material de La Haya en el servidor. Lucía debe tener categorizado el footage del TPIY: audiencias completas del caso Srebrenica, declaraciones juradas, interrogatorios cruzados —inhalo. El humo sale con el resto de las instrucciones—. Roberto que suba las transcripciones oficiales con marcadores temporales sincronizados al video. Quiero poder navegar por perpetrador, fecha del crimen, y tipo de evidencia presentada. Y que incluyan los archivos de la misión de observación de la ONU de julio del 95.

—Espera, ¿qué? Janette, ni siquiera hemos hablado de…

—También necesito que revises los contratos con los festivales. Quiero confirmación de Sundance antes del viernes —sacudo la ceniza sobre el barandal—. Si no responden, presiónalos. Diles que tenemos el interés de otros dos festivales europeos.

—¿Los tenemos?

—No importa. Solo dilo —doy una calada—. Y mándame un rough cut antes de que termine el día. Quiero ver cómo está funcionando la estructura con lo que ya tienen. Si el arco narrativo no cierra, lo ajustamos ahora.

El humo escapa con cada palabra y hay algo diferente en mí, algo que reconozco pero que hacía tiempo no sentía: esa dureza profesional que me hizo buena en esto, esa capacidad de dar órdenes sin dudar, de mover piezas en un tablero que controlo completamente.

—Janette, para —Joaquín suena cansado—. Llevas días evitándome. Correos de dos líneas, metraje sin notas, cero actualizaciones de producción. ¿Qué carajo está pasando en Montenegro?

—Estoy consiguiendo la entrevista que necesitábamos. Eso debería importarte más que los reportes diarios.

—Lo sé, pero...

—Entonces no me trates como novata —mi tono se endurece—. La tengo confesando cosas que nunca dijo en el tribunal, no repitiendo el testimonio preparado con sus abogados. Tendremos otra sesión esta tarde y necesito revisar el material de ayer y preparar las preguntas correctas, no voy a perder tiempo justificándote mi proceso.

—Mira, tienes razón. Perdón —Joaquín exhala— Sé que sabes lo que haces. Pero Janette... no es cualquier sujeto. Es alguien que participó en un genocidio. ¿Cómo esperas que no me preocupe?

Pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme.

—Cuidado con las atribuciones que te tomas — le advierto sin levantar la voz—. No te contraté como mi guardaespaldas. Tu trabajo es tener ese corte listo, los contactos con Sundance confirmados, y el equipo en Ciudad de México trabajando. ¿Puedes hacerlo o no?

—Sé cuál es mi trabajo. Lo hago bien. Y eso no me ha impedido ser tu amigo.

—Eres mi editor, no mi amigo —el portón principal se abre—. No me hagas perder el tiempo, Joaquín.

—Janette, ¿qué ocurre?

Un Fiat 500 sube por el camino de grava, viejo pero cuidado con devoción. Me acerco al borde de la terraza intentando distinguir quién conduce.

—Dime si puedes hacer lo que te pedí o no. Me quedan tres días aquí y no los voy a desperdiciar haciéndote sentir mejor.

El Fiat para frente a la casa. La puerta del conductor se abre despacio y lo que aparece primero es una pierna morena y tersa que

busca el suelo, seguida por su gemela, ambas desnudas desde las sandalias hasta donde empieza una falda que pretende provocar más que cubrir.

—Janette, yo solo... creo que deberías considerar…

—Hija de puta —gruño al reconocer a Isidora.

Cierra la puerta del auto con un golpe de cadera, ajusta la bolsa de tela en su hombro, y entonces voltea hacia arriba como si supiera exactamente dónde encontrarme.

Nos miramos. Tres segundos que bastan para que me envíe el mensaje completo sin pronunciar palabra: llegué y no me voy a ir fácil.

Después gira hacia la entrada justo cuando Milena sale, y levanta los brazos en ese gesto de familiaridad que me revuelve el estómago.

—¿Janette? ¿Estás ahí?

Cuelgo sin despedirme. Tiro el cigarro al suelo y lo aplasto con el pie, imaginando que es el cuello de la vendedora de telas.

Voy a sacarla de esta casa de la forma más humillante posible.

Bajo las escaleras de dos en dos.

Cuando llego a la entrada, están juntas. Demasiado cerca. La mano de Milena descansa en la cintura de Isidora y siento cómo se me sube la ira.

—Ah, Janette —Milena me habla sin soltarla—. Mira quién nos visita.

Su «viene y va» me recorre con la mirada, como midiendo si valgo la pelea o solo soy un obstáculo temporal.

—La periodista —suena como si estuviera probando vino barato—. Todavía aquí.

—Documentalista —corrijo—. Y sí, todavía trabajando.

—Ah, trabajando —Isidora se pega más contra Milena—. Qué dedicada.

Cruzo los brazos.

—¿Necesitas algo específico? Porque Milena y yo tenemos trabajo pendiente.

—Isidora me trajo verduras del mercado —interviene Milena—. Siempre trae las mejores. Conoce mis gustos.

—Qué considerada —mi tono podría cortar acero—. Pero estamos trabajando en algo importante. Tal vez pueda volver... no sé, ¿la semana que viene?

Una risa sale de Isidora, grave y auténtica, el sonido de alguien que está disfrutando esto más de lo que debería.

—¿La semana que viene? —inclina la cabeza—. ¿Vas a seguir aquí la semana que viene, periodista?

—Documentalista. Y eso no es asunto tuyo.

—Todo lo que pasa en esta casa me incumbe. Llevo seis años viniendo.

—Impresionante. Deberían darte una medalla por persistencia.

Algo cruje invisible entre las tres.

Isidora mira a Milena. Levanta una ceja.

—¿Así tratas a tus invitados ahora? —Isidora se dirige a ella con la ceja levantada.

Milena no responde. Solo me mira con algo que no logro descifrar del todo. Diversión, tal vez. O fascinación por ver hasta dónde puedo llegar.

La vendedora de telas camina hacia mí. Ya no hay distancia de cortesía.

—Cuando subas a ese avión, yo voy a seguir aquí. En esta casa. En su cama. Donde he estado desde antes de que supieras que existía.

—Qué romántico. Una relación construida sobre disponibilidad geográfica. Debe llenarte de orgullo.

Milena se planta entre nosotras y me sostiene la mirada.

—Isidora, dame un momento.

—Milena, no necesitas…

—Un momento —repite sin levantar la voz. El tono basta.

Isidora resopla, se acomoda la bolsa en el hombro y entra a la casa.

—Estás celosa —afirma cuando nos quedamos solas.

—Para nada.

—Sí lo estás —se me planta a centímetros—. Te ves preciosa cuando quieres matar a alguien.

—No me provoques, Milena.

—¿O qué? ¿Vas a decirme con quién puedo hablar en mi propia casa?

—Habla con quien te dé la gana. Solo quiero trabajar.

—Mentira. Quieres que se vaya. Quieres ser la única a la que le muestro el puto monstruo —baja la voz—. Quieres ser la única que me hace perder el control.

—Qué arrogante eres —me cruzo de brazos.

—Y tú te pareces cada día más a mí —sonríe despacio—. Me gusta esta versión. Afilada. Posesiva. Nada que ver con la documentalista educada que tocó mi puerta hace tres semanas.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Te brillaban los ojos cuando le hablaste. Como si quisieras cortarla en pedazos.

—Estás imaginando cosas.

—No. Estoy viendo en qué te estoy convirtiendo —se acerca hasta que su boca roza mi oído—. Y me fascina.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué quieres, Milena?

—Que entres. Que seas educada con Isidora el tiempo que dure su visita. Y después... después vemos qué hacer con esto en lo que te convertiste.

—¿Y si prefiero no ser educada?

—Entonces te vas a tu habitación. Y yo me quedo con ella. ¿Es eso lo que quieres?

La miro. Odiándola y deseándola en partes iguales.

—Eres manipuladora.

—Lo sé —me da un beso rápido—. Por eso te tengo así.

Entra a la casa.

Me quedo afuera un momento más, procesando que tiene razón y odiando cada segundo de esa certeza. En algún punto de las últimas semanas empecé a disfrutar esto y no sé exactamente cuándo fue.

Inhalo profundo. Una vez. Otra. Después atravieso la puerta.

Las encuentro en la cocina: Isidora sacando verduras de su bolsa, Milena preparando café. La normalidad de la escena me golpea sin aviso.

Cruzo el espacio entre nosotras en línea recta. Ella me ve acercarme y levanta una ceja, esperando mi siguiente movimiento con curiosidad.

No digo nada porque las palabras ya no sirven. La tomo de la nuca y la beso con toda la rabia acumulada en los últimos diez minutos. Mi lengua empuja entre sus labios sin pedir permiso, sin esperar invitación.

Milena se tensa como un animal que reconoce la trampa. Después algo en ella se rompe o se entrega, es lo mismo, y responde. Su mano encuentra mi cintura y se aferra ahí como si yo fuera lo único sólido en la habitación.

Cuando nos separamos, sostengo su mirada sin parpadear.

—Me voy a portar mal —hablo lo bastante alto para que Isidora escuche—. Sube cuando termines aquí.

No miro atrás. Salgo de esa cocina como si acabara de lanzar una granada y no tuviera intención de ver la explosión.

Al llegar a mi cuarto dejo la puerta abierta y me siento en la cama, con las piernas cruzadas y el corazón desbocado, golpeándome por dentro como si quisiera salirse.

No sé qué acabo de hacer.

No sé en quién me estoy convirtiendo.

Pero cuando escucho que alguien sube las escaleras, sonrío.

Milena se detiene en la entrada. Me mira con esa combinación que ya conozco de memoria: hambre pura y algo más peligroso, orgullo.

—Cierra la puerta.

Obedece sin romper el contacto visual.

—Eso fue…

—¿Qué? —la corto—. ¿Inapropiado? ¿Grosero?

—Perfecto —dice despacio—. Fue perfecto.

Se acerca.

—¿Isidora sigue abajo?

—Se fue. Yo sé echar mujeres cuando es necesario.

—Bien —la atraigo hasta que queda atrapada entre mis muslos—. Porque tú eres mía. Punto. No voy a compartir tu coño con nadie más. Y como vuelvas a ponerle las manos encima, vas a descubrir que yo también sé hacer daño.

Milena sonríe despacio. Esa sonrisa que promete consecuencias.

—¿Quién es esta mujer? Porque mi documentalista no hablaba así.

—Tú la corrompiste —la beso—. Esto es culpa tuya.

—Eso parece… y no pienso pedir perdón.

—Pues hazte cargo de tu creación.

Le muerdo el labio. Isidora deja de importar; Joaquín se vuelve un problema para mañana, el documental puede esperar. Solo existe esto: la persona que estoy eligiendo ser en este preciso segundo y lo bien que se siente rendirse a ello.

Capítulo 17

NO HAY VÍCTIMA QUE NO SEA UN DEPREDADOR EN POTENCIA

—¿Qué hiciste el día después de que terminó la guerra?

He grabado horas de material sobre Srebrenica, sobre ejecuciones, sobre la filosofía del monstruo. Pero nada sobre lo que pasó después. Nada sobre cómo una comandante genocida vive como jubilada europea y toma café en terrazas con vistas al mar.

Nada sobre la estructura que la mantiene impune.

Y tengo que intentarlo. Un último intento antes de que los dos días restantes se conviertan en excusa para no hacerlo nunca.

Milena se recuesta en el sofá.

—¿El día que firmaron el armisticio o el día que yo decidí que la guerra había terminado para mí?

—El armisticio. Diciembre del 95.

—Fui a trabajar. Había que desmantelar el campamento, clasificar papeles, cerrar operaciones. Inventariar armas. Quemar archivos. No es como en las películas; las guerras no terminan de golpe.

—¿Cuánto tiempo seguiste trabajando después?

—Cuatro meses. Hasta abril del 96.

—¿Y después?

—Después me fui a casa. A lo que quedaba de casa.

—¿Belgrado?

—Novi Sad. Mi departamento seguía esperándome. Mismo edificio, mismas llaves, misma cerradura. Como si los últimos tres años no hubieran existido.

—¿Cuánto tiempo te quedaste?

—Hasta el 2000. Cuatro años.

—¿Haciendo qué?

—Haciendo dinero. Las guerras son excelentes para la economía, si sobrevives y conoces a la gente correcta.

—¿Qué vendías?

—Reconstrucción. Millones en ayuda internacional. Fondos de Bruselas, de Washington, de Ginebra. Todo ese dinero tenía que pasar por manos locales. Y esas manos cobraban comisión.

—¿Y pasaba por ti?

—Pasaba por gente que yo conocía. Gente que necesitaba intermediarios discretos. Gente que prefería que nadie supiera cuánto del dinero de reconstrucción se quedaba en el camino.

—Dame nombres.

—Ministros. Funcionarios. Contratistas. No voy a darte nombres específicos, pero eran personas con acceso directo a fondos europeos y sin supervisión real. Era un caos. Nadie sabía cuánto se estaba robando ni cuánto se estaba usando.

—¿Cuál era tu comisión?

—Diez por ciento de cada transacción. A veces quince o veinte si la operación requería más intermediarios o más discreción.

—¿Qué hacías exactamente?

—Conectaba gente. Un ministro que necesitaba desviar fondos con un contratista que necesitaba contratos inflados. Un banco que necesitaba lavar dinero con empresas fantasma que yo ayudaba a crear. Documentación falsa. Facturas infladas. Proyectos que nunca se completaron.

—¿Todavía tienes dinero de eso?

—Inversiones. Empresas en Chipre, Montenegro, algunas en Serbia. Nada con mi nombre real. Pero sí, todavía cobro de eso. Dividendos. Pequeños pero constantes.

—¿Cuánto?

—Tres, cuatro mil euros al mes. A veces más.

Tengo suficiente para seis episodios. Para nominaciones. Para que alguien en La Haya por fin tenga que hacer algo.

Tengo todo lo que vine a buscar.

¿Entonces por qué quiero apagar la cámara?

—¿Y cuándo dejaste ese negocio?

—¿Cuál? ¿La intermediación financiera o el tráfico de personas?

Se me para el corazón.

Literal siento cómo se detiene por un segundo, antes de volver a latir demasiado rápido, demasiado fuerte.

¿Cuál?

Como si fuera obvio que habría más de uno.

Tráfico de personas.

Mi mano se mueve hacia el botón de apagar.

—Es suficiente —decido fingir que no escuché—. Tengo lo que necesito.

Milena no cambia de expresión.

—No, no lo tienes.

—Ya tengo el material para…

—¿Para qué? ¿Para mostrarle a tu editor? ¿Para hacerte la periodista valiente que desenmascaró la red de corrupción? —deja pasar un segundo—. Pero no tienes lo que realmente viniste a buscar.

—No necesito escuchar eso. No voy a ser cómplice de…

—Ya eres cómplice. Cada noche que dormiste conmigo. Cada pregunta que no hiciste. Cada vez que apagaste la cámara cuando las cosas se ponían incómodas. No finjas que la línea está aquí.

—Vete a la mierda.

—Prende la cámara.

—No.

—Prende la cámara —su voz no cambia—. Porque esto es lo que tienes que escuchar. No los números. No las transacciones bancarias. Esto. La parte que no puedes justificar. La parte que no puedes convertir en un documental ético sobre justicia internacional.

—Milena…

—Prende. La. Cámara.

Nos miramos. Pasan cinco segundos. Diez.

—No me hagas cómplice de esto —mi voz se quiebra—. Por favor.

—Tú elegiste todo esto, Janette. No me culpes por dártelo ahora.

Me tiemblan las manos.

—Si prendo esa cámara, si grabo esto…

—Hazlo, Janette.

La odio. En este momento, la odio con cada célula de mi cuerpo. Y, aun así, mi mano se mueve hacia la cámara.

—¿Y el tráfico de personas? ¿También hiciste eso? —mi voz suena muerta.

Milena sonríe. No es una sonrisa amable.

—Del 97 al 99. Había más demanda de lo que te imaginas. Hombres con dinero recién hecho, sin esposas, sin familia. Querían mujeres. Las conseguíamos.

—¿De dónde?

—Bosnia y Herzegovina. Mujeres que habían perdido todo. Algunas venían voluntariamente, otras no tanto. No pregunté mucho. Mi trabajo era moverlas desde un punto A, a un punto B.

Mi cerebro se aferra a los detalles técnicos porque si pienso en lo que significan las palabras, si convierto «moverlas de punto A, a punto B» en imágenes reales, no voy a poder seguir sentada aquí.

—¿A dónde?

—Italia, Grecia, clubes en Belgrado, Zagreb. Algunos contactos privados que pagaban extra por exclusividad.

—¿Cuántas?

—No llevaba la cuenta. Doscientas, trescientas en dos años. No era la única haciendo esto. Había redes enteras. Yo solo tenía las conexiones militares para cruzar fronteras sin problemas.

—¿Las violaste?

—A algunas. Verificación. Los compradores querían saber que el producto funcionaba. Alguien tenía que probarlo antes.

Lo dice como si hablara de inspeccionar un auto usado.

—¿Cuánto cobraste por eso?

—Treinta mil marcos en total. No era el negocio principal. Solo un extra mientras duraba la ventana de oportunidad.

Apago la cámara.

Milena me mira. Ni sorprendida ni preocupada. Solo curiosa.

—¿Por qué paras?

Me levanto. Camino hacia ella. Necesito verle la cara de cerca.

—Llevas catorce días evadiendo estas preguntas. ¿Por qué ahora me lo dices todo?

—Porque me di cuenta de algo esta mañana.

—¿De qué?

—De que no te vas a ir. No importa lo que te diga. Ya te quedaste demasiado tiempo. Ya cruzaste demasiadas líneas —me sostiene la mirada—. Y quiero ver qué haces con esto.

—¿Qué se supone que haga con esto?

—No lo sé. Por eso es interesante —se pone de pie—. Puedes irte. Empacar hoy. Tomar el primer vuelo. Usar todo lo que te dije para armar tu documental desde México —se detiene a centímetros de mí —. O puedes quedarte. Y averiguar hasta dónde llega esto entre nosotras.

—Acabas de confesar tráfico sexual. Violación. Fraude a nivel internacional.

—Sí.

—¿Y crees que me voy a quedar?

—Sí —me toca la mejilla—. Porque ya sabías que era un monstruo, Janette. Solo que ahora tienes los detalles. Y los detalles no cambian lo que ya sientes.

—No puedo… esto es…

—¿Esto es qué? ¿Demasiado? —sonríe apenas—. Hace dos días te arrodillaste frente a mí y me suplicaste que te cogiera. Sabiendo quién soy. Sabiendo lo que hice en Srebrenica. Esto no es tan diferente.

—Sí lo es.

—¿Por qué? ¿Por qué pasó después de la guerra? ¿Por qué las víctimas son diferentes? ¿O porque ahora tienes que decidir si esto que sientes por mí es más fuerte que tu moral?

No respondo. No puedo.

—¿Qué vas a hacer, Janette? —su mano baja de mi mejilla a mi cuello.

Me aparto. Necesito aire. Necesito distancia. Necesito pensar.

Salgo del estudio antes de que ella tenga razón otra vez. Cruzo el pasillo. Cierro la puerta de mi habitación y giro el cerrojo.

Tengo suficiente material para procesamiento penal. Suficiente para primera plana en cada periódico europeo. Suficiente para que La Haya no pueda seguir fingiendo que no sabe dónde está.

Material suficiente para destruirla.

Abro WhatsApp y le escribo a Joaquín: Te vas a morir cuando veas la entrevista de hoy.

Los dos checks azules aparecen de inmediato y salgo de la aplicación antes de leer su respuesta.

Abro mi laptop. Creo tres carpetas en el escritorio.

PARA JOAQUÍN

EVIDENCIA

PERSONAL

Empiezo a arrastrar archivos. Selecciono material formal: las entrevistas donde Milena habla en tercera persona, donde analiza sin confesar, donde explica sin implicarse. Lo presentable. Lo seguro. Nada que la ponga en riesgo.

La entrevista de hoy va a EVIDENCIA. Se une a las otras admisiones: Srebrenica, las ejecuciones en el bosque, las violaciones sistemáticas. Suficiente para un caso que La Haya no podría ignorar.

El resto va a PERSONAL. Las conversaciones nocturnas. Las confesiones íntimas. Los momentos donde dejé de ser periodista. Material que me incrimina tanto como a ella. No sé para qué guardo esto. Probablemente debería borrarlo.

Cierro las carpetas. Navego hacia atrás. Archivos viejos. Investigación previa. La carpeta que renombré MISC hace semanas para no tener que verla cada vez que abría la laptop.

Ahí está.

VIDEO_TESTIMONIO_FINAL.mp4

Me quedo mirando el título del archivo, con el cursor parpadeando sobre él.

Un contacto en La Haya me lo pasó. Nunca se hizo público. No debería tenerlo.

Cada segundo de ese testimonio me provoca asco. Me provoca asco ahora, con solo pensar en él. Una mujer joven hablando sobre lo que sufrió bajo las órdenes de la comandante Kovač.

No puedo ver el video otra vez.

Pero tampoco puedo dejar de mirar el archivo. FINAL. La palabra se siente como veredicto. Como recordatorio de que todo termina. Los contratos. Las entrevistas. Las mentiras que me cuento. El peso

de su cabeza en mi hombro después del sexo. Su voz diciendo «quédate» como si fuera posible.

Mi mano está sobre el trackpad.

Agarro la laptop y salgo de mi cuarto.

Milena está sentada en el sofá, fumando. Mira las cámaras apagadas con expresión distante, perdida en algo que no puedo leer. Como si estuviera calculando. O recordando. O esperando.

Como si supiera que iba a volver.

—Quedan dos días. No quiero desperdiciarlos peleando —me dice.

Enciendo la cámara. La luz roja parpadea antes de quedar fija. Milena voltea al verla, pero no dice nada. Me observa en silencio mientras cruzo el estudio y pongo la laptop en la mesa baja frente a ella.

El título del archivo queda a la vista: VIDEO_TESTIMONIO_FINAL.mp4

—Una entrevista más, Milena. La última que vamos a tener.

Presiono reproducir.

El video se carga con un segundo de pantalla negra antes de que aparezca la mujer joven mirando directo a cámara.

La comandante Kovač no solo permitía las violaciones. Las dirigía. Nos ponía en fila y elegía parejas. Padre e hija. Hermanos. Primos. Les daba una opción: uno viola al otro, o sus soldados violan a ambos y después los matan.

El humo del cigarro de Milena sube en línea recta. No tiembla. No se dispersa. Como su expresión, que permanece fija en la pantalla sin revelar si reconoce esta historia específica o si todas se han fundido en una sola masa de atrocidades idénticas.

El video termina y solo queda su reflejo en el vidrio negro.

—Necesito que me hables de esto.

—¿Necesitas que hable o necesitas que me justifique? Porque una cosa puedo hacerla. La otra, no.

Doy la vuelta y camino hacia mi silla habitual, la que está detrás del monitor de la cámara.

Milena enciende otro cigarro. La veo inhalar. Exhalar. El humo sube entre nosotras como una cortina que no puedo atravesar.

—¿Por qué?

Me mira fijo.

—¿Por qué padre e hija? ¿Por qué hermanos? —da una calada larga—. Porque si no lo hacía yo, lo hacían ellos. Y si lo hacían ellos, yo era la siguiente.

—¿Qué?

—Tenía treinta años, Janette. Treinta. Comandante de doscientos hombres. ¿Sabes lo que eso significa en una guerra donde no hay Naciones Unidas, ni prensa internacional, ni organizaciones de derechos humanos mirando? Donde estamos a kilómetros de cualquier supervisión real —hace una mueca y niega— Significa que estás sola. Con hombres armados. Hombres furiosos. Hombres con hambre, con sed, a veces tan drogados que se amputaban sus propios dedos gangrenados sin anestesia. Hombres que llevaban meses sin ver a sus familias, sin dormir en una cama, viendo morir a sus amigos. Hombres que veían violaciones todos los días. Que las cometían todos los días —apaga el cigarro— Y en medio de ellos, una mujer. Comandante o no, soy mujer. ¿Crees que mi rango me protegía? ¿Crees que un papel firmado en Belgrado significaba algo en un campo donde la única ley es la fuerza?

—No. No me pidas que sienta lástima por ti.

—Los primeros tres meses aprendí algo fundamental: mientras seas mujer, tu rango no importa —continúa—. Importa cuán peligrosa eres. Cuánto miedo generas. Una comandante que da órdenes, pero no las ejecuta es solo una mujer con un título. Una comandante que hace lo que sus hombres no se atreven a hacer… esa sobrevive.

—Entonces las violaciones…

—Eran mi seguro de vida —dice sin pestañear—. Si yo era la que diseñaba los horrores, si yo era la que elegía a las víctimas, si yo era la más cruel en la habitación, entonces no era la víctima. Era el depredador. El depredador más temido. Y a ese depredador no lo tocan.

—Eso no justifica…

—No te estoy pidiendo que me justifiques —me corta—. Te estoy explicando cómo funciona el poder cuando eres mujer.

—Sé lo que haces, intentas convertir tus crímenes en algún tipo de lección sobre poder femenino…

Se pone de pie. Camina hacia mí.

—Tú me preguntas por las víctimas. Yo te pregunto: ¿cuántas mujeres comandantes exitosas conoces en cualquier ejército del mundo? ¿Cuántas generales? ¿Cuántas en combate real, no en escritorios? Pocas. ¿Y sabes por qué? Porque las que intentan jugar con las reglas que les dieron los hombres pierden. Las que ganan son las que entienden que las reglas nunca las incluyeron. Que tienen que escribir sus propias reglas en sangre —me mira con cansancio—. No soy la villana de tu documental, Janette. Soy el resultado lógico de poner una mujer en un sistema diseñado para destruir mujeres. Sobreviví. Y el precio de mi supervivencia lo pagaron otras mujeres. ¿Es justo? No. ¿Es la realidad? Sí. Bienvenida a lo que realmente significa poder femenino en un mundo de hombres violentos.

El silencio se estira como algo vivo entre nosotras.

Entiendo lo que está diciendo. Entiendo la lógica retorcida, la matemática de la supervivencia, el cálculo imposible de un sistema diseñado para devorar mujeres.

Y también entiendo que estoy sentada frente a una villana real.

No el tipo de villana de mis documentales anteriores. Hombres corruptos, políticos mentirosos, ejecutivos codiciosos. Esos eran monstruos simples. Predecibles. Con motivaciones claras.

Milena es algo peor. Alguien que puede explicar cada atrocidad usando una lógica impecable. Que puede hacer que su horror suene como supervivencia. Que puede mirarme a los ojos y decir «lo haría de nuevo».

No hay arrepentimiento en ella. No hay grieta donde pueda entrar la redención. Solo hay una mujer que eligió convertirse en el peor depredador del campo para no ser presa. Y que viviría con esa elección sin culpa hasta su último día.

Respiro hondo.

—Está bien —hablo por fin—. Entonces pongamos todas las cartas sobre la mesa. Sin evasivas. Sin filosofía. Sin lecciones sobre poder.

Me siento más derecha en la silla.

—¿Estás segura?

—Quiero detalles.

Capítulo 18

AMAR LO TERRIBLE ES TOCAR LO ABSOLUTO

Llego al baño justo a tiempo. Caigo de rodillas frente al inodoro y vomito hasta que solo sale bilis.

El ácido me quema la garganta mientras mi cuerpo intenta expulsar lo que acabo de escuchar, como si fuera posible limpiarlo así.

«Los perros de guerra servían para más que detectar minas. Después de estar con ellos unas horas, los prisioneros cooperaban. Ninguno quería una segunda sesión.»

Las arcadas siguen, aunque ya vacié todo. Espasmos secos me desgarran por dentro, las lágrimas bajan solas, y me cuesta sostenerme con los brazos temblando contra la cerámica.

«Era política. Después de cada victoria, dos horas sin supervisión. Lo que necesitaran para descargar la tensión. Funcionaba mejor que cualquier discurso motivacional.»

Vomito otra vez mientras las lágrimas calientes se mezclan con el sudor frío que me cubre la cara.

«No era violación común. Era demostración de poder absoluto. Qué usabas era menos importante que el mensaje que dejabas.»

Me agarro del lavabo para levantarme. Abro el grifo y dejo que el agua fría me golpee la cara, que entre en mi boca, pero el sabor ácido no se va.

«Si te negabas a trabajar, si hablabas cuando no debías, si mirabas mal... el castigo siempre involucraba humillación sexual. Era

el más efectivo.»

Levanto la vista hacia el espejo y apenas me reconozco. Los ojos hinchados y rojos, el pelo empapado pegándose a mi frente, la piel tan pálida que parezco a punto de desmayarme.

«La madre tenía que estar presente. Mirando. Si volteaba la cara, continuábamos con el siguiente hijo. Era sorprendente cuánto podían soportar mirar para proteger a los demás.»

El siguiente espasmo me agarra antes de poder moverme. Vomito en el lavabo.

«Las dejábamos vivas. Para que contaran lo que pasó. Para que otras aldeas escucharan y huyeran antes de que llegáramos. El miedo hacía el trabajo por nosotros.»

Esta soy yo ahora. La mujer que se sentó en esa silla y pidió los detalles específicos. La que preguntó «dime exactamente cómo elegías» y «¿qué pasaba después?» La que mantuvo la cámara grabando sin interrumpir ni una vez.

Me arranco la ropa y entro a la ducha. El agua sale helada, pero no me muevo. Espero a que se caliente, a que queme.

«Los dejábamos sin enterrar. A propósito. Que la descomposición fuera pública. El olor, la imagen... nadie olvidaba eso.»

Me siento en el piso de la ducha, abrazo mis rodillas contra el pecho y me permito llorar.

Cuando el agua pierde temperatura, salgo, me seco con movimientos automáticos y me visto con lo primero que encuentro limpio.

Elegí escuchar cada palabra. Elegí no detenerla. Elegí seguir ahí después. Eso ya no es amor, es complicidad. Es entender que hay algo en mí que necesitaba saber. Que necesitaba ver hasta dónde llegaba el abismo. Y ahora que lo he visto, ahora que conozco cada rincón de su oscuridad, sigo aquí. Porque me gusta. Me gusta su inteligencia brutal. Me gusta cómo me mira. Me gusta quién soy

cuando estoy con ella, incluso si esa persona es alguien que ya no reconozco del todo.

Me acuesto sobre las cobijas de la habitación perfecta, en la casa perfecta, de la mujer perfecta. Perfecta en su limpieza. Perfecta en su orden. Perfecta en su monstruosidad sin disculpas.

«Filmábamos y las copias terminaban en otros lugares. En manos de gente que pagaba bien por ese contenido específico.»

Cierro los ojos.

«Registrábamos menos mujeres de las que capturábamos. La diferencia iba a otros destinos. Nadie preguntaba por gente que oficialmente nunca existió.»

Abro los ojos y ruedo hacia un lado.

La luz del pasillo se cuela por debajo de la puerta. Milena debe estar despierta. Fumando, seguro. O preparando café. Existiendo con normalidad después de haberme contado todo eso.

«Las más jóvenes nunca entraban al sistema. Las apartábamos desde el principio. Valían más en el mercado privado que como prisioneras registradas.»

Me tapo los oídos, aunque sé que no sirve de nada. Las palabras están dentro. Ya se instalaron.

No sé cuánto tiempo pasa. Horas, tal vez. O solo minutos que se sienten eternos. No puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos, ahí está su voz. Calmada. Casi pedagógica. Explicándome paso a paso cómo se desmantela a un ser humano. Y yo del otro lado de la cámara, asintiendo, preguntando detalles.

Me quedo mirando el techo hasta que las frases específicas se desdibujan, hasta que ya no puedo recordar el orden exacto de lo que dijo. Pero la sensación persiste intacta. Como si hubiera metido las manos en algo podrido.

Y entonces, cuando creo que el silencio va a tragarme, escucho tres golpes en la puerta.

—Janette.

—Vete.

—No puedo.

—No quiero verte.

Silencio. El tipo de silencio que pesa, que ocupa espacio, que se siente en el pecho.

—Ahora sabes todo. Sin filtro, sin contexto que lo suavice. Cada crimen. Cada decisión. Sabes qué tipo de monstruo soy…

—Para. Por favor.

—Mañana te vas. Editas el documental. Me destruyes. Está bien. Pero esta noche necesito que escuches algo —hay un silencio breve — Nunca contigo. Todo lo que fui, todo lo que hice... nunca sería eso contigo. No porque haya cambiado. Sino porque contigo elijo no serlo. Y sé que suena a mierda. Sé que no tiene sentido. Pero es lo único que tengo para darte.

—Las palabras no cambian nada.

—No. Las palabras no sirven de nada. Pero cuatro semanas sí. Y las dos sabemos que hubo algo real ahí. Algo que no fue solo tu documental ni mis confesiones. Eso no desaparece porque ahora sepas todo.

Me pongo de pie y voy hasta la puerta. Presiono la mano contra la madera sin girar la manija.

—Claro que fue real —mi voz se quiebra—. Y eso es lo que me está matando. Que fue real con un puto monstruo.

Mi puño golpea la puerta con fuerza.

—Lo sé —silencio—. Pero también soy la que sabe cómo te gusta el café. La que memorizó cada gesto tuyo. La que se despierta pensando en ti. Las dos cosas son ciertas. Las dos son tuyas.

Cierro los ojos con fuerza. Claro que sabe cómo me gusta el café. Claro que memorizó cada gesto. Eso es lo que hace: observa, estudia, encuentra la vulnerabilidad exacta y la explota. Lo hizo con prisioneros, lo hizo con víctimas, y lo está haciendo conmigo ahora mismo. La diferencia es que yo vine voluntariamente. Toqué su puerta. Le pedí que me dejara entrar. Y cuando empezó a desarmarme pieza por pieza, en lugar de huir, le pedí más.

—¿Milena? —mi voz suena pequeña, despojada.

—Dime.

—¿Cómo puedo creerte? —se me hace un nudo en la garganta—. Después de todo lo que escuché. ¿Cómo sé que no soy solo otra cosa que controlas?

—Yo nunca te mentí, Janette. Ni una sola vez —responde simple, directo—. Manipularte habría sido más fácil: darte la mitad, dejarte creer que fui menos monstruo de lo que soy. Pero lo único real que puedo ofrecerte es esto: nunca tuviste que adivinar con quién te acostabas. Siempre lo supiste.

Y tiene razón. No me sedujo con mentiras. Me sedujo con verdades tan brutales que nadie más se atrevería a decirlas en voz alta. Me mostró el monstruo completo y yo, consciente, decidí quedarme. Decidí acostarme con ella. Decidí cocinar a su lado. Decidí enamorarme.

Sí, la amo.

Tal vez amar a un monstruo es esto: saber exactamente lo que es y elegirlo de todas formas. No a pesar del horror, sino con plena conciencia de él.

Giro la manija y abro la puerta.

Milena está ahí, descalza, con el pelo suelto y una botella de vino en las manos junto a dos copas. Mirándome como si yo fuera la última cosa en el mundo que vale la pena mirar.

No sé quién se mueve primero, pero ya no importa.

La beso, o ella me besa, es lo mismo.

Sus brazos me rodean y la botella cuelga de su mano contra mi espalda junto a las copas que tintinean mientras mi boca busca la suya, desesperada, hambrienta, como si pudiera tragarme las últimas horas y escupirlas lejos, como si existiera un antes al que todavía fuera posible regresar.

Nos separamos lo justo para respirar.

—Eres un monstruo —digo.

—Sí.

—Destruiste vidas.

—Sí.

Quizá uno puede amar plenamente solo lo que conoce en su peor versión. O quizá conocer a alguien en su peor versión y no huir es la prueba de que nunca fue amor, sino otra cosa más oscura. Algo que

no cabe en las palabras que usamos para hablar de intimidad. Algo para lo que todavía no inventamos el vocabulario.

—Volim te.

—Volim te do ludila.

Apoyo mi frente contra la suya.

—¿Qué me haces?

—Nada que tú no me permitas.

La beso otra vez. Más despacio ahora. Como si esta vez pudiera significar algo diferente.

—Nunca contigo —susurra muy cerca de mi boca—. Porque destruir lo desechable no cuesta nada. Pero tú eres irremplazable. Y hasta un monstruo sabe cuidar lo que no puede volver a conseguir.

—Es la declaración de amor más perturbadora que he escuchado. Y funciona.

—Funciona porque es la verdad. No soy mejor. No me transformaste. Solo resulta que tenerte a ti, despierta, eligiéndome... vale más que todo lo demás. Es así de simple.

Nos quedamos ahí abrazadas en el umbral mientras el mundo afuera se vuelve cada vez más pequeño, más lejano, hasta que solo existe este espacio mínimo donde respiramos contra la piel de la otra.

—Entra.

Tomo su mano y la guío hacia la terraza. El aire nocturno huele a sal.

Milena abre la botella y sirve el vino. Cuando me acerco a tomar asiento, su mano libre me detiene por la cintura y me atrae hacia ella.

—No tan lejos.

Me siento en su regazo, sintiendo cómo su pecho se ajusta al contorno de mi espalda antes de que sus labios encuentren mi hombro y lo besen despacio, como si fuera algo frágil.

—Milena.

—Dime.

—Mañana…

—Eso no —su brazo se tensa alrededor de mi cintura—. Todavía no. Habla de hoy.

—Pero…

—Para —susurra cerca de mi cuello—. Tenemos esta botella. Tenemos toda la noche. Quiero terminarme el vino, llevarte adentro, quitarte la ropa despacio y cogerte hasta que amanezca. Y después seguir besándote mientras sale el sol. ¿Algo que quieras agregar a esa lista?

—No —sonrío—. Eso suena perfecto.

Capítulo 19

LOS FUERTES MIRAN ATRÁS, PERO NO RETROCEDEN.

—¿No vas a preguntarme? —digo.

—¿Preguntar qué?

—Qué voy a hacer con el material.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya decidiste. Solo no quieres admitirlo todavía.

—No decidí nada.

—Mentira —me mira de costado—. Pero está bien. Puedes mentirme a mí. Es probable que te mientas a ti misma también.

Milena extendió una manta sobre la arena y nos acostamos lado a lado. Son las seis y media de la mañana; me despertó con un beso en la frente y un «veamos cómo amanece sobre el mar». Técnicamente, el sol sale por detrás, desde las montañas, pero la primera luz del día cayendo sobre el Adriático es algo que quería que viera antes de irme.

De su casa a la costa fueron diez minutos exactos. Los conté. Estoy contando todo ahora. Cada minuto, cada segundo. Aunque una parte de mí insiste en actuar como si ese vuelo de las ocho no existiera.

—¿Qué crees que voy a hacer? —pregunto.

—Creo que harás el documental que siempre planeaste —habla mirando el horizonte—. El honesto, el brutal, el que no se guarda nada. El que tu carrera necesita y tu integridad profesional exige. El que demuestra que tu profesionalismo sobrevivió intacto, que tu ética periodística nunca se comprometió, que esto, nosotras, fue solo un paréntesis extraño que no afectó tu juicio —se moja los labios—. Expondrás todo, contextualizarás los crímenes, mostrarás la

impunidad del sistema. Y será brillante. Y yo estaré ahí, inmortalizada como el monstruo que siempre fui.

—Dime que no lo haga —ruedo hacia mi costado y me apoyo en el codo—. Dime que cancele todo y que me quede.

—No.

—¿No?

—No —repite todavía sin mirarme—. Porque tú tienes una vida esperándote. Una carrera. Un futuro. Y yo no voy a ser la razón por la que renuncies a eso. Haz el documental, Janette. Hazlo brillante. Hazlo despiadado si hace falta —sonríe sin ganas—. De todas las personas que han intentado destruirme, quiero que seas tú quien lo consiga.

No respondo. Me muevo hasta quedar contra ella, escondo la cara en su cuello y me rodea con los brazos sin dudar, como si hubiera estado esperando que lo hiciera. El Adriático está quieto frente a nosotras; el cielo cambia lentamente de negro a índigo. La luz nace a nuestras espaldas, desde las colinas, pero cae sobre el agua volviéndola dorada. Y aquí, abrazadas en una manta sobre la arena, esperamos que amanezca sobre algo que ya terminó.

—¿Cómo es tu vida allá? —pregunta en voz baja—. En México. Dónde vives, dónde editas, qué haces cuando no estás trabajando. Necesito poder imaginarte.

No sé cómo explicarle todo eso sin derrumbarme. Sin llorar contra su cuello hasta que amanezca de verdad. Pero cierro los ojos, respiro profundo, y me aclaro la garganta. Dispuesta a darle esto también. A complacerla. Como cuando me pide que me arrodille, o que diga su nombre, o que me corra mientras me mira.

—Vuelo a las ocho a Podgorica. De ahí a Viena. Después, Ciudad de México con escala en Ámsterdam. Treinta horas de viaje, más o menos. Llegaré el miércoles en la madrugada —inhalo hondo otra vez—. Tomaré un Uber a mi apartamento en la Roma Norte. Segundo piso. Dejaré las maletas en la entrada y dormiré catorce horas seguidas. Cuando despierte, haré café, abriré la laptop, y empezaré a descargar todo. Tus confesiones. Las entrevistas. Todo. Joaquín querrá reunirse, pero le diré que necesito una semana para organizar el material. Y después me encerraré a editar. Sola.

Cortinas cerradas. Audífonos puestos. Viendo tu cara en la pantalla una y otra vez.

—Dame copias de lo que grabamos —su voz apenas se escucha—. También voy a querer repetir una y otra vez esos videos donde estás vulnerable —me aprieta contra ella— diciendo cosas que nunca le dirías a nadie más.

—Pervertida —le digo con una sonrisa.

—Lo dices como si no fueras a hacer exactamente lo mismo.

Nos miramos un segundo, solo uno, antes de besarnos. Es un beso lento. Como si quisiéramos memorizar el sabor de la otra. Sus manos sostienen mi cara. Las mías se aferran a su cintura. Y el mar respira frente a nosotras mientras el cielo cambia de color.

—No te los voy a dar —digo contra sus labios—. Al menos no ahora. Tendrás que contactarme. Así sé que no es la última vez que hablo contigo.

—¿Y cargar con la responsabilidad de destruir lo que tienes con tu novia?

—¿Novia? —repito desconcertada.

—Tienes a una mujer esperándote en México, Janette.

Abro los ojos, sorprendida. Primero porque ni siquiera lo recordaba. Segundo, porque ella sí.

—Ya se habrá ido. Y si no, la correré en cuanto llegue. Créeme, nadie quiere estar cerca de mí cuando estoy editando.

—Así que la corres, te encierras, y pasas semanas viendo mi cara en una pantalla —su tono es irónico—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto toma editar un documental así?

—Tres meses. Tal vez cuatro.

—¿Y luego?

—Festivales. Distribución. Prensa.

—¿Me avisarás cuando salga?

—¿Quieres que te avise?

Se lo piensa un momento.

—Mejor no —suspira— Sorpréndeme.

—Esa podría ser la peor sorpresa de tu vida.

—Justo por eso la voy a disfrutar.

Casi sonríe. Casi. Pero hay algo en la comisura de sus labios que se queda a medio camino entre la diversión y la resignación.

—¿Y tú? —pregunto, porque necesito saber—. ¿Qué harás mientras tanto?

—Lo mismo de siempre —se encoge de hombros contra mí—. Traducciones. Cocinar. Existir.

—¿Y si después del documental ya no puedes hacer eso? ¿Y si todo cambia?

—Entonces cambia —dice con una calma que me parte—. He perdido más, Janette. La guerra. Mi hermano. Mi familia. Treinta años viviendo como un fantasma. Tu documental no puede quitarme nada que no me hayan quitado ya. Solo va a hacer público lo que siempre fue privado.

—Y yo voy a ser la culpable.

—¿Quién va a venir? —pregunta retóricamente—. ¿La Haya? ¿Después de treinta años? Soy ciudadana montenegrina. Tengo casa, papeles, una vida. Tu documental solo les dará permiso para odiarme. Para sentirse moralmente superiores —su voz se aligera—. Tal vez me escupan en el mercado. Pero este pueblo me necesita más de lo que me teme. Soy la traductora barata que habla cinco idiomas. Soy útil. Y el resto de la humanidad... —mira alrededor— Nunca me interesó de todas formas. Por algo vivo aquí arriba. Sola. Con el mar como único vecino.

No me sorprende que ya haya pensado en todo esto. Que tenga cada escenario mapeado. Cada consecuencia calculada. Milena no dejó que grabara sesenta horas de confesiones sin saber qué podía perder. Y al parecer, decidió que no era mucho.

—La primera vez fueron sesenta y tres correos. ¿Cuántos necesito para hacerte una segunda visita?

Sonríe. Es breve pero real.

—Ni siquiera te has ido y ya estás planeando volver.

—Llevo semanas pensando en volver. Y no como periodista.

Milena se incorpora despacio. Me jala con ella hasta que ambas quedamos sentadas, lado a lado, frente al mar.

—Dijiste tres o cuatro meses para editar —su tono es casual, pero sé que cada palabra esta medida—. ¿Y después? ¿Cuántos meses

para que salga?

¿No acaba de pedir justo lo contrario?

—Dijiste que querías sorprenderte. Que no te avisara.

—No necesito saber cuándo lo ve el mundo —aclara—. Necesito saber cuándo termina para ti.

Calculo el tiempo como lo haría con cualquier proyecto. Edición, cuatro meses. Festivales, medio año. Distribución. Todo el ciclo que ya conozco de memoria.

—Un año —digo por fin—. Tal vez más. Cuatro meses editando. Después el circuito de festivales, seis u ocho meses. Distribución. Prensa. Cuando ya no tenga que responder preguntas sobre ti ni defender el documental... un año. Año y medio como mucho.

Milena se queda callada un momento. Después se incorpora un poco y saca un sobre del bolsillo de su pantalón.

—Para ti.

Lo tomo, confundida.

—¿Qué es esto?

—Algo que necesitas saber. Pero no ahora.

Giro el sobre entre mis dedos.

—Milena, ¿qué es esto?

—Ábrelo en doce meses. Ni un día antes. ¿Me lo prometes?

—Milena. Soy mexicana. Literalmente es imposible para mí no abrir esto ahorita.

Mis dedos ya están rompiendo el borde del sobre cuando Milena me lo arrebata de las manos.

—No.

—Dámelo.

—No.

Me lanzo sobre ella. Milena anticipa el movimiento y rueda conmigo, alejando el sobre de mi alcance mientras yo peleo por agarrarlo. Nos arrastramos sobre la arena, riendo mientras forcejeamos.

—Es mío —digo intentando agarrar el sobre.

—Después.

—Ahora.

—Doce meses.

Dejo de pelear por el sobre y la miro. Tiene los labios entreabiertos, arena pegada en las mejillas donde el sudor la convirtió en una segunda piel.

La luz llega desde tierra y la toca primero. Su rostro se ilumina de costado, suave, y veo todo lo que me enamoró: su fortaleza sin disculpas, su honestidad que corta como cuchillo, la forma en que me mira como si yo fuera lo único sagrado que le queda. Y en ese momento lo entiendo: vine a ver esto. No el Adriático. A ella. A la mujer que amo emergiendo de la oscuridad, mostrándome una vez más por qué nada de esto fue un error.

La beso, hoy es lo único que tiene sentido.

—¿Por qué en doce meses? —pregunto despacio.

—Porque quiero que todo esté decidido para entonces. Tu documental. Tu vida. Todo.

—¿Es sobre la guerra? ¿Algo que no me contaste?

—No —niega—. Es sobre mí. Algo... personal.

La miro desconcertada.

—El documental es sobre ti, Milena. Si es importante...

—Ese sobre no le importa a nadie —me interrumpe—. No hasta que salga tu documental. Ábrelo en un año. Entonces decides qué hacer con él.

Su tono me dice que no va a explicar más.

—De acuerdo —acepto— Doce meses.

Nos quedamos en la playa hasta que el sol está completamente arriba. Milena trajo café en un termo y desayunamos ahí, en la arena, con las piernas enterradas y el Adriático quieto frente a nosotras.

Hablamos de cosas simples. De libros. De música. De lugares que queremos conocer. Conversaciones que deberíamos haber tenido hace semanas, sin la cámara, sin el peso de todo lo demás.

Cuando volvemos a la casa, cocinamos juntas. Algo simple, improvisamos con lo que queda en la cocina. Nos movemos alrededor de la otra con esa sincronía que desarrollamos sin darnos cuenta. Ella corta, yo mezclo. Yo pruebo, ella ajusta la sazón.

Comemos en la terraza y luego recorremos el jardín. Milena riega las plantas mientras yo leo en voz alta el libro de poesía que más le

gusta. A veces me corrige la pronunciación. A veces solo escucha con los ojos cerrados.

Después nos tumbamos en el pasto. El sol calienta nuestra piel. Su mano encuentra la mía entre la hierba y entrelaza nuestros dedos sin decir nada.

—¿En qué piensas? —pregunto.

—En que quiero recordarte así. Aquí. Leyéndome poesía con ese acento mexicano horrible.

Me río.

—Mi acento no es horrible.

—Es horrible —dice sonriendo—. Y es perfecto.

Nos quedamos calladas un rato largo. Solo el sonido del viento entre los árboles y nuestra respiración sincronizada.

—Milena.

—Dime.

—Esto fue real, ¿verdad?

Me aprieta la mano.

—Nunca he amado a nadie en mi vida. Ni antes de la guerra. Ni durante. Ni después. Pero te amo a ti. Y eso es lo más aterrador que me ha pasado. Porque te amo sabiendo que te vas. Sabiendo que esto termina. Y lo hago igual. Así que sí. Fue real. Es real.

Entramos cuando ya no podemos ignorar que el día se termina. Me ducho. Ella hace café. Nos sentamos en la sala y finalmente, inevitablemente, miramos el reloj.

Es hora.

Pienso en todo. Cada conversación. Cada momento. Cada decisión que tomé y no tomé.

Pienso en la evidencia guardada en mi laptop.

Pienso en las confesiones grabadas.

Pienso en cómo editar esto sin destruirla.

O si debería destruirla.

O si destruirla es justicia o es crueldad.

No tengo respuestas.

Es hora.

El taxi llega puntual. Pongo mis maletas en la cajuela, cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, y me meto atrás. No miro

hacia la casa. No busco su cara en la ventana. Porque si lo hago, si la veo parada ahí, no me iré nunca.

Así es como termina.

Sin despedidas.

Sin promesas.

Sin claridad sobre qué pasó o qué significa.

Solo dos mujeres que se conocieron durante un mes.

Una que mató gente.

Una que va a contar esa historia.

Y algo entre ellas que se resiste a ser nombrado, pero tiene peso.

El taxi toma la carretera principal, no busco la casa desapareciendo detrás de nosotros.

Apoyo la cabeza contra la ventana y dejo que las lágrimas caigan. Silenciosas. Inevitables.

La amo. Tanto que quedarme era la opción más fácil. Tanto que irme se siente como una traición.

Pero tengo treinta y dos años. Diez dedicados a ser documentalista. Cientos de rechazos. Decenas de proyectos que nadie vio. Y ahora por fin está en mis manos el material que va a cambiar mi carrera.

No puedo renunciar a eso. Ni siquiera por amor.

Porque el amor sin identidad propia se pudre.

Así que me voy. Con el corazón roto. Con un mes de confesiones. Con la certeza de que voy a llorar editando cada segundo.

Y voy a hacer el mejor trabajo de mi vida.

No a pesar del dolor. Sino con él.

Capítulo 20

SE PUEDE SER CULPABLE SIN HABER HECHO NADA MALO

12 meses después.

—¿Dónde mierda está el discurso?

Revuelvo el escritorio por tercera vez y los papeles se desparraman por todos lados: notas adhesivas pegadas unas sobre otras, borradores impresos de un guion que ya nadie va a leer, facturas que debí archivar hace semanas.

Todo menos lo que necesito.

El estudio parece zona de guerra: cajas de edición apiladas contra la pared como trincheras, tazas de café olvidadas en cada superficie disponible, y la laptop abierta sobre la mesa mostrando el timeline del documental.

—Janette, tienes veinte minutos —gritan desde la cocina.

La próxima vez voy a organizarme mejor. Voy a etiquetar cada papel. Voy a comprar archiveros de colores. Voy a convertirme en un adulto funcional que no pierde discursos cinco minutos antes de la premier más importante de su vida.

—Por favor, dime que has visto…

Unos brazos delgados me rodean por detrás mientras sigo revolviendo papeles. Después siento sus labios en mi cuello, y me besa con una ternura inesperada en medio del caos del estudio.

Volteo, encontrándome con Sofía y esos ojos marrones que me convencieron de darle una copia de mis llaves hace tres meses.

La beso. Su boca sabe a café recién hecho.

—Hay protestas en Reforma —dice separándose de mí con ese tono práctico que usa cuando sabe que estoy al borde del colapso—. Si no sales ahora, vas a llegar tarde a tu propia premier.

—Ya casi —miento, abriendo otro cajón—. Solo necesito encontrar el puto discurso. Si subo sin nada preparado voy a vomitar en el escenario.

Me agacho a recoger los papeles que se cayeron del escritorio. Facturas, recibos, notas que debí tirar hace meses. Y un sobre blanco.

El smog denso de la ciudad desaparece. Se convierte en brisa salada golpeando mi cara. Ya no estoy en este estudio. Estoy acostada en esa playa de Montenegro con Milena a mi lado y el Adriático volviéndose dorado frente a nosotras.

Bajo los ojos. El sobre tiene las esquinas arrugadas, dobladas por el tiempo y el descuido.

—Ábrelo en doce meses. Ni un día antes. ¿Me lo prometes?

—Milena. Soy mexicana. Literalmente es imposible para mí no abrir esto ahorita.

Doce meses.

—¿Qué es eso? —Sofía se acerca, intentando ver por encima de mi hombro.

Cierro el puño alrededor del sobre y lo arrugo con fuerza hasta hacerlo una bola compacta.

—Basura —digo mientras lo lanzo hacia el cesto. Entra sin tocar los bordes. Canasta limpia—. ¿Viste eso? Tiro perfecto.

Tomo la laptop decidida a buscar el archivo y reimprimir el discurso. Aunque mis documentos digitales están tan desordenados como el escritorio: carpetas sin nombre, archivos duplicados, versiones que ya no sé cuál es la final.

—¡Lo encontré! —levanto el papel como trofeo.

Estuvo debajo de mi portátil todo este maldito tiempo.

—Eres un desastre —Sofía se ríe.

—Un desastre que firmó con Netflix —corrijo guardando el discurso junto con la laptop, el teléfono, y mis llaves.

Todo está saliendo perfecto. El documental terminado después de cuatro meses de edición obsesiva. Premier en el Teatro Metropólitan

con entradas agotadas. Distribución confirmada con Netflix. Críticas extraordinarias desde que se estrenó en Sundance hace tres meses.

Un año de trabajo brutal. De noches sin dormir editando su cara en la pantalla. De rechazar llamadas. De encerrarme hasta olvidar qué día era.

Pero valió la pena.

—Lista —anuncio.

Sofía me da un beso rápido.

—Te veo allá. Voy a pasar por mi hermana primero.

—Dale. Yo tengo que llegar antes para cambiarme y todo eso. Te busco cuando pase lo peor de la locura.

Salgo del departamento y bajo las escaleras de dos en dos. El Uber ya está esperando afuera con las intermitentes encendidas.

Me subo al asiento trasero y le doy la dirección al conductor mientras reviso mi teléfono. Joaquín me mandó como cincuenta fotos del teatro: la alfombra roja desplegada, prensa acreditada instalándose, cámaras por todos lados, el póster gigante de «Impune» colgando en la fachada del Metropólitan. Todo listo.

Un año de mi vida convertido en noventa minutos de película.

El coche avanza bien por Insurgentes hasta que el tráfico se paraliza a la altura de Reforma. Las protestas.

—¿Qué tan grave está? —le pregunto al conductor.

—Voy a rodear, pero nos va a tomar unos quince o veinte minutos extra. ¿Le parece?

—Sí, adelante —contesto sacando el espejo compacto.

Empiezo a maquillarme mientras el coche da vueltas buscando otra ruta. Base, corrector, rímel. Movimientos que ya tengo en piloto automático después de tanta práctica en taxis, aviones y camerinos de festivales donde siempre llego corriendo.

El Uber se detiene tres cuadras antes del teatro. Es lo más cerca que puede llegar con las calles bloqueadas.

—Aquí la dejo, señorita —dice el conductor.

—No hay problema, gracias.

Bajo y camino rápido hacia el Metropólitan. Tres cuadras. Puedo hacerlo en cinco minutos.

Entro por atrás. El guardia de seguridad me reconoce de las fotos de prensa y me abre sin pedirme identificación. El backstage está lleno de gente corriendo de un lado a otro. Huele a perfume caro y a ansiedad colectiva

—¡Janette! —Joaquín aparece de la nada—. ¿Dónde estabas? Llegas tarde.

—Es mi premier, Joaquín. No empieza sin mí —paso junto a él—. ¿Camerino?

—Segundo piso, puerta tres —señala las escaleras—. Tu vestido llegó hace una hora.

Subo sin detenerme a saludar a nadie.

El vestido está colgado en un perchero junto a un espejo rodeado de luces.

Cierro la puerta con seguro y me desvisto mirando mi reflejo.

Lo que veo no es bonito: ojeras permanentes, maquillaje mal aplicado, pelo sin vida. Pero hay algo en mi postura que antes no existía. En la forma en que levanto el mentón. En cómo sostengo mi propia mirada sin bajarla. Me veo exhausta, sí. Pero también me veo como alguien que ya toma lo que necesita sin esperar aprobación. Como alguien que intimida sin intentarlo.

Dejé de ser la documentalista amable y me volví la mujer que exige lo que se merece. Pasé cuatro meses destruyéndome para crear algo perfecto. Sin concesiones. Sin medias tintas. Y funcionó. Ahí afuera hay trescientas personas esperándome. Críticos, distribuidores, prensa. Todos queriendo un pedazo de lo que construí sola.

Respiro hondo. Me miro una última vez y salgo del camerino justo cuando los primeros murmullos del público empiezan a llenar la sala.

Conversaciones superpuestas. Expectativa flotando en el aire.

Estoy lista.

El backstage es un caos de técnicos corriendo, cables por el suelo, alguien gritando sobre los micrófonos. Lo atravieso todo y entro a la sala.

Las luces se apagan en cuanto llego a mi asiento. El murmullo del público muere. Evité ver el corte final en pantalla grande tanto como me fue posible. Siempre tuve excusas: que faltaba ajustar el audio,

que había que revisar el color, que Joaquín quería hacer cambios de último momento. Pero ya no queda ninguna. No puedo fingir una llamada urgente y salir. No puedo hundirme en mi teléfono pretendiendo resolver algo importante. No puedo inventar una emergencia.

Tengo que enfrentarlo.

Me hundo en la butaca de la primera fila. Joaquín a mi izquierda me aprieta el hombro sin decir nada. Los ejecutivos de Netflix a mi derecha dejan de murmurar entre ellos. Sofía está unas filas atrás, puedo sentir su mirada.

La pantalla gigante se ilumina frente a mí.

IMPUNE.

Y ahí está ella.

Milena Kovač sentada en el sofá del estudio que preparó para mí, con la ventana a sus espaldas creando un contorno dorado alrededor de su silueta. Esa primera toma donde todavía no sabía que iba a enamorarme de ella. Pero mirándola ahora, magnificada en esta pantalla gigante, entiendo que era inevitable: la elegancia brutal de su postura, la forma en que sus ojos, ni verdes ni azules del todo, atrapan la cámara sin soltarla, esa presencia que ocupa cada centímetro del encuadre sin esfuerzo.

«Convertir la verdad en historia requiere decisiones. Qué mostrar, qué cortar, dónde poner el énfasis. Y en mi caso, el énfasis obvio es: ella es la villana. Pero si ya decidiste eso antes de escucharme, ¿realmente estás convirtiendo verdad en historia, o confirmando la historia que ya trajiste?»

Mi respiración se detiene.

No es solo su voz resonando en el teatro. Es verme reflejada en cada corte que hice. Los silencios que dejé porque sabía cuánto duraba la incomodidad antes de volverse insoportable. Las transiciones que elegí después de probar quince versiones diferentes. Cada decisión que tomé durante cuatro meses encerrada editando, llorando, odiándola, extrañándola, construyendo algo perfecto y brutal al mismo tiempo.

«Matemáticas. Yo tenía doce armas. Ellos ocho. Los ejecuté. Después, a los veinte prisioneros. Uno por uno.»

La imagen cambia a material de archivo. Srebrenica: campos verdes convertidos en cementerios. Fosas comunes bajo el sol de julio. Testimonios de sobrevivientes mirando a cámara con ojos que ya no esperan justicia. Dos minutos de contexto histórico que armé con material del Tribunal de La Haya.

«No valían nada. Eran campesinos, ancianos, adolescentes.»

Alguien en el público hace un sonido. Asco. Indignación. Justo la reacción que busqué cuando puse esa cita ahí.

Sigo mirando la pantalla, pero ya no veo la edición técnica. La veo a ella. Y algo se retuerce en mi estómago. ¿Esto es periodismo o es venganza? ¿Estoy exponiendo la verdad o simplemente destruyéndola porque puedo?

«Me convertí en lo que la guerra necesitaba. Resulta que eso y *lo peor* son la misma cosa.»

Mueve las manos cuando habla de temas que le importan. Su voz baja medio tono cuando sabe que algo me va a doler. Una ceja sube apenas cuando está siendo honesta de la forma más brutal posible.

La conozco. Memoricé cada micro-expresión de su cara durante meses de edición. Cada pausa significativa. Cada momento donde su máscara se desliza un milímetro y deja ver algo vulnerable debajo.

Pero el público no puede ver eso. Solo ven lo que yo decidí mostrarles: el monstruo perfecto que construí con mis cortes, eliminando todo lo que la hace compleja, contradictoria, humana.

«¿Quieres que finja que me importa su dolor? No me importa. Nunca me importó.»

Joaquín me toca el brazo.

—Es perfecto —susurra con algo que suena a orgullo—. Mira sus caras. Los tienes donde querías.

El público está paralizado. Algunos con la boca abierta, incrédulos. Otros negando con la cabeza como rechazando lo que escuchan.

Hice mi trabajo. Mi brillante, brutal, impecable trabajo.

Pero entonces la cámara cierra en el rostro de Milena hasta que llena toda la pantalla, ella sonríe y algo dentro de mí se quiebra con un sonido que nadie más puede escuchar.

«Tráfico de personas. Querían mujeres. Las conseguíamos.»

No recuerdo haber puesto esa toma. No así. Eliminé el contexto y lo que tengo ahora es una confesión brutal y directa.

¿Qué hice?

La pantalla se llena de testimonios. Víctimas llorando. Víctimas temblando. Víctimas mirando la cámara buscando justicia.

Y después, Milena otra vez.

Veo mi edición con ojos nuevos. Las palabras que eliminé. Los matices que desaparecí porque hacían la narrativa «confusa». Enfaticé cada gota de violencia. La deshumanicé borrando explicaciones que mostraban su complejidad. Omití sistemáticamente las menciones de otros, de hombres con más poder, de estructuras más grandes, todo para construir al monstruo perfecto: Milena Kovač.

Mi documental es sobre sadismo. Sobre maldad pura.

Y sí, la villana es real. Pero está incompleta.

El documental continúa. Noventa minutos. Mi año entero resumido ahí. Sesenta horas de grabaciones convertidas en la narrativa más brutal posible.

Expuse todo. Crímenes. Red de corrupción. Filosofía. Impunidad.

Hice mi trabajo.

Pero cada segundo duele.

Porque cada confesión en pantalla viene con un recuerdo que el público nunca verá: Las conversaciones en la cocina mientras preparábamos café. Cómo me enseñó ese baile serbio sin música. Cuando me leía poesía en un idioma que no entiendo pero que sonaba como algo sagrado en su voz.

Los silencios compartidos en la terraza viendo el Adriático.

Su forma de decir mi nombre.

Y de decir, te quiero.

Volim te.

La amo.

La amo.

Y la acabo de destruir frente a todos.

La pantalla se funde a negro y lo que sigue es un silencio tan pesado, tan incómodo, que llena la sala entera como agua subiendo despacio hasta los tobillos, las rodillas, el pecho. Después: aplausos. Pocos. Dispersos. Los que ya lo vieron en Sundance. Los que saben que hay que aplaudir. Joaquín a mi lado aplaudiendo fuerte, marcando el ritmo que otros deben seguir. La gente de Netflix se une. Críticos locales. Periodistas. Aplausos técnicos. Profesionales. Esos que dicen «buen trabajo» en lugar de «me gustó», que reconocen la calidad sin disfrutarla, que valoran la ejecución sin aprobar el contenido.

Pero la mayoría del público está quieta, paralizada. Algunas personas se limpian los ojos. Otras siguen mirando la pantalla negra como si esperaran que hubiera más, como si no pudieran procesar que eso fue todo. Los murmullos empiezan despacio, conversaciones en voz baja entre parejas, entre amigos que vinieron juntos y necesitan confirmar que la otra persona vio lo mismo.

Las luces se encienden despacio, gradualmente, como si le dieran tiempo a la sala para regresar a la realidad.

—Lo lograste —Joaquín se voltea y me abraza fuerte.

Asiento, pero no me salen las palabras. Tengo la garganta cerrada.

El público empieza a ponerse de pie, moviéndose despacio hacia las salidas. Algunos me miran al pasar. Otros evitan activamente mis ojos, como si hacer contacto visual fuera participar en algo de lo que prefieren mantenerse al margen.

—Janette —uno de los ejecutivos de Netflix se abre paso entre la gente que se levanta—. Necesitamos agendar una llamada esta semana. Queremos discutir estrategias de lanzamiento global, posibles spin-offs, entrevistas complementarias.

—Sí, claro —respondo en piloto automático.

—Hay prensa afuera esperando declaraciones. CNN en Español, Proceso, El País. ¿Tienes quince minutos para la alfombra?

No estoy lista para nada de eso. Pero he sido profesional durante diez años. Sé cuándo asentir.

—Dame diez minutos. Necesito retocar el maquillaje.

—Perfecto. Te esperamos en el lobby.

Sofía logra llegar hasta mí entre la gente que sale despacio. Me abraza y por un segundo su calidez me ancla a algo real.

—Dios, Janette —dice cuando se separa, sosteniéndome por los hombros—. Eso fue… no sé ni cómo decirlo. Intenso no le hace justicia. Fue devastador. Brillante. No puedo creer que hayas vivido un mes con ella y —se detiene, me estudia la cara— ¿Estás bien? Te ves muy pálida.

—Sí. Solo necesito un minuto…

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, estoy bien. En serio. Ve con tu hermana, nos vemos afuera.

Me abro camino entre críticos discutiendo en grupos, periodistas comparando notas, gente de la industria ya planeando estrategias. Camino hacia el baño. Hacia cualquier puerta que me aleje de felicitaciones por mi valentía, de preguntas sobre mi proceso, de miradas que quieren saber cómo se siente hacer un documental así.

Entro al baño, me encierro en el último cubículo y dejo que todo lo que estuve conteniendo durante noventa minutos salga.

Las lágrimas llegan silenciosas primero, después con sollozos que tengo que ahogar mordiéndome el puño.

Porque la verdad es simple y devastadora: Milena nunca me contestó. Ni una vez. En trescientos sesenta y cinco días. Nada.

Le escribí en cuanto despegó el avión. Tenía que esperar a estar en el aire porque sabía, sabía con certeza que, si mandaba ese mensaje antes de abordar, iba a regresar corriendo a sus brazos. Pero lo mandé. Y luego mandé otro. Y otro. Un correo largo esa noche. Una llamada al día siguiente. El teléfono sonaba. Cinco tonos. Seis. Siete. Nunca contestó.

Los primeros dos meses fueron desesperación pura y primitiva. Revisaba mi email cada hora, a veces cada media hora. Mi teléfono cada cinco minutos, refrescando WhatsApp aunque sabía que no

había mensajes nuevos. Inventaba excusas: tal vez está ocupada con traducciones, tal vez necesita espacio para asimilar mi partida, tal vez me escribirá cuando esté lista.

El tercer mes, la desesperación empezó a transformarse en otra cosa: confusión que me carcomía por dentro. ¿Por qué me había pedido que me quedara si planeaba desaparecer después? ¿Por qué decirme «volim te» si lo que venía era silencio absoluto?

El cuarto mes, la confusión se pudrió hasta convertirse en rabia pura.

Y esa rabia se filtró como veneno en cada decisión editorial que tomé. En cada corte que elegí. En cada palabra que dejé fuera. En cada segundo de silencio que extendí para maximizar la incomodidad. En cada confesión que presenté sin contexto.

«Impune» no es un trabajo objetivo.

No es periodismo ético.

Es mi venganza

Por enamorarme. Por convencerme de que lo nuestro había sido real, tan devastadoramente real como se sintió para mí, cuando para ella yo solo fui otra de la lista. Otra mujer que tocó su puerta, compartió su cama y se fue. Tan poco importante que ni siquiera valí un mensaje de dos palabras: «estoy bien» o «necesito tiempo». O, por lo menos un: «por favor no me busques más».

El documental es brutal porque mi odio lo hizo brutal. Es letal porque cada frame está empapado en despecho, en dolor, en la necesidad visceral de hacerle daño como ella me lo hizo a mí.

Porque si ella pudo borrarme de su vida sin explicaciones, sin siquiera la cortesía de un mensaje final, yo podía borrar cualquier rastro de la mujer que conocí en esa casa. Podía mostrar solo al monstruo y omitir todo lo demás. Era justo. Era recíproco.

Respiro hondo intentando recomponerme. Tengo que salir. Hay prensa esperando. Netflix. Joaquín.

Y entonces me golpea como electricidad.

«Ábrelo en doce meses. Ni un día antes. ¿Me lo prometes?»

El sobre. Doce meses. Hoy.

Me pongo de pie tan rápido que el mundo gira. Abro el cubículo de un tirón, salgo del baño tropezando con mis propios pies, atravieso el pasillo corriendo entre la gente.

—¡Janette! —Joaquín me ve y viene hacia mí— ¡La prensa está esperando! ¿A dónde vas?

No me detengo.

Empujo la barra de la puerta de emergencia y salgo a la calle lateral del teatro. El aire nocturno me corta la respiración y los tacones me están matando, pero corro de todas formas, tres cuadras completas por Insurgentes hasta que veo un taxi libre y levanto el brazo.

Cuando por fin llegamos a mi edificio, le arrojo billetes sin esperar el cambio y salgo corriendo.

¿Por qué no lo leí hace dos horas cuando lo tuve en las manos? ¿En qué mierda estaba pensando?

La respuesta es obvia: no estaba pensando. Solo estaba odiándola. Convencida de que nada de lo que dijera ese sobre podía cambiar algo.

Subo las escaleras sintiendo cada latido en mi garganta. Empujo la puerta del departamento y caigo de rodillas frente al bote de basura.

Y ahí está. La bola de papel arrugado casi en la superficie, sobre los borradores del discurso que tiré esta tarde.

Mis manos no dejan de temblar mientras aliso el sobre lo suficiente para poder abrirlo. Rasgo el borde con torpeza. Dentro hay un único papel.

Es una hoja membretada de un hospital en Podgorica, fechada hace quince meses.

Leo. Los términos médicos se mezclan, algunos en inglés, otros en un cirílico que apenas descifro, pero hay frases imposibles de malinterpretar: Degenerativa. Neuromuscular. Pronóstico: 18-24 meses.

El papel se me cae.

La matemática es brutal. Han pasado quince meses desde este diagnóstico. Quedan tres. Tal vez menos.

Quince meses que Milena supo que se estaba muriendo. Dos meses antes de responder a mi correo número sesenta y tres. Antes

de aceptarme en su casa. Antes de cualquier cosa entre nosotras.

Quince meses que no contestó mis llamadas porque sabía que, si lo hacía, yo regresaría. Y ella me quería lejos. Haciendo mi documental. Construyendo mi carrera. No mirándola morir.

No me abandonó.

Nunca me abandonó.

Me protegió de la única manera que una mujer como ella sabe hacerlo: con una crueldad calculada.

Las lágrimas empiezan a caer sin control, una tras otra, imposibles de detener. Un sollozo profundo me parte el pecho en dos. Me doblo sobre mí misma quedando hecha un ovillo en el piso.

—¿Janette? —Sofía aparece en la puerta del estudio—. Te seguí porque… Dios, ¿qué pasó?

El dolor es físico. Como si alguien hubiera metido las manos dentro de mi pecho y estuviera estrujando todo. Cada órgano. Cada nervio. No puedo respirar bien, el aire entra cortado y sale en sollozos.

—Ella… —no puedo hablar.

—Respira. Lo que sea, podemos arreglarlo. Solo respira y cuéntame qué pasó.

Pero al no recibir respuesta, su mirada recorre el estudio buscando entender. Ve el papel del diagnóstico en el suelo junto a mí, lo recoge con cuidado y empieza a leer.

—Vaya —dice en voz baja—. Entonces sí hubo justicia al final.

Esas cuatro palabras me atraviesan como un cuchillo al rojo.

Me levanto de golpe y le arranco el papel de las manos.

—¿Qué haces? —pregunta desconcertada.

No le contesto. Salgo del estudio casi corriendo, cruzo el pasillo y entro a mi habitación. Abro el closet de un tirón, saco la mochila que uso para viajes cortos, la tiro sobre la cama. No necesito más que lo esencial. Mi pasaporte. Busco frenéticamente en el cajón del buró.

—Janette, para —Sofía me bloquea la puerta de la habitación con su cuerpo—. ¿Adónde vas?

La miro a los ojos por primera vez desde que llegó.

—A donde debí estar todo este tiempo —mi voz sale rota pero firme—. Con ella.

Sofía parpadea varias veces, tratando de entender.

—¿De qué estás hablando?

—Me voy a Montenegro —digo mientras meto el pasaporte en la mochila—. Con Milena Kovač.

—¿Con la criminal de guerra? —su voz sube una octava—. Pero… ¿qué diablos, Janette? ¿Por qué?

Camino hacia la puerta; no sé qué ve en mi cara, pero se aparta, con un temor que no me detengo a analizar.

—Porque la amo —respondo dejándola atrás.

—¡Janette, espera! —su voz me persigue—. No entiendo nada de esto. ¿Cómo...?

Bajo las escaleras de dos en dos, con la mochila colgando de mi hombro.

—Janette, por favor —viene detrás de mí—. Para un segundo. ¿Al menos sabes si sigue viva?

Milena Kovač nunca buscó la absolución.

No la buscó en tribunales. No la buscó en confesionarios. No la buscó en terapia ni en libros de autoayuda ni en entrevistas donde las lágrimas compran clemencia pública.

Cargó con el peso de sus crímenes durante treinta años sin intentar compartirlo con nadie. Sin diluirlo. Sin convertirlo en algo más digerible para el mundo.

Y cuando su cuerpo comenzó a traicionarla, cuando recibió la noticia de que tenía menos de dos años de vida, tampoco buscó consuelo.

Me soltó.

Cortó toda comunicación sabiendo exactamente lo que provocaría: mi odio. Mi rabia. Mi necesidad de destruirla.

Porque si me mantenía cerca, yo hubiera visto los síntomas. Hubiese notado el temblor en sus manos. La dificultad para caminar. Y Hubiese regresado. Hubiese renunciado a mi documental, a mi carrera, a mi futuro, por cuidar a alguien que estaba muriendo de todas formas.

Así que me empujó lejos con la única arma que tenía: el silencio.

Y yo interpreté ese silencio como abandono. Como prueba de que nunca le importé. Como justificación para odiarla con cada fibra de

mi ser.

Convertí ese odio en trabajo. En arte. En noventa minutos de venganza.

Mientras ella…

¡Demonios!

El mundo va a recordarla como yo la pinté: un monstruo sin redención.

Y ella lo sabía. Lo aceptó. Eligió morir como villana en mi documental antes que ser mi proyecto de caridad.

Eligió morir siendo la comandante Kovač.

¡Hija de puta!

Capítulo 21

NINGÚN DIOS SOPORTARÍA TANTO AMOR

Vine a Montenegro para estar con la mujer que amo.

El taxi sube por el camino sinuoso hacia su casa y todo me parece extraño, ajeno, como si no hubieran pasado trece meses sino una década entera.

Tal vez es la temporada. O quizás son las treinta y dos horas de viaje continuo las que me tienen viendo todo distorsionado.

Salí directo al aeropuerto después de dejar a Sofía en mi departamento sin más explicaciones. Primer vuelo a Ámsterdam: nueve horas que pasé alternando entre mirar el techo del avión y revisar mi teléfono sin señal. Conexión en Ámsterdam, dos horas de espera donde caminé en círculos por la terminal. Segundo vuelo a Viena: tres horas intentando dormir sin conseguirlo. Otra escala breve. Tercer vuelo a Podgorica: las dos horas más largas de mi vida. Y finalmente este taxi subiendo la costa montenegrina.

El estómago se me cierra cada vez que pienso en comida. Y los pocos minutos que logro dormir vienen con pesadillas brutales. Un pensamiento me persigue sin parar: voy a llegar demasiado tarde.

Quince meses.

Pronóstico: 18-24 meses.

Hago la cuenta: quedan entre tres y nueve meses.

O menos.

O nada.

El taxi se detiene justo frente al portón de metal.

Bajo antes de que apague el motor. Le paso dinero al conductor sin contar, demasiado probablemente, pero no me importa. Tomo mi mochila y cierro la puerta con fuerza.

Hace un año no tuve el valor de mirar atrás. Fui cobarde. Pero juro, por lo que sea que quede de mi cordura, que si Milena está

esperando…

Aprieto los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas. Me lleno de todo el valor que puedo reunir, que no es mucho, pero tiene que ser suficiente. Y miro a la cámara.

—Janette Solís —digo, y mi voz tiembla—. Tenemos algo pendiente.

Espero. Cuento los segundos. Uno. Dos. Cinco. Diez.

La primera vez que vine, el portón se abrió casi de inmediato.

Esta vez no pasa nada.

—¡Milena! —grito su nombre golpeando el metal.

Nada.

Golpeo otra vez. Más fuerte. El sonido retumba.

—¡Milena, por favor! ¡Ábreme!

Sigo golpeando. El sonido hueco del portón bajo mis puños es lo único que escucho además de mi propia respiración acelerada.

Y entonces, justo cuando estoy considerando trepar el muro, aunque me rompa algo en el intento, suena el clic mecánico del cerrojo.

No sé si cedió por la fuerza de mis golpes o porque alguien activó el mecanismo desde dentro de la casa. Quiero creer, necesito creer, que es lo segundo. Que Milena me escuchó. Que está ahí.

Entro corriendo sin esperar a que el portón termine de abrirse. La mochila golpea mi espalda con cada paso.

El camino de grava cruje bajo mis pies más fuerte de lo que recuerdo. Y aunque intento no fijarme, aunque cada segundo cuenta y solo debería estar corriendo, lo veo.

Los arbustos están salvajes, descuidados. Ramas sin podar creciendo en todas direcciones. Hojas secas acumulándose en los bordes del camino sin que nadie las haya tocado en meses. La lavanda está marchita. No quedan flores. Solo tallos secos y quebradizos.

La Milena que yo conocí nunca habría dejado que su jardín llegara a esto. Ella que regaba cada mañana. Ella que podaba con precisión obsesiva.

Alcanzo la casa al final del sendero y golpeo la puerta principal.

—¡Milena!

Espero dos segundos. Tres. Nada. Giro la manija y entro.

La sala está en penumbras. Las cortinas cerradas dejan pasar unos pocos rayos de luz. El aire está cargado, pesado. Huele a cerrado, a espacio que nadie ha ventilado en mucho tiempo.

—¿Milena? —intento de nuevo, pero mi voz suena demasiado fuerte en el silencio denso de la casa.

Avanzo más despacio ahora. Paso a paso. Observando.

Todo me resulta familiar y extraño al mismo tiempo. Los mismos muebles que recuerdo. Los mismos libros. Pero hay diferencias que me golpean: platos sucios apilándose en el fregadero. Correo sin revisar acumulado en montones sobre la mesa. Y contra la pared del pasillo, plegada pero imposible de ignorar, una silla de ruedas que no existía cuando yo vivía aquí.

Camino hacia las puertas de cristal que dan a la terraza exterior, esa extensión de piedra al nivel del primer piso con vista directa al mar.

Y ahí está.

Milena mira el Adriático con la misma determinación con la que haría cualquier cosa: como si pudiera conquistar el horizonte si se lo propusiera.

Se ve más delgada, mucho más delgada. La ropa le cuelga de una forma que no es natural. El cabello está descuidado y más largo de lo que alguna vez la vi usarlo. Y sus manos descansan sobre sus muslos con un temblor involuntario que me parte algo adentro.

No se voltea cuando abro la puerta de cristal. El sonido debe alertarla, pero no se mueve. Sigue sentada mirando el horizonte.

Sabe que soy yo.

—Hiciste un buen trabajo —dice al mar—. Brutal sin ser sensacionalista. Preciso sin ser académico. Sin piedad, que es lo único que un monstruo merece de una documentalista seria.

Doy un paso hacia ella. Después otro. Cada uno duele más que el anterior, no físicamente sino de alguna manera más profunda que no sé nombrar.

—Te llamé —susurro— Te llamé doscientas cuarenta y tres veces.

—Las conté todas —su voz mantiene esa calma filosófica—. Doscientas cuarenta y tres veces que elegiste intentar. Y doscientas

cuarenta y tres veces que yo elegí no responder. Ambas fuimos consistentes.

Algo explota dentro de mí.

—¿Eso era? ¿Alejarme para que hiciera el documental? —mi voz sale más fuerte de lo que pretendo—. Eres un monstruo que no se arrepiente de incendiar un hospital lleno de gente. Que violó mujeres como «verificación de producto». Que ejecutó prisioneros porque «no valían nada».

—Soy todo eso —dice sin voltear todavía—. Y no ibas a hacer un buen trabajo mientras estuvieras enamorada.

—Jódete, Milena.

Por fin se voltea y me clava esos ojos claros que no han cambiado, aunque todo lo demás sí.

—¿Querías quedarte? ¿Ver cómo pierdo el control de mi cuerpo mientras empiezas a mirarme diferente? —sus manos aprietan los brazos de la silla intentando controlar el temblor—. La comandante cruel que al final recibe su castigo divino. La gente habría sentido lástima. Tú habrías sentido lástima. Prefiero el odio.

—A la mierda el público —casi grito—. Y a la mierda el documental. Esto no tiene que ver con eso. Tiene que ver con nosotras. Con lo que teníamos cuando no había cámaras. Y me echaste —me planto frente a ella— ¿De verdad, Milena? El noble sacrificio por amor… —sacudo la cabeza—. Eso es ridículo y patético.

—No fue sacrificio —responde sin alterarse—. Fue cálculo. Tú te quedabas por lealtad mal entendida. Yo moría. Tu documental se convertía en basura sentimental. Nadie ganaba. Al menos así una de las dos salió victoriosa.

—¡Cállate! —la corto.

—Sabes lo que va a pasar ahora —continúa implacable—. Voy a morir en unos meses.

—Milena, para.

—Voy a morir y todos se van a enterar de cómo pasó. Y van a celebrar que la comandante Kovač recibió su castigo divino.

—Basta —mi voz tiembla.

—El monstruo finalmente obtuvo su merecido. Justicia. Y el éxito de tu documental se va a multiplicar.

—¿Por eso me diste el sobre? —la interrumpo—. ¿Creíste que estaría tan cegada por el reconocimiento, tan enojada por tu silencio, que lo usaría como munición extra?

—Deberías estar en México editando material adicional —su voz es puro pragmatismo.

—Deja de esconderte detrás de esa lógica militar —le grito— Esa indiferencia calculada es mentira y ambas lo sabemos.

Quedamos frente a frente. Yo de pie, ella sentada en esa silla que probablemente usa más de lo que quisiera admitir.

—¿Y qué quieres que diga? —su máscara se agrieta—. ¿Qué te extrañé? ¿Que cada día fue más difícil que el anterior? ¿Eso cambia algo? Sigo muriendo. Tú sigues teniendo una carrera. Hice lo correcto.

—Yo no me acosté contigo esperando sacrificios nobles. Me acosté con un monstruo. Con alguien honesta sobre ser un monstruo.

—Los monstruos también sienten, Janette —su calma me va a volver loca—. Se obsesionan. Se aferran. Y su primer instinto es proteger, incluso si eso significa protegerte de ti misma. No habrías podido separar la piedad del periodismo. Te conozco.

La abofeteo.

Suave. Casi sin fuerza. Pero necesito hacerlo.

Milena no se mueve. No aparta la cara. Solo me mira como si hubiera estado esperando exactamente esto.

—Otra vez —su voz no cambia—. Las veces que haga falta.

En lugar de eso, me arrodillo entre sus piernas y la beso.

Es un año entero de rabia y amor y dolor comprimido en este contacto. Llevo mis manos a su cara, enmarcándola, sintiendo el calor de su piel bajo mis palmas. Ella responde al instante, hambrienta, y a pesar del temblor, enreda los dedos en mi pelo, jalándome más cerca, acortando cualquier espacio entre nosotras.

Es un beso desesperado, pero no violento. Urgente, pero controlado.

—No necesito romances de película —mi tono es firme—. No me protejas. No necesito que lo hagas —sostengo su mirada sin pestañear—. Manipúlame. Contrólame. Aplícame todo tu

entrenamiento militar de control mental. Destrózame con chantaje si quieres. Pero no me quites la opción de estar aquí, contigo...

Sus ojos se llenan de algo que podría ser miedo.

—Dejarte ir es lo único noble que he hecho en toda mi vida, no me pidas…

—Escúchame —agarro sus piernas con fuerza—. Vivo en la Ciudad de México. Veintiún millones de personas. Si quisiera a alguien insípido que juegue al romance rosa, lo encontraría mañana —me estiro para darle otro beso—. Pero crucé medio mundo para estar aquí. Contigo.

—Va a ser peor de lo que imaginas…

—Quiero el desastre —susurro—. Jódeme la vida. Destrózame.

Estoy tan cerca que no puedo evitar ver todo: las líneas que el dolor grabó en su frente, las ojeras, el hueco en sus mejillas. Puedo ver cuánto le costó este año. Cuánto le quitó la enfermedad.

—No me cuides. No me protejas —mi voz no tiembla—. No decidas por mí qué es mejor para mi carrera o mi vida.

Atrapo su mano con la mía y la llevo a mi cara, presionándola en mi mejilla para sentir el calor que prueba que sigue aquí, para detener ese temblor que no puede controlar, para decirle sin palabras que llegué a tiempo y que la amo con todo, con los crímenes y la impunidad y la enfermedad y lo que sea que venga después.

—No puedes quedarte, Janette.

—Ya lo hice.

—Va a ser brutal —su voz baja hasta casi desaparecer—. Esto apenas empieza. En poco tiempo no voy a poder caminar, no voy a poder comer sola, no voy a poder hablar sin que entiendas la mitad de las palabras —traga saliva con dificultad antes de continuar—. No va a ser poético. No habrá una muerte digna contemplando el amanecer. La comandante Kovač se va a disolver frente a ti y lo que quede no será digno de recordar.

—Ya sé.

—No, no lo sabes —respira hondo—. Vas a tener que limpiarme. Alimentarme. Cargarme al baño. Voltearme en la cama cada pocas horas para que no me salgan llagas —hace una pausa—. Y

eventualmente voy a quedar atrapada en mi propio cuerpo, completamente consciente, mirándote perder pedazos de ti misma cada día mientras intentas cuidar lo que quede de mí.

—Ya está. Me queda claro. ¿Terminaste de intentar asustarme o hay más en la lista?

Me mira como si estuviera preparando otro argumento, otra verdad horrible para hacerme entrar en razón.

Pero no lo encuentra, o decide no usarlo.

En lugar de eso, solo dice:

—¿Por qué?

—Volim te —digo despacio—. Te amo con una claridad que me aterra. No es el amor que me enseñaron en películas o libros. No es suave ni seguro ni reconfortante. Es brutal y obsesivo y probablemente poco saludable. Pero es lo más real que he sentido en toda mi vida —sostengo su cara entre mis manos—. Cuando abrí ese sobre y vi el diagnóstico…

—Janette…

—No, déjame terminar —mi primera lágrima cae— Te juro que si la vida me colocara de nuevo frente a mi computadora aquella mañana en que decidí buscarte, volvería a enviar ese correo. Y el segundo. Y el tercero. Los sesenta y tres. Volvería a insistir hasta que me dejaras entrar.

La beso mientras me incorporo, sin separar nuestras bocas, y me acomodo a su lado en la silla.

—Volim te, Milena Kovač. Con cada crimen que cometiste. Con cada verdad brutal que me dijiste. Con cada momento de ternura que me regalaste. Con la enfermedad. Con el final que viene. Con todo. Te amo con todo lo que soy y todo lo que nunca seré después de perderte. Y eso tiene que ser suficiente.

Algo cruza sus ojos, algo complejo que no sé nombrar con precisión. Rabia mezclada con alivio. Terror mezclado con gratitud.

—No va a ser suficiente —susurra cerca, casi tocando mis labios—. El tiempo que tengamos juntas no va a ser suficiente.

Tal vez el error es pensar que el amor necesita eternidad para validarse. Cuando la verdad es más simple: hay personas que justifican cada segundo que les das, aunque sepas desde el principio

que vienen con fecha de expiración. Porque estar vivo de verdad, completamente presente y consciente y ardiendo, vale más que toda una existencia de seguridades cómodas. Más que amores calculados que no te cuestan nada porque nunca te dieron todo.

—Nunca lo fue —la envuelvo en mis brazos y su cuerpo se siente más pequeño, más frágil—. Ni siquiera cincuenta años contigo serían suficientes.

Esconde el rostro en mi cuello y siento su respiración quebrarse, volverse irregular. No llora, Milena no sabe llorar, o no se lo permite, pero está más cerca de hacerlo que nunca.

—Llegaré a ser cruel —dice contra mi piel—. Cuando duela demasiado. Cuando tenga miedo y no sepa qué hacer con eso.

—Puedo soportarlo.

—Te voy a decir que te largues. Que no quiero que estés aquí.

—No te voy a hacer caso.

—Voy a odiarte por verme así.

—Y tendrás que aguantarme.

Entonces ríe. Una risa diminuta, fracturada, que se siente más como una grieta abriéndose que como algo divertido.

—Eres imposible.

—Obstinada. Lo establecimos desde el día uno.

Nos quedamos así mientras el sol desciende sobre el Adriático y convierte el agua en tonos naranja y rosa que se derriten en el horizonte.

—Vivamos, Milena —entrelazo nuestros dedos—. Hay un monasterio en las montañas. Lo construyeron directamente sobre la roca, como si Dios necesitara vivir en un lugar inaccesible para ser real.

Milena ríe con ganas, una risa que le ilumina el rostro de forma inesperada.

—¿De verdad?

—Podemos salir mañana temprano —frunzo el ceño intentando recordar exactamente cómo lo describió ella hace un año—. Desayunamos en algún pueblo.

Levanta una ceja.

—Solo si después bajamos por la costa.

—Perfecto. Nadamos juntas, nos sentamos en la playa y volvemos cuando se haga de noche.

—Tú conduces y yo elijo la música.

Por la forma en que lo dice, entiendo que está haciendo una elección. No la fácil de rendirse. No la cómoda de alejarse. Está eligiendo mañana. Está eligiendo esto. A mí.

El viento salado trae olor a mar. La tarde se convierte en noche con esa lentitud característica de la costa. El agua refleja lo que queda de luz. Esos últimos minutos del día que todos consideran poéticos.

Pero nosotras no necesitamos poesía.

Necesitamos esto: el temblor de sus dedos entrelazados con los míos. Su respiración irregular encontrando el ritmo de la mía. El peso de su cabeza sobre mi hombro.

—¿Janette?

—¿Sí?

—No te arrepientas.

—Nunca.

No, no es poético.

No es un final de película.

Pero es nuestro.

Y es suficiente.

FIN.